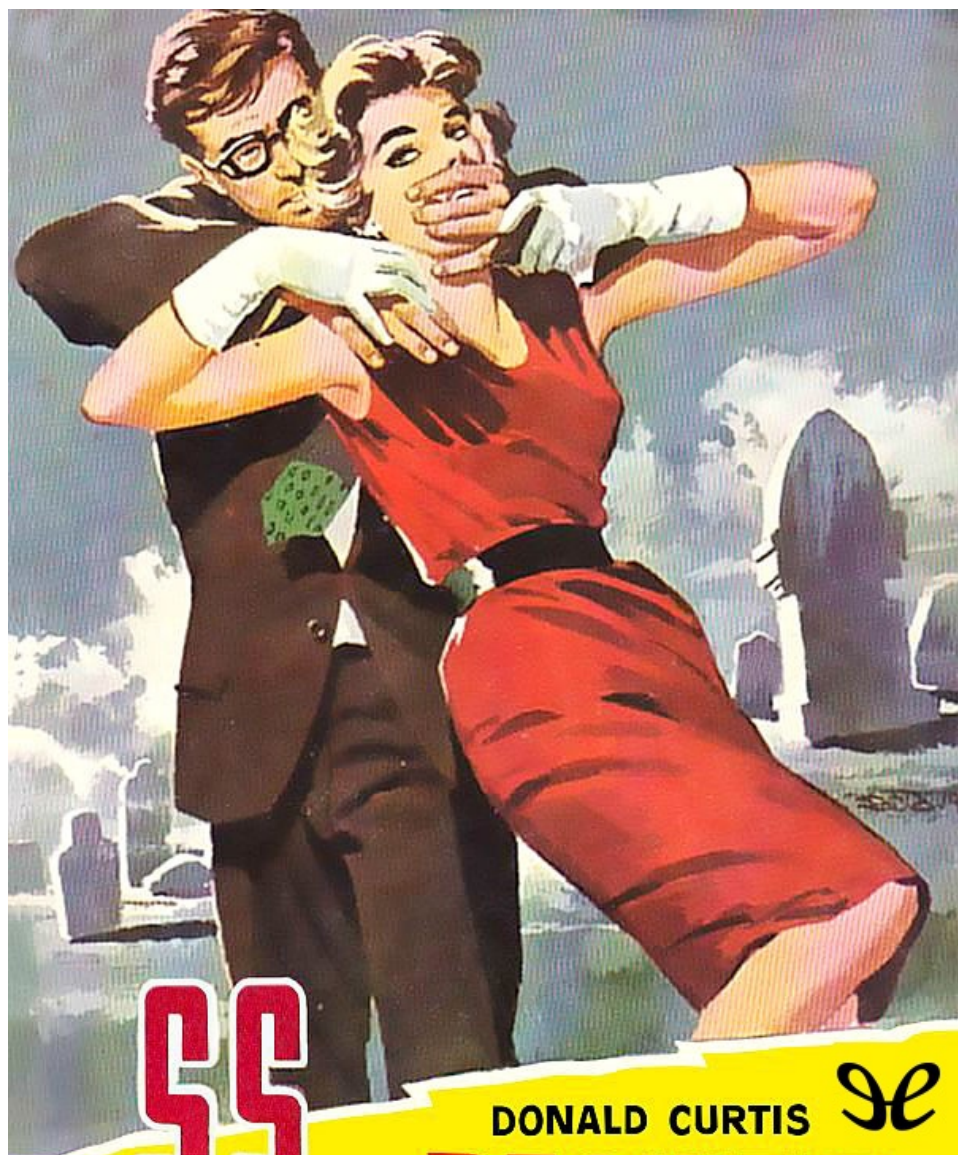




SS

**SERVICIO
SECRETO**

DONALD CURTIS

de

REQUIEM POR MI

El órgano entona ahora una música trémula y solemne. Es el réquiem. Réquiem por el hombre muerto, por el hombre que ayer fue enterrado en Barnaby Hills, el hombre sobre cuyo ataúd vi caer las paletadas de tierra, que golpearon sorda y lúgubrementemente la tapa de madera barnizada y tallada con alegorías tan inútiles como ostentosas.

Recuerdo todavía, mientras en mis oídos suena el réquiem, los últimos momentos en el cementerio, cuando ya el féretro estaba totalmente cubierto por la tierra, y una pesada losa del mejor mármol creo que han adquirido un trozo de Carrara, traído especialmente de Italia para este caso cayó definitivamente sobre la última morada del difunto.

Los deudos, parientes y amigos del hombre a quien habían enterrado allí, se dispersaban rápidamente con una fingida lentitud que no lo era en el fondo, porque cada cual deseaba volver a sus quehaceres y terminar la ceremonia.



Donald Curtis

Réquiem por mí

Bolsilibros: Servicio Secreto - 474

ePub r1.0

Titivillus 17.12.17

Título original: *Réquiem por mí*
Donald Curtis, 1959

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Donald Curtis

Réquiem por mí

1ª. EDICIÓN
SEPBRE. - 1959

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)



PRÓLOGO

Están celebrando los funerales por el difunto. Puedo oír desde aquí los salmos del sacerdote, frente al Túmulo tapizado de negro:

—«... Y tú, Señor, en Tu Divina Bondad, acoge a este siervo tuyo que abandonó el mundo, dejando tras sí una estela de dolor y de sentimiento. Era un noble varón, un ciudadano honesto y un amante hombre de familia, cuya irreparable pérdida todos sufren en estos momentos de suprema prueba... A Ti, Señor, encomendamos su alma, confiando en la Infinita Gracia de Tu perdón para los pecadores...».

El reverendo Murdock habla con su voz grave y pastosa, llena de fluidez y de fe. Le estoy escuchando, perdido entre la multitud que cubre la puerta y acceso al templo. Su voz y sus palabras me causan la impresión de una extraña, alucinante pesadilla, de un sueño por completo imposible...

El órgano entona ahora una música trémula y solemne. Es el réquiem. Réquiem por el hombre muerto, por el hombre que ayer fue enterrado en Barnaby Hills, el hombre sobre cuyo ataúd vi caer las paletadas de tierra, que golpearon sorda y lúgubremente la tapa de madera barnizada y tallada con alegorías tan inútiles como ostentosas.

Recuerdo todavía, mientras en mis oídos suena el réquiem, los últimos momentos en el cementerio, cuando ya el féretro estaba totalmente cubierto por la tierra, y una pesada losa del mejor mármol —creo que han adquirido un trozo de Carrara, traído especialmente de Italia para este caso— cayó definitivamente sobre la última morada del difunto.

Los deudos, parientes y amigos del hombre a quien habían enterrado allí, se dispersaban rápidamente con una fingida lentitud

que no lo era en el fondo, porque cada cual deseaba volver a sus quehaceres y terminar la ceremonia.

Las figuras enlutadas de dos mujeres fueron lo último que vi desde detrás del panteón inmediato, donde yo me había quedado, presenciando el final del sepelio.

Poco después no quedaba nadie en el cementerio de Barnaby Hills. Nadie, salvo la cruz y la losa de mármol, una más entre tantos miles, las hileras de largos y líricos cipreses, y yo mismo, plantado allí, con mi abrigo oscuro como colgado de la percha de mis hombros.

Avancé entonces, con las manos enguantadas hundidas en los bolsillos. Me quedé plantado frente a la losa, mirándola curiosamente. La inscripción me gustó. Era sencilla y expresiva. Lo que podía esperarse en esta ocasión. La leí.

ACUÍ REPOSAN LOS RESTOS DE MONTGOMERY
ROSEWALL, FILÁNTROPO Y FINANCIERO, QUERIDO
DE TODOS. VICTIMA DE UN DESGRACIADO
ACCIDENTE, DEJO EL MUNDO EL 17 DE OCTUBRE
DE 1953. TU ESPOSA, FAMILIARES Y AMIGOS JAMAS
TE OLVIDAN.

Era una hermosa dedicatoria y debería de haberme sentido emocionado.

Porque Montgomery Rosewall soy yo. Y era yo mismo quien estaba leyendo la inscripción de mi propia tumba. Y soy yo quien escucha ahora esa misa de réquiem en la pequeña iglesia de Santa Clara.

Están rezando por mí...

Debería ser una experiencia horrible, pero cuando se vive no lo parece tanto. Es como anticiparse al devenir de los acontecimientos, dar un salto imposible en el tiempo y ver el futuro, saber lo que serán los propios funerales, verse a sí mismo en un féretro que baja a la tierra o representado en el tapiz negro de un oficio fúnebre.

—¡Descansa en paz, Montgomery Rosewall, y que Dios te acoja en su seno! —termina en estos momentos el funeral.

El reverendo Murdock deja de hablar, y el órgano sube de tono. Las gentes empiezan a abandonar el templo. Los alrededores de

Santa Clara, cuajados de coches que esperan a sus dueños, ofrecen el aspecto de las grandes solemnidades. Como el día que me casé, poco más o menos. O como el día que bautizamos al hijo del alcalde Watkins o se casó la hija del Gobernador Ellie con un Senador de Washington.

Sólo que ahora es por mi muerte...

* * *

Veo muchos coches de amigos. Otros, de quienes creí que no faltarían, no aparecen por parte alguna, ni he visto sus rostros en ninguna de las ceremonias. Son cosas que ocurren siempre, pero suponen una amarga experiencia cuando el difunto puede asistir a sus propias exequias.

Tengo que marcharme. No debo dejarme ver demasiado. Claro que ellos no pueden reconocerme, no podría ninguno imaginar que estoy aquí, entre ellos. Oyendo sus comentarios plañideros, no siempre sentidos. Acaba de pasar precisamente el banquero Pearson, y jamás sospeché que pudiera tener tan mala opinión de mí. En cambio, la señora Middleton habla peor de Gertie que de mí. Tal vez sean cosas de mujeres. Me resisto a creer que Gertie, mi rubia y delicada esposa, sea como supone la señora Middleton en estos momentos.

Me he alejado del templo y avanzo por la Avenida de los Cedros. Como en mis paseos matinales de muchos años. Sopla el mismo aire cortante en la cara, y el mismo tibio sol de tantos días otoñales extiende las largas sombras de los árboles a través de la senda de grava.

No sé a dónde ir. Ahora que todo ha terminado, comprendo mejor que nunca lo extraño de mi lugar en la vida. No soy nada ni nadie. Un nombre grabado en una tumba, un cuerpo que yace bajo tierra, una persona inscrita en el acta de defunciones de Villa Elwood.

Sólo sé que tengo que marcharme de aquí. A cualquier parte, lejos de Elwoodville y del propio Indiana.

Después, cuando hayan pasado unos años, siempre habrá tiempo de volver alguna vez. De *saber*, realmente, lo que sucedió el día *que yo encontré la muerte*.

Pero todavía es pronto para eso. No quiero quedarme aquí, no quiero seguir donde he pasado los últimos años.

Volveré a Elwoodville cualquier día.

La verdad es que no tengo prisa. Un muerto no debe tener prisa para nada.

Y yo estoy muerto.

Estoy muerto... Al principio, suena como algo fantástico, inaudito. Uno se mira en un espejo, se palma el cuerpo y se pregunta si es posible. Si esto de ahora puede ser la muerte de un hombre.

Después tomo un periódico. Cualquiera de los que se editan en Elwoodville. El «Clarión», o «La Gaceta», de la oposición. O «El Correo», órgano oficial del Gobernador. Allí está mi esquela, orlada de anchas franjas negras.

Montgomery Rosewall, creador de la Fundación Rosewall, hombre de finanzas, ciudadano ejemplar y esposo amantísimo. Fallecido el 17 de octubre de 1953.

Ése soy yo. O mejor dicho... *ése era yo cuando vivía.*

La Avenida de los Cedros termina frente a la amplia carretera. Allá, al otro lado de la ancha cinta de asfalto, la Fundación yergue su arquitectura moderna y vertical al cielo. El sol tibio de la mañana hace centellear sus enormes vidrieras y galerías.

Es mi obra. Estoy orgulloso de ella. Y he de dejarla. Como dejo Elwoodville, como dejo a Gertie, a Rossie, como dejo todo lo que me ha rodeado hasta ese 17 de octubre de 1953...

Pero volveré.

¿Cuándo?

No sé. No sé nada todavía...

CAPÍTULO PRIMERO

Todd Barney juró diez veces más, antes de servir las salchichas calientes en el plato. Al hacerlo, se quemó la punta de los dedos y volvió a jurar estrepitosamente.

—¡Dos raciones de hamburgueses, señor Barney! —pidió la camarera pelirroja, asomando su cabecita rematada por el gorrito azul y blanco.

—¡Y dos infiernos de añadidura! —rugió Todd Barney, arrojando el plato de salchichas sobre la bruñida madera del mostrador. ¡Yo no puedo hacerlo todo, Kay!

—Y la clientela no tiene la culpa de que usted esté solo en la cocina —sonrió dulcemente la camarera, recogiendo las salchichas—. Usted sabe cómo se pone esto los sábados...

—¡Sí, pestes! ¡Y el maldito Johnson tuvo que despedirse precisamente el *viernes*!

Kay sonrió, sin responder. Sabía cómo era Barney, y era mejor no llevarle la contraria. La marcha del negro Johnson había sido inoportuna, y eso irritaba al excitable hostelero.

Alejóse con las salchichas, mientras Todd rezongaba, preparando los hamburgueses. El parador de la carretera estaba muy concurrido, como todos los sábados. Los coches formaban una línea multicolor y bruñida en la ancha franja destinada a aparcar los vehículos.

Frente al parador, un indicador de carretera señalaba: ELWOODVILLE DOS MILLAS. Un poco más allá, la carretera se bifurcaba en una senda vecinal más estrecha, pero igualmente asfaltada, en cuyo arranque había otro indicador: FUNDACIÓN ROSEWALL. CARRETERA PRIVADA. UNA MILLA.

Kay sirvió las salchichas al cliente del ventanal derecho, recogió

el encargo de varias cervezas de la misma mesa que pidiera los hamburgueses, tomó nota en su pequeño bloc, y siguió recogiendo encargos en otras mesas.

Otro automóvil, un pequeño «Buick» azul, se detuvo con suave roce de neumáticos en el aparcamiento de asfalto, encontrando difícilmente hueco en la línea de vehículos motorizados detenida allí.

Una pareja descendió del coche, y parecieron vacilar el hombre y la mujer, al ver a través de los ventanales del parador la nutrida concurrencia del local.

Kay, prestamente, abrió la puerta vidriera y salió al porche, con su mejor sonrisa.

—Pueden entrar, señores —invitó—. Aún queda sitio...

La pareja se lo agradeció con una sonrisa. Kay suspiró, entornando los ojos, al pensar en lo que diría Todd Barney cuando recibiera nuevas demandas. Se dispuso a entrar en el parador nuevamente, cuando una voz sonó a sus espaldas:

—Señorita, por favor...

La joven se volvió lentamente. No tío llegar ningún coche. Dos automóviles largos y aerodinámicos cruzaron raudos hacia Elwoodville, pero sin detenerse. De nuevo sonó la voz, algo a su derecha:

—Señorita, aquí...

Por fin le vio. Estaba junto a la esquina derecha del parador, dando vueltas entre sus manos al viejo pero pulcro sombrero. A pesar de que vestía también con pulcritud, podía advertirse que tanto su americana *sport* como su pantalón castaño eran ajados y pobres.

Sobre la nariz del joven, unas gafas con montura de metal, brillaban al sol como espejos. Llevaba el cabello corto, cortado casi a capillo, con un mechón casi gracioso sobre su amplia frente. Parecía un estudiante de medicina o un bibliotecario.

—¿Qué desea? —preguntó, intrigada, la pelirroja camarera.

—Comer.

—Ah... —Kay enarcó las cejas—. Bueno, creo que éste es el sitio a propósito para eso.

—Sí, ya sé, pero... —Nuevas vueltas al sombrero. Los ojos bajaron a tierra, tras enfrentarse tímidamente con las pupilas azules

de la joven—. Pero el caso es... que no puedo comer tan fácilmente.

—¿No? La verdad es que no le comprendo...

—No tengo dinero, señorita. Busco trabajo.

—¿Trabajo? Eso es difícil ahora, en esta época. —Kay le estudió con cierta sorpresa. Le desagradaban los vagabundos y desocupados, pero aquel joven tenía algo diferente de la mayor parte de esa clase de haraganes, típico producto de las carreteras—. ¿Camina a pie por esos mundos?

—No, no. Un camión me ha traído hasta muy cerca de aquí. Gasté mis últimos centavos en un autobús desde Cincinatti hasta Greensburg. Ahora no puedo ni tomar un bocado.

—Bueno, Créame que lo lamento, pero no soy la dueña de este local. —Kay se volvió, llamada violentamente por el vozarrón airado de Barney, y se dispuso a correr adentro—. He de dejarle, señor. Trate de llegar a la Fundación Rosewall o a la población, y quizá encuentre algo. Yo...

Entró, perdiéndose sus últimas palabras tras los cristales de la puerta que se cerraba.

El hombre de las gafas se encogió de hombros, resignado. Con un suspiro, siguió adelante por la carretera. Kay movió la cabeza, pesarosa, y se enfrentó con. Barney y las raciones humeantes de hamburgueses.

—¿Qué mil diablos hacías ahí fuera? —graznó el dueño del parador—. ¿Es que no tengo ya bastante trabajo, para que encima te pongas a hablar con todo el que pasa, Kay?

—Era un joven que buscaba trabajo para poder comer. Me dio lástima.

—¡Lástima! El mundo está lleno de holgazanes que no comen porque no trabajan... Claro que si realmente pudiera uno fiarse de todo el que pasa, serviría para ayudarme en la cocina, fregando platos y sirviendo las comidas en el mostrador, pero... —Se encogió significativamente de hombros.

Los ojos de Kay se iluminaron por un momento.

—Ese joven parecía distinto, señor Barney. Era muy educado, pulcro, correcto y...

—Bueno, en ese caso hubiera servido provisionalmente; pero déjalo ya, Kay. Se habrá largado sin esperar a más, y...

Kay no supo por qué lo hacía, pero soltó los hamburgueses y se

lanzó a la carrera hacia el exterior. Vio, algo lejana ya, la figura del vagabundo, con la cabeza inclinada entre sus anchos hombros, la vista fija en el suelo del camino.

—¡Eh, usted! —llamó con voz clara—. ¡Usted, el caminante...!

El joven se volvió a la segunda intentona. Sus gafas espejearon un segundo. La miró, como esperanzado. Ella le hizo señas de que acudiera, y él se lanzó inmediatamente a la carrera hacia el parador de Barney.

Un momento después, la ceñuda faz del propietario se enfrentaba con la apacible y taciturna del joven. Estudió su rubio pelo cortado a cepillo, su aire de intelectual, los astutos ojos grises que enmarcaban las gafas, y la boca enérgica, algo debilitada por su gesto de resignada paciencia ante todos los avatares.

—Mire, joven, la idea no ha sido del todo mía. Mi camarera y ayudante, Kay Heywood, ha pensado que usted puede comer por hoy, y yo puedo encontrar un respiro por unas horas. Pero ¿sabe usted algo de un restaurante?

—Sé lavar platos —sonrió el otro—. Lo he hecho ya otras veces en Ohio, Pennsylvania y Nueva York. También sabría freír unas salchichas o preparar unos hamburgueses...

Barney dio un respingo, miró a aquel vagabundo como si fuera el propio ángel salvador enviado por el cielo, y clamó:

—¡Peste! ¿Y a qué está esperando entonces, muchacho? ¡Adelante con la tarea!

—Er..., señor Barney, creo que antes precisará tomar algo —intervino Kay, observando el modo que tenía el forastero de mirar los platos calientes que iban sirviendo—. Si no, puede desmayársele en plena tarea...

—¡Diablo, es cierto! —Gruñó Todd—. ¡Vamos, coma lo que guste, amigo, y empecemos la tarea enseguida! Cobrará cinco dólares, además de la comida, por todo el día de hoy. Si a ambos nos interesara, podría incluso quedarse en mi parador una semana. Pero no me gusta mucho admitir desconocidos, créame. ¿Cuál es su nombre, por cierto?

—Dave. Dave Smith —dijo sencillamente el joven, mirándole con gratitud—. De Utica, Nueva York...

—Bueno, es un nombre tan bueno como otro cualquiera. A lo mejor se llama Smith y todo... Ande, siéntese ahí y coma. No creo

que dure mucho en pie, si no prueba bocado.

Ocupó una banqueta al final del mostrador. Le sirvieron un caldo y un plato de chisporroteantes salchichas, bien rociadas de mostaza, con pan tostado y mantequilla. Una botella de cerveza espumó ante sus sedientos ojos.

—¿Cómo podré pagarle esto, señorita Heywood? —dijo poco después, mirando largamente a Kay, que se inclinaba para recoger los platos y poner ante él una taza de café caliente.

—¿A mí? —Ella enarcó las cejas, en su gesto predilecto—. Agradézcaselo a Todd Barney. Es un oso gruñón, pero bueno en el fondo.

—Sin su intervención, estoy seguro de que aún caminaría por esa carretera. No sabe cuánto le agradezco su atención conmigo, señorita Heywood. Tal vez algún día pueda compensarla...

—Vamos, no diga tonterías y termine ese café —miró de reojo a la cocina—. El viejo Barney está a punto de estallar. Y estallará, si no va pronto a ayudarle.

—Como un rayo —apuró su café de dos tragos prolongados y se puso en pie—. Ya le dije que no me gusta mendigar, sino obtener las cosas a cambio de algo. Trabajo, es lo único que puedo dar ahora.

Y trabajó. Kay observó, asombrada, que la cocina funcionaba veloz y atinadamente, que los pedidos de aquel sábado fatigoso y concurrido iban cumpliéndose a la perfección, y que Barney había dejado de rezongar, para dedicarse a la tarea a un ritmo igual al del forastero.

Cuando llegó la noche, el ajetreo cedió en intensidad. Únicamente una pareja de estridentes tejanos comía «perros calientes» rociados con cerveza, en una mesa arrinconada.

Kay se apoyó, fatigada, en el mostrador. Los coches pasaban incesantemente por la carretera, como fantasma de luz engullidos por la noche.

—Jornada completa —suspiró Barney, enjuagándose las manos en la pila. Se secó con un paño, bostezando—. ¡Cielos, que día!

—El buen tiempo trae estas complicaciones, señor Barney —sonrió el nuevo auxiliar, saliendo de detrás de varias pilas de platos—. Pero también beneficia al negocio.

—No sé qué hubiera sido de nosotros sin usted —comentó

Barney lealmente, mirándole a los ojos. Pero sí le digo, muchacho, que si le interesa tiene trabajo en mi casa durante un mes entero. Es todo que puedo prometerle de momento. Después... posiblemente podamos darle algo mejor, si todo ha ido a satisfacción mutua este tiempo. ¿Le interesa?

—¿Un mes comiendo caliente y sin gastar medias suelas por las carreteras? —La mirada del joven se animó ligeramente, aunque no con excesivo entusiasmo—, asintió. —Creo que me interesa, señor Barney. Y muchas gracias.

—¿Ya ha pensado dónde va a alojarse durante este tiempo? —observó Kay, cuando Todd Barney se hubo alejado, dejando ante Dave Smith un billete de dos dólares y tres de uno, que él tomó con aire casi amoroso.

—No, no he pensado nada —sonrió agradablemente el joven, mirándola a través de los vidrios de su gafas—. No me han dado tiempo en realidad. Ha sido todo tan rápido...

—Lo comprendo. —Kay estaba enarcando de nuevo las cejas.

Pero el forastero no miraba ahora su rostro, sino su figura, ceñida por la tela azul del uniforme. Sin embargo, Kay no se pudo molestar con él. La mayoría de hombres que la miraban en el parador, lo hacían en forma insultante, deteniéndose en cada una de las numerosas y bien dibujadas curvas. El joven trotamundos, no. Sencillamente, había parecido admirar de una sola y prudente ojeada toda la potencia anatómica de Kay, sin ofenderla.

Se dirigió al armarito situado tras el mostrador, donde guardaba su uniforme. Se alejó de él. Los ojos de Dave Smith pudieron admirar ahora la figura esbelta pero sugestiva de la camarera, con su falda de mezcilla y su blusa blanca, que se adhería al prominente seno. Kay tomó una chaqueta ligera de color blanco y se la puso, sonriéndole al joven por encima del hombro.

—Ha sonado mi hora, señor Smith —advirtió—. Dentro de diez minutos, un autobús pasará por aquí, deteniéndose a recogerme, como cada noche desde hace tres años. Es el tiempo que llevo con Barney.

—¿Y dónde la dejará ese autobús? —se interesó Smith, con aire ausente.

—Exactamente en Lincoln Drive, un suburbio de Elwoodville. Allí resido yo.

—¿Sola?

Kay miró suspicazmente al joven. Recordó que era un desconocido, un perfecto y absoluto desconocido. No debía hablar con él como si le conociera de toda la vida. Además, los periódicos estaban llenos de casos espeluznantes. Muchachas jóvenes asesinadas o ultrajadas, aparecían con frecuencia en los descampados. Era una imprudente.

—Pues... no —se apresuró a declarar—. Allí está mi hermano Jim. Es policía, ¿sabe?

—¡Oh!... —¿Era ilusión suya, o al lanzar la exclamación, los ojos del joven forastero habíanse vuelto cautos y recelosos?—. Comprendo... Perdón si soy curioso o impertinente. No sé por qué, usted me ha sido simpática y... y siento confianza al hablar con usted.

Impulsivamente, Kay estuvo por decir que a ella le ocurría lo mismo. Pero se contuvo. En vez de eso, comenzó a andar hacia la puerta. Dave Smith la siguió, mirando su gracioso modo de andar.

—El autobús se me escapará, si continúo aquí dentro. Mark, el conductor, está habituado a verme en el porche, esperándome. ¿Usted va a venir también?

—Creo que no tendré otro remedio —sonrió Smith—. No creo que encuentre alojamiento por aquí cerca.

—Eso me parece. En cambio, desde Lincoln Drive apenas si hay diez minutos hasta Oxford Street, que es una calle llena de viviendas económicas y de habitaciones por alquilar.

—Entonces, no caben dudas —rió Smith—. Oxford Street es mi calle. ¿Es buen barrio?

—No mucho. —Kay también rió. Estaban ya en el porche del parador. Al otro lado de la carretera, el surtidor de gasolina extendía su cerco de luz azulada sobre el cemento, y un mecánico de mono azul celeste, daba puntapiés a una lata vacía—. Pero está bien para el que necesita alojamiento inmediato y no muy lujoso.

—Ése soy yo... Y por lo que veo, el autobús se adelanta hoy al horario previsto. ¿No es ese que llega?

Asintió Kay, al ver aparecer las luces del coche, por un momento, volvió la cabeza y descubrió tras los cristales de un ventanal la cara de Todd Barney, pegada al cristal. Le hizo un gesto, y Kay le devolvió una sonrisa. El viejo «oso gruñón» cuidaba de su

empleada, al saberla en compañía de un desconocido, por inofensivo que pareciese.

El autobús se detuvo, y la joven subió, acompañada de Dave Smith. Hark, el chofer, frunció el ceño y miró hostilmente al extraño, pero no dijo nada. Había pocos asientos libres en el coche, y Dave hubo de sentarse detrás de Kay.

Tardaron menos de cinco minutos en llegar a Lincoln Drive, y Kay se despidió de su nuevo compañero, dejándole en una avenida arbolada que le conduciría a Oxford Street, la vía de las modestas pensiones y los apartamentos baratos.

Pensativa, contempló cómo se alejaba la figura alta y de amplios hombros, con andares lentos y firmes. Una duda aguijoneó en forma punzante su cerebro: ¿era realmente un hombre honrado y de quien pudiera fiarse? ¿Qué sabía en realidad de él?

Ella, que era considerada por todos como una de las muchachas más ariscas y difíciles de tratar, había concedido al desconocido una confianza y una simpatía poco habituales en ella. ¿No sería excesivo, aunque el forastero pareciese un hombre discreto y correcto, incapaz de propasarse o de significar un peligro?

Se hizo la idea de que al día siguiente tenía que dar algo de marcha atrás a su llaneza para con Dave Smith, y esperar a conocerle mejor para considerarle un amigo. Con esta determinación, Kay cruzó la puerta de su casa.

Era tarde aquel sábado. Jim y su mujer estarían ya arriba, esperándola. Y preocupados como siempre, especialmente los sábados, en que el regreso de la joven era más tarde que de costumbre.

Recordó de nuevo al misterioso Dave Smith. Y su expresión al contestar: «¡Oh!», cuando ella dijo que su hermano era policía.

¿Qué habían expresado exactamente aquellos ojos grises y agudos?

¿Miedo? ¿Preocupación? ¿Alarma?

No lo sabía a ciencia cierta. T era eso lo que la inquietaba.

CAPÍTULO II

Hasta entonces, Kay había sido siempre la más madrugadora en el parador de Todd Barney. Por eso le sorprendió ver en la cocina al nuevo empleado, preparando desayunos para los conductores y viajeros que pudiesen detenerse ante el parador. Mientras, Barney limpiaba los cristales de la marquesina silbando alegremente una melodía.

—Buenos días, señorita Heywood —saludó Dave Smith, alegremente, con la sartén de doradas tortas entre sus dedos—. ¿Trae apetito?

—No, gracias. —Kay le miró, sorprendida—. Siempre desayuno en casa. ¿Acostumbra a madrugar tanto, señor Smith?

—Cuando se viaja por el mundo, sin hogar ni nada a las espaldas, uno despierta con el sol y duerme por la noche. Es la vida realmente naturalista. El día se ha hecho para gozar de su luz, su alegría y su color. La noche, oscura y sin relieve, es propicia al sueño.

—Hablando de sueño, ¿encontró alojamiento en Oxford Street? —preguntó Kay, empezando a ponerse el uniforme cotidiano con un suspiro de hastío.

—Sí. Había sitio en un lugar barato y decente. Me quedé sin dudarlo mucho. Lo cierto es que estaba cansado, excesivamente cansado para buscar más.

—En cambio, hoy parece otro hombre —sonrió Kay, mirando con aire irritado al coche azul y blanco que se detenía ante el parador, saltando de él a tierra un hombre alto y moreno, en traje deportivo—. Afronta la nueva jornada con una sonrisa feliz.

—Es que *soy feliz* —rió Dave—. Acaso por primera vez en mucho tiempo. ¿Usted no?

—Cuando lleve algunos años dedicándose a esto, vistiendo día a día su uniforme y haciendo el mismo trabajo hora tras hora, ya me dirá si es feliz.

—Entiendo. La monotonía es su enemigo número uno. Aborrece seguir siendo siempre una camarera. Le gustaría algo mejor, más emocionante, más incierto...

—Sí, creo que me gustarla —asintió Kay, tomando un bloc de notas y un lápiz, para cumplir los diarios encargos de la clientela.

—El día que realmente esté harta de todo esto, hágame caso a mí, y viva su vida. Olvídese de lo rutinario y recorra el mundo buscando emociones. ¿No le gustaría ser un poco vagabundo, vivir el día de hoy e ignorar lo que será el mañana?

—Estoy segura de que sería emocionante —asintió Kay—. Como conocer de cerca un crimen o ver a un asesino.

Las facciones de Dave Smith se ensombrecieron un momento. Miró extrañamente a Kay, y terminó asintiendo con lentitud:

—Sí, creo que debe ser algo así también —admitió, inexpresivo—. Peligroso, inseguro pero lleno de una sugestión casi morbosa...

La puerta del parador se abrió. Entró el hombre moreno del *Tweed* claro. Kay se volvió, mirándole con cierto sobresalto, y Dave rió bruscamente.

—A lo mejor tiene ahí a un asesino de aspecto respetable —dijo, burlón.

Kay enarcó las cejas empezando a avanzar hacia la mesa donde se acomodaba el recién llegado.

—¿Isaías Cohen un asesino? —Se encogió de hombros—. Si acaso, lo será de mujeres. Jamás vi un tipo que mirase de un modo más avieso a una chica. Ni que acompañe a más damitas dudosas que él...

—¿Cohen? —Dave Smith estiró la cabeza, mirando a través de sus gafas al cliente—. Juraría que vi u oí su nombre en alguna parte...

—Isaías Cohen no creo que sea conocido fuera de Elwoodville —rió Kay—. Si acaso, su hermano Jeremy. Jeremy Cohen es famoso en todas partes. Por algo va a casarse con Gertie Rosewall, la viuda más rica de los Grandes Lagos...

Dave Smith se quedó en la cocina, con sus fritos, mientras Kay atendía a Isaac Cohen. Pensativo, el nuevo empleado de Barney

dirigió una ojeada larga y reflexiva a la lejana aguja de cemento de la Fundación Rosewall, casi oculta tras las suaves lomas verdeantes que seguían al arranque del sendero particular.

Luego, sus grises pupilas se fijaron en el joven moreno, atlético y risueño, de facciones semíticas. No le gustó su modo de mirar a Kay, cuando la joven, una vez anotado su pedido, le volvió la espalda y caminó graciosamente hacia la cocina.

—Salchichas, tortas con mermelada, café y mantequilla —dijo Kay, monótonamente, asomando ante la ventanilla de servicio culinario—. El señor Cohen tiene prisa...

—Seremos rápidos como la centella —rió Dave. Añadió enseguida, con curiosidad—. ¿Tiene algo que ver esa tal Gertie Rosewall con la Fundación que se ve desde aquí?

—Claro. Es la dueña absoluta de todo, desde que su pobre marido encontró la muerte en un accidente. Se ha quedado con sus millones, su seguro de vida y todo lo demás. Ahora, Jeremy Cohen se quedará con ella y con todo lo que posee.

—¿Quién es ese despierto mozo que caza dotes tan importantes?

—Todos dicen que es un gran hombre, un notable industrial y un gran organizador financiero. Dicen también que posee una gran fortuna personal. Pero creo que todo eso se dice porque él lo ha dicho antes, pero no porque a nadie le conste. ¿Quiere que le diga mi opinión?

—Bueno, siempre será interesante saberla —los ojos de Dave Smith reían tras los cristales redondos montados casi al aire—. Me apasionan los comadreo provincianos.

—Sin comadreo, le diré que los Cohen me parecen dos vividores astutos y vivos. A Jim le parece lo mismo.

—¿Jim? Oh, sí, su hermano... ¿No me dijo que pertenece a la Policía?

—Sí. —Kay le miré extrañamente. Dave parecía muy afanado en freír salchichas y no la miraba—. Es sargento de la Policía de Elwoodville. A él tampoco le gusta Jeremy Cohen, pese a sus aires de grandeza. Ni su hermano Isaías. Se alegró mucho cuando Rossie le mandó al diablo delante de todo el mundo.

—¿Rossie? —Los ojos se alzaron vivamente, clavándose en ella—. ¿Quién es?

—Rossie Benton-Rosewall. Sobrina de Gertie y del difunto

Montgomery Rosewall. Una linda muchacha que será dueña de todo cuando Gertie desaparezca... si antes no lo impide Jeremy. Éstos son ya comadreos, ¿sabes! ¿Están esas salchichas?

—Dispuestas para servir —rió Dave, poniendo el plato ante ella. Completó la bandeja con otras cosas del pedido, mientras Kay continuaba hablando.

—Pero Rossie ha elegido bien. Se casará con Dennis Goldfield, un gran muchacho.

Kay se encaminó a la mesa de Cohen y le sirvió. Los ojos oscuros del joven no se apartaban de ella, con insultante fijeza, pesándose especialmente en los puntos más agresivos de su figura.

Sin saber por qué, eso irritó a Dave. A él tampoco le era simpático Isaías Cohen. De nuevo su mirada se fijó en la estructura moderna y vertical de la Fundación. Entraron nuevos clientes, llovieron los pedidos, y el trabajo fue intenso hasta las diez, hora en que pudieron tornarse un respiro. Todd Barney parecía satisfecho.

—Buen muchacho —dijo, palmeando las anchas espaldas de Dave—. Estoy muy contento de su trabajo, amigo mío. ¿Dónde pudo andar metido hasta hoy, para que yo no diera con usted?

—El mundo es muy ancho —rió Dave—. No le sorprenda su retraso, señor Barney.

—Y no olvide tampoco que me lo debe a mí —apoyó Kay Heywood, dejando con aire satisfecho los últimos platos sucios en la pila de fregar.

—Bueno, recuérdeme que le de una comisión correspondiente, cuando amplíe el negocio —bromeó Barney, sonriéndole con una ternura que Kay raras veces había visto en él.

—Le ha tocado usted, en su punto sensible: el trabajo y la eficacia —musitó luego a Dave, una vez se hubo alejado Barney—. El viejo ogro hará lo que sea por usted, señor Smith.

—Entonces, que siga dándome trabajo y no pediré más —dijo Smith, alegremente—. Y por favor, olvídense de que me llamo «señor Smith». ¿Tan difícil resulta decir Dave?

—Poco más o menos, igual que decir Kay —rió ella—. ¿De acuerdo, Dave?

—De acuerdo..., Kay.

Ambos se estrecharon la mano cordialmente. Luego, Dave se dedicó a lavar platos, y Kay salió al porche del parador,

contemplando la carretera limpia y despejada. Otra vez había intimidado en exceso con el forastero. ¿Por qué eso, si se había propuesto mantenerse alejada de él? Algo tenía Dave Smith que atraía, inspiraba confianza... y alentaba a la camaradería. Pero eso podía ser peligroso.

Súbitamente, un enorme, fulgurante *Daimler* rojo que parecía un avión, se detuvo con un roce de frenos suavísimo, ante la edificación de Barney. Kay vio bajar del coche a sus dos ocupantes, que se dirigieron directamente a la puerta del parador, acomodándose a una mesa inmediata a las grandes cristaleras asomadas a la carretera.

Kay conocía a ambos. Eran Gertie Rosewall y su nuevo enamorado, Jeremy Cohen.

Alta, rubia y esbelta ella, con tonos severos de color en la ropa, como siempre. Cuajada de joyas valiosísimas desde el cuello hasta la punta de los dedos. Elástico, enjuto y mediano de estatura él, parecido a su hermano Isaías, pero más interesante, maduro y frío que él. Su cabello negrísimo, mostraba anchos lunares blancos en sus sienes, que le hacían sumamente atractivo.

La multimillonaria y él frecuentaban escasamente el parador. Hoy, todos parecían estar de acuerdo en acudir a «Barney's».

Kay regresó al interior de mala gana. Le pidieron café. Café, y nada más.

Al acercarse al mostrador para servirles, descubrió Kay el centelleo del sol en los cristales circulares de las gafas de Dave, al otro lado de la ventanilla de la cocina. Estaba mirando a los clientes. Esto no tenía nada de particular.

Pero entonces, ¿por qué las manos de Dave Smith estaban rígidas, tensas sobre el tablero de servir las consumiciones, y su rostro había adquirido una expresión dura, sombría y meditativa?

No pudo saberlo, porque además, Dave desapareció en el acto dentro de la cocina, sin volver a reaparecer. Kay encogióse de hombros y sirvió a los dos magnates. Momentos más tarde, Jeremy Cohen abonaba el importe de los cafés, se retiraba con ella del brazo, hablando ambos en tono bajo y suave, y el *Daimler* sensacional se perdía camino de la Fundación.

Era una chica pelirroja, sugestiva, que sabía cuán bien la había dotado la Naturaleza, y lo realizaba con ropas ceñidas, costuras desmesuradamente abiertas y escotes increíblemente profundos.

Un coche blanco la dejó frente a
«Barney's»

antes de las siete de la tarde. Entró, tras despedirse larga y calurosamente del ocupante del vehículo, que siguió hacia Elwoodville, para virar bruscamente hacia la derecha y meterse por la senda privada de la Fundación, se perdió pronto de vista tras las lomas verdes.

La pelirroja entró contoneándose en el local. Un militar sentado a una mesa, silbó estridentemente, y ella no le miró siquiera. Pero siguió moviendo sus ampulosas caderas.

—Cerveza y hamburguesas con pan tostado —recitó Kay ante la ventanilla de Dave, sin esperar a que la damita se sentara o pidiese algo—. Es lo de siempre.

—¿Cliente fija? —preguntó Dave, tranquilamente.

—Casi fija. Cuatro días por semana, habitualmente —musitó la joven camarera—. Y nunca varía su petición.

—Es una chica interesante —opinó Dave, estudiando el aspecto de la pelirroja al sentarse y cruzar sus piernas enfundadas en nylon. Silbó, añadiendo—: Muy interesante...

—Toda chica con unas piernas bien formadas, es interesante si se sienta así —le replicó acerbamente Kay—. Suzzy Ballinger gusta de exhibirse.

—¿Suzzy? —El tono de Dave cobró más interés aún—. ¿Suzzy Ballinger?

—Sí. ¿Es que nunca lo ha oído? Es un diminuto de Susan.

—Ya, ya sé. Pero me gustó. Suzzy... —Pareció meditar el nombre—. Sí, es bonito.

—Veo que le gusta mucho todo lo de esa chica —el tono de Kay era seco—. Pues no se le ocurra pensar que va a tener campo libre con ella. Es novia de Dewey Rosewall.

—¡Vaya, por Dios! ¿Es que esa familia no se termina nunca?

—Acaba justamente en Dewey. Un granuja libertino y malgastador, que sería capaz de matar a su propia madre, si la

tuviese, con tal de sacar un dólar más para tirarlo con chicas. Pero sólo le vive su prima Gertie y su sobrina lejana, Rossie.

—Vaya familia los Rosewall —ironizó Dave—. ¿Ahora ese mocito se los gasta con la pelirroja?

—Sí. La tiene a todo tren, en un «chalet» cercano, «Las Acacias». Se levanta entre maizales y da su cara al West Fork, que forma una especie de cala ante la residencia. Todo muy romántico y hermoso... y muy caro también, para el caudal de Dewey Rosella.

—Sabe usted la vida y milagros de todo el mundo, Kay —rió Dave, con ojos serios.

—Si es un modo delicado de llamarme chismosa, le diré que en un sitio como éste, se oyen conversaciones, comentarios y opiniones aun sin querer —y airadamente, se alejó con los hamburgueses hacia la mesa de la pelirroja.

Dave la miró pensativo. La pelirroja advirtió la dirección de su mirada y subió un par de dedos su estrecha falda. Dave se creyó obligado a guiñarle un ojo. Y la chica le respondió de igual forma, sonriendo coquetonamente con sus rojos labios carnosos.

* * *

Suzzy acudió a tomar su frugal cena todas las tardes al «Barney's», a partir de aquélla en que Dave Smith la viera por primera vez. Con cierta ironía, el joven comentó con Kay al sexto día de servir en casa de Todd:

—¿Con que «casi cliente»? Pues no falta un solo día...

—Es solamente ahora —dijo Kay con mucha sequedad en el tono —. Tal vez usted la habrá fascinado, Dave...

No comentó nada más con él, y Dave advirtió que el tema no era del agrado de la camarera, por la razón que fuese. Tampoco él insistió más.

Experimentó una sorpresa al sentir cerca de él una voz pastosa y lenta, que le interpelaba, arrancándole de la tarea de freír tortitas de maíz en la plancha eléctrica.

—¿Es usted nuevo aquí, joven?

Dave Smith alzó la cabeza. Serenamente, sus ojos grises miraron a través de las gafas a la pelirroja inclinada sobre él en la

ventanilla. Su propia inclinación y la forma de cruzar los brazos bajo el busto, hacían peligrar la razón por la que la tela del vestido cubría su cuerpo.

—Sí, soy nuevo —asintió con voz inexpresiva—. ¿Usted no?

—No —rió ella, y se agitó su potente seno—. Viva aquí cerca.

—¿En «Las Acacias»?

—¿Cómo lo sabe? —Le miró de repente con aire de sospecha en sus ojos pardos, burlones y maliciosos.

—Las cosas se saben... si uno quiere saberlas —repuso suavemente Dave.

—Ya —onduló su sinuoso cuerpo provocativamente y rió—. ¿Y usted quería saber... de mí?

—Quería saber... de usted —afirmó Dave Smith—. Suzzy Ballinger. Pelirroja, ojos pardos, unos veinticinco años, treinta y nueve pulgadas de busto, veinticuatro de cintura, treinta y seis de caderas, un metro sesenta y seis y unas piernas preciosas. Todo eso es lo que sé de usted. Y que vive en «Las Acacias», claro está.

—Es suficiente. ¿Ha hecho el cálculo a ojo?

—Acostumbro a hacerlos así. Luego, me gusta comprobarlos más de cerca.

—Connmigo aun no los ha comprobado.

—Cierto. *Aun* no... —Las pupilas grises no se apartaban de ella, en tono de desafío—. Pero nunca pierdo las esperanzas.

—Hace bien —la pelirroja se irguió de mala gana. Se abombó la tela de su traje al tensar felinamente el cuerpo—. Me voy, amigo. Su compañera de trabajo, Kay Heywood, no me es simpática. Ni yo a ella. Además, parece muy preocupada por usted.

—¿Por mí?

—Sí. A pesar de esas gafas y de llevar el pelo así, es un chico guapo e interesante. ¿Es que nunca se lo han dicho?

—No me gusta recordar las cosas buenas que dicen de mí.

—Ahí viene su celosa Kay. Me voy, hijito. Ya nos veremos... ¿Cómo se llama?

—Dave.

—Bueno, Dave. Espero que nos veamos pronto... con más calma y menos testigos.

—Yo también lo espero.

—No es mala hora cuando cierran aquí —opinó ella

descaradamente—. Vivo algo apartada, y ahora oscurece pronto. Cada vez tengo más miedo a andar sola por esos lugares. Pero usted llevará otro rumbo, claro...

—Todavía manejo yo mi propio timón —sonrió Dave—. Y puedo llevar mi nave adonde me place...

Suzzy Ballinger se alejó hacia su mesa. Kay la suplió en la ventanilla. Con gesto furioso y mirada malhumorada a la pelirroja. Dave le tendió su pedido con una sonrisa.

—Hace amistades rápidamente —dijo Kay, entre dientes.

—Sí, soy un chico sociable —rió Smith, burlón.

—Pues tenga cuidado. A Todd no le gustan los empleados sociables, y podría dejarle plantado en mitad de la carretera por intimar con los clientes.

—Ya. —Dave puso gesto grave—. Prohibido dar confianzas a la clientela. Sólo se permite hablar a las camareras. ¿Son normas de la casa?

—A veces, resulta usted realmente aborrecible —declaró, con inesperada energía la joven, alejándose para servir los platos.

* * *

Estaban ya solos en el parador, y Todd iba a cerrar el establecimiento. Suzzy, indolente y provocativa, retocaba su maquillaje, cruzada de piernas en su asiento. Barney empezaba a cerrar las puertas y a recoger los últimos servicios, mientras Kay y Dave concluían su labor diaria.

Entonces se detuvo un coche en la carretera. Esperaban un cliente, pero el auto hizo sonar repetidamente el claxon, y Barney hizo un gesto a Kay.

—Deja, iré yo, Kay. No sé qué mil diablos pueden querer ahora. Si quieren servicio nocturno, está el parador de Davidson más arriba...

Salió. Le vieron a través de los cristales, inclinarse sobre el automóvil y hablar con su ocupante. Apenas fue un momento. Luego, la figura de Todd se irguió de nuevo, los faros del coche desfilaron ante él, recortándole contra su luz, y el automóvil oscuro se perdió camino de Elwoodville.

Regresó Barney al parador. Contra su costumbre, caminaba lenta

y pensativamente, con andares rígidos.

Su expresión, al cruzar la puerta, era de intenso aturdimiento.

—Pero, Todd, ¿qué te ocurre? —rió Suzzy Ballinger, mirándole por encima de su espejo—. ¿Has visto acaso un fantasma para traer esa cara?

—¿Un fantasma? —La voz de Todd fue tan ronca y vacilante, que hasta Kay y Dave alzaron la cabeza, mirándole con curiosidad y sorpresa—. ¿Un fantasma dice?... Creo que sí. Por primera vez en mi vida... he visto un fantasma, señorita Ballinger.

Suzzy rió jovialmente, con una nota agria y burlona en su carcajada. Kay la miró con verdadera animosidad, y Dave Smith escuchó profundamente atento.

—Eso tiene gracia, Barney —siguió Suzzy, entre risas—. ¿Quién iba en ese coche? ¿Un cuerpo envuelta en una sábana de ultratumba o algo así?

—Es lo único que le faltaba —declaró inesperadamente Barney, pasándose el dorso de su recia mano por la frente bañada en sudor—. Me..., me preguntó por Elwoodville, y me interrogó sobre si era cierto que mañana se celebran los funerales por el alma de Montgomery Rosewall.

—Cielos, es verdad —dijo Kay, rápidamente—. Mañana son los oficios fúnebres del tercer aniversario. Lo había olvidado...

—Eso le respondí yo —dijo roncamente Todd Barney— y le cité el templo de Santa Clara, donde se celebrarán.

—¿Y bien? —La voz de Suzzy, aunque burlona aún, temblaba un poco. Sus grandes ojos pardos no se apartaban de Barney—. Eso no es motivo para pensar en fantasmas.

—Es que entonces... él se echó a reír, se inclinó sobre el volante y arrancó, dando toda la luz a los faros. A..., a sus reflejos le pude ver bien y...

—¿Y...? —Kay contenía el aliento, esperando el final del relato. Dave, junto a ella, parecía también muy interesado.

—Y pude ver su barbita larga y oscura, sus ojos de acero, su cabello largo y ondulado, su traje negro y sus manos enjoyadas... Tal como era entonces... *¡Juraría que el conductor de ese coche era el mismísimo Monty Rosewall, el hombre que murió hace tres años!*

Un ronco grito de terror acogió la increíble declaración de Todd. Sonó el chasquido de un espejo, al estrellarse en el suelo... y siguió

su mismo camino un cuerpo humano.

Dave Smith salvó rápidamente de un brinco el mostrador, acudiendo en auxilio de la desvanecida Suzzy Ballinger, mientras los desorbitados ojos de Kay se clavaban con horror en Todd Barney.

CAPÍTULO III

—Es absurdo, Kay —declaró Jim Heywood, quitándose de los labios la pipa que chupaba afanosamente, expeliendo un humo de fuerte olor—. Los muertos no vuelven a la vida, y menos conduciendo un coche y tocando el claxon ante un parador. Sólo hubiera faltado que pidiese un emparedado de salchichas.

—Siempre has sido un irreverente, Jim —le reprochó Marion, apaciblemente dedicada a coser la ropa de su marido, sentada en el canapé, bajo la luz de una lámpara de pie—. Yo creo en otra vida más allá de la terrena.

—Y yo también, mujer —declaró, pacientemente, Jim—. Lo que no puedo creer es que nadie se dedique alegremente a dar vueltas por nuestro mundo, viniendo del Más Allá. Todd habría bebido más de la cuenta cuando vio al del coche.

—Todd nunca bebe —le cortó Kay, gravemente—. Deberías saberlo, Jim.

—Mira, hermanita, aun admitiendo que Todd no beba, y aun dando por sentado que viese bien al tipo del coche, hay otras explicaciones. Demonio, ¿no pudo tener Monty Rosewall un pariente semejante a él, una persona de su familia que llevara barba y pelo largo como él, y que es natural que acuda a unos funerales, sobre todo cuando hay millones por medio?

—Siempre acabas en lo más prosaico, Jim —suspiró Kay—. Sin embargo, tú sabes encontrarle una respuesta clara a todo. Y convincente. Es posible que fuera un hermano del que nunca oímos hablar, o alguien que se asemeje al muerto, por su parentesco con él.

—Te asombrarías de lo que puede parecerse un tipo a otro, si viste igual, se deja una barba como la que usaba Monty, un pelo tan

largo como el suyo, y viste y se cubre de anillos como él iba siempre. En cambio, coge al verdadero Monty o a otro como él, aféitale, cambia su peinado y ponle otras ropas, y te apuesto doble contra sencillo a que el noventa y cinco por ciento de sus amigos y parientes no le reconocen. He visto casos así en mi vida de policía. Pero nunca con cadáveres por medio, desde luego.

Hubo un silencio tras la convincente y razonada explicación de Jim Heywood. Marion la quebró, al alzar la cabeza de su labor y preguntar a Kay:

—Hablando de otra cosa, no nos has dicho nada de tu compañero del parador, ese joven Dave de quien tanto nos cuentas casi siempre. ¿Le ocurre algo?

—Oh, no, nada. —Kay se ruborizó, sin saber por qué—. Es que..., bueno, parece que, al fin y al cabo, Dave Smith es un chico igual que todos.

—¿Y por qué no había de serlo? —sonrió Jim, mirándola sobre su pipa humeante.

—No conociéndole, no lo entenderías, Jim. Parece un chico estudioso, serio y sensato, a pesar de vivir vagabundeando. Esto creí que lo hacía por simple diversión o por independencia personal y rebeldía contra la vida de hoy. Sin embargo, esta noche ha demostrado su vulgaridad. ¿Sabéis a quién ha ido a acompañar hasta su casa, siendo noche cerrada? ¡A Suzzy Ballinger!

—¿La pelirroja, amiguita de Dewey Rosewall? —Jim silbó—. Es todo un bombón...

—¡Jim! —le reprochó su mujer, alzando la cabeza vivamente.

—Bueno, bueno, es la pura verdad, aunque os moleste. No será una chica decente ni espiritual, pero es lo que un hombre soltero buscaría para divertirse. Tu amigo Dave me parece perfectamente humano y normal, hermanita.

—¡Humano y normal! —Se irritó Kay—. ¡Enredarse con Suzzy es de incautos! Esa mujer tiene algo malo dentro de sí, lo presiento...

—Sí, pero debe estar tan adentro, que, a simple vista, no se aprecia —rió el policía, divertido—. ¿Acaso estás celosa, hermanita?

—¿Celosa... yo? —Se asombró Kay—. ¿Estás loco, Jim, para preguntarme eso?

—Me había parecido... —Enarcó las cejas, con gesto sarcástico

—. Tal vez me equivoqué. Perdona, querida Katy...

—Creo que sin usted al lado, hubiera sido incapaz de hacer hoy el trayecto hasta aquí. Me siento llena de terror...

—Pero ¿terror a qué, señorita Ballinger?

Ella giró la cabeza, mirándole por un lado de su melena roja desordenada. Empujó la puerta de la residencia y, tras una mirada a los setos oscuros que la rodeaban y a los arriates de «Las Acacias», musitó con voz invitadora, ronca:

—¿Por qué no entra conmigo un poco, Dave? Vivo sola. Una doncella cuida de mi casa, pero se ausenta por la tarde y no regresa hasta el otro día. Tengo miedo.

—Sigue sin decirme a qué. ¿Es... por esa absurda historia del fantasma?

—Por favor... —Ella se estremeció y acercóse a Dave. Él sintió su cálida piel rozando la suya en el reducido porche de la residencia campestre. Frente a ellos, al otro lado de los setos y la breve cerca, las aguas apacibles del West Fork discurrían sin ruido apenas. El terreno casi formaba allí una cala natural. Ella insistía—: Por favor, Dave. Podemos tomar una copa juntos, hablar un rato... Me quedaré más tranquila si aceptas mi invitación.

—Aceptada. —Dave se inclinó sobre ella, apartó con los dedos el mechón rojo de pelo y rozó con sus labios la mejilla de la joven—. Nadie podría rechazar una invitación así...

La puerta de la casa se cerró tras ellos. Suzzy iluminó el vestíbulo, reducido y de moderna decoración y mobiliario, de alegres tonos, limpio y claro.

Suzzy le fue guiando a través de varias habitaciones que iba iluminando progresivamente, con expresión cauta y recelosa, hasta que se detuvo en un «*living*» igualmente de pequeñas dimensiones, mobiliario y decoración claros y modernos, y dando luz a una lámpara de pie acogedora e íntima, se dejó caer muellemente sobre el asiento de espuma de un canapé rojo. Sus piernas enfundadas en nylon se alzaron en alto.

—Dave, siéntate —invitó, con una voz igual al ronroneo de un gatito feliz—. Voy a servirte lo que más te guste. ¿Qué quieres?

—Cualquier cosa. —Smith miraba en torno a través de las redondas lunetas de sus gafas. La luz de la lámpara las hacía centellear, velando el brillo de sus ojos grises—. Un ron con menta

y ginebra, añadiéndole unos trocitos de hielo y dos dedos de soda. ¿Puedes servirme eso?

En Suzzy se había operado repentinamente un cambio. Sus ojos miraban con cierto temor a Dave, y una ligera palidez cubría sus facciones. Temblaron las manos, que extendió hacia él, preguntando a flor de labios:

—¿Por..., por qué precisamente *eso*? No es un combinado vulgar, ¿no te parece?

—En efecto, no lo es —asintió Dave lentamente—. Pero una vez tuve un amigo que me acostumbró a tomarlo.

—¿Un amigo? —El tono de la pelirroja se hizo agitado, violento incluso—. ¿Quién era? ¿Cómo se llamaba ese amigo, Dave?

—Oh, no lo recuerdo —hizo un gesto de indiferencia y pasó su brazo por los hombros de la dama, atrayéndola hacia sí. Un beso les unió. Al separarse, indagó—. ¿Tanto te importa ese amigo mío?



Quisieron estar seguros que la chica no se salvaría.

—No, era simple curiosidad..., porque yo también conocí a alguien que tomaba esos combinados —rió ella, desasiéndose con una risita desafiante, y avanzando hacia un moderno y estilizado mueble-bar, con gran contoneo de caderas—. Voy a servírtelo, Dave.

Preparó rápida y hábilmente el combinado. Dave Smith, sentado en el canapé rojo, no la perdía de vista. Ella le miró, riendo, por encima del alto vaso cuyo líquido se mostraba teñido de un verde opalino.

—¿Sabes una cosa, cariño? Tus gafas, al reflejar la luz, me deslumbran. ¿De veras no puedes manejarte sin ellas? Te hacen

interesante, pero estorban en ciertos casos...

Dave se quitó con lentitud los lentes. Los ojos grises la miraban fija, intensamente, sin protección alguna. Suzzy se asombró de que no pareciesen desvaídos o faltos de brillo sin su habitual aditamiento. Se sintió como sujeta por aquella mirada de acero.

—¿Está mejor así? —preguntó lenta, suavemente, el joven empleado de Barney.

—Sí, Dave, sigues siendo un chico guapo y... ¡Dave! ¿Sabes una cosa? Es algo muy extraño... Mirándote a los ojos... me da la impresión de que los he visto antes de ahora, de que ya una vez me miraste de la misma forma... ¡Qué tontería, Dave! Olvidemos eso... Aquí está tu combinado.

Se lo tendió. Dave lo tomó sin apartar de ella los ojos. Sorbió el licor. Y dijo algo totalmente imprevisto para Suzzy:

—Este *greenfire* está delicioso, querida... ¿Brindamos por nuestro amor... o por nuestra fortuna?

Suzzy Ballinger recibió algo así como un impacto brutal en el pecho, a juzgar por su reacción. Se quedó clavada en mitad de la estancia, y el vaso donde se sirviera *whisky* y soda resbaló de sus dedos, estrellándose en el suelo. Lívida, con los ojos desorbitados, miro a Dave.

—¿Qué..., qué has dicho? —jadeó—. ¿Por qué hablas... así?

Dave no respondió, y su silencio se le antojó a Suzzy mil veces más terrible que ninguna palabra. Como hipnotizada, clavaba sus ojos en las grises pupilas de Dave Smith en espera de una frase, de una respuesta que no llegaba. En su mente resonaban como un eco sordo y lejano las palabras tremendas que acababa de decir Dave, las palabras que sólo dos personas en el mundo podían conocer. Y aquel hombre, aquel Dave Smith, no podía ser *ninguna de las dos personas*.

—Este «*greenfire*» está delicioso, querida... ¿Brindamos por nuestro amor... o por nuestra fortuna?

* * *

Evocó a Tony Deledda, hablando de ello en una habitación parecida a ésta, solos los dos en una noche casi igual, tres años antes... pero con un testigo encerrado allí mismo, a unos pasos de

ambos. Un testigo que jamás hablaría, que nunca podría repetir una sola palabra de las que llegaran a sus oídos...

—Este *greenfire* está delicioso, querida —rió Tony Deledda jovialmente, columpiándose sobre la punta de sus charolados zapatos. Con ello, su alta figura enfundada en el perfecto «*smoking*», osciló igual que en la cubierta de un yate en alta mar. Adelantó el vaso de un verde opalino al preguntar—: ¿Brindamos por nuestro amor... o por nuestra fortuna?

La dama del pelo rojo y el traje negro de terciopelo, ceñido a la lustrosa piel blanca, e increíblemente corto por su parte superior, rió borrosamente, haciendo chocar su copa con la de él.

—Mi querido Tony, nunca olvidaré esta noche, ni lo que significa para nosotros —confesó, con voz ronca—. Es el principio de una nueva vida, de un nuevo destino... para los dos. Porque tú..., ¿tú no me dejarás, verdad?

—¡Qué tonterías dices, mi pequeña! —dijo Tony, rodeándola con un solo brazo, hasta estrecharla contra sí—. Somos inseparables y yo... incluso en la muerte.

—No digas esas cosas horribles, Tony —pidió ella, besándole—. No hables de la muerte...

—Hoy es casi obligatorio hablar —rió Tony Deledda, apurando su vaso de licor verde. Lo dejó a un lado con un chasquido de su lengua—. Un ron con menta, ginebra, unos trocitos de hielo y dos dedos de soda... Es un combinado perfecto, para brindar por la muerte de otra persona... una muerte que va a proporcionarnos una fortuna, Suzy.

—¡Chis! —Ella le puso un dedo en los labios—. No grites, Tony. Él está ahí..., nos escuchará fácilmente...

—¿Y qué? —Tony volvió a reír, buscando las botellas tras el mueble-bar—. No podrá repetírselo a nadie. Y aunque pudiera hacerlo, ¿sabe algo? ¿Conoce el nombre de quien nos paga por hacer esto, del que nos llenará de oro cuando él desaparezca? ¡Vamos, pequeña, no tengas ahora escrúpulos! Ese tipo, aunque siga ahí dentro, vivo y consciente, es un simple cadáver. Nadie impide que Tony Deledda acabe con él, si Tony Deledda cobra por ello. Suzy, cariño, seremos ricos... ¡inmensamente ricos!

—¿Y crees que nadie podrá nunca...? —aventuró ella, mirando con temor a la puerta del plaqué, cerrada herméticamente con la

llave y el pestillo, guardando su secreto.

—Claro que no. ¿Por qué crees que acepté, entonces? Nadie tiene interés en que se dude de las apariencias... y nadie dudará. El grande, el generoso y potentado Montgomery Rosewall, el millonario más joven y audaz de todos los Estados Unidos, habrá hallado la muerte que su carácter independiente y osado se buscó: un simple accidente de coche en la carretera del Lago Michigan. Es lejos de aquí. Hay traslados, autopsias y todo eso. Un accidente desgraciado. ¡Pobre Monty Rosewall! Él ha vivido su vida, ha gozado de la fortuna y del lujo. Deja que seamos nosotros quienes disfrutemos ahora.

Había llenado de nuevo su copa de *greenfire*. El explosivo «fuego verde» penetró en Deledda. Tiró el vaso a tierra, riendo jovialmente. Se abrazó a Suzzy con embriagada alegría. Y canturreó con horrible inconsciencia:

—¡Monty Rosewall se murió!... ¿Quién su vida le arrancó? ¿Quién su fortuna heredó? ¡Pobre Monty, que murió!... —Y con un hipido grotesco, cayó en un diván, Suzzy le miró, asqueada por un momento.

—Estás borracho, Tony... No podrás conducir el coche ni estrellarlo debidamente —le reprochó—. ¡Tienes que serenarte!

Pero él continuaba canturreando:

—¡Monty Rosewall se... murió...!

Suzzy Ballinger, furiosa con él y consigo misma, tiró su copa a un lado y avanzó hacia el plaqué. Hizo girar la llave en la cerradura, tiró del pestillo y abrió la hoja de madera. Una vaharada a ropa y naftalina atacó su olfato. Miró la forma tendida en tierra.

Un amasijo, un cuerpo ligado, amordazado e inmóvil, cuyo rostro, hundido entre pilas de ropa, apenas si era visible. Pero sobre la tela que le amordazaba, los ojos del prisionero la miraron. Su brillo, su avidez, la hicieron comprender que había escuchado, que sabía su final..., que estaba escuchando ahora la cancioncilla bestial y despiadada de Tony Deledda.

Parecían pupilas de metal las que se fijaron en ella. Pero sin duda apenas si la veían a contraluz, porque estaban habituadas a la oscuridad y la cruda iluminación de la sala caía a espaldas de ella, nimbando de cobre brillante sus cabellos rojos.

Pero ella sí pudo ver aquellos ojos fijos en ella, inmóviles y fríos

como una acusación espantosa y muda al crimen que iban a cometer.

Cerró la puerta de golpe, llena de horror. La aseguró de nuevo con llave y pestillo. Tony, inconsciente y beodo, canturreaba en el diván:

—¿Quién su... fortuna heredó?... ¡Pobre Monty..., que murió!...

Todo esto había pasado en una fracción de segundo por su mente. Suzzy seguía erguida ante Dave Smith, tensa y mortalmente pálida.

—¿En qué piensas, querida? —preguntó dulcemente Dave, sorbiendo el licor.

Suzzy, estremeciéndose, volvió a la realidad. Respiró hondo.

—En..., en un momento lejano, Dave —musitó—. Y, aunque parezca estúpido, en una canción... una canción también estúpida y horrible...

De repente, el impacto le llegó con la virulencia de lo inesperado y de lo incomprensible. Dave despegó los labios. Parecía que iba a hablar. Y de repente, canturreó:

—*¿Quién su vida le arrancó? ¿Quién su fortuna heredó?... ¡Pobre Monty, que murió!...*

Suzzy no dijo nada. Despegó los labios, boqueando en silencio. Un sonido semejante a un estertor, se dejó sentir en el «living». Después, rodó pesadamente a los pies de su visitante.

Parecía estar muerta.

CAPÍTULO IV

Jim Heywood apretó los dientes sobre su vieja pipa de buena madera. Exhaló una bocanada de humo.

—Ha sido una tarea hecha a conciencia. Quien lo hizo, quiso estar bien seguro de que la chica no se salvaría. Y por Dios que lo ha logrado con creces...

El forense de Elwoodville alzo la cabeza, asintiendo. Se incorporó, con expresión perpleja. El doctor Lipstein era hombre parco en sus informes...

—La debió atacar a placer, sin casi resistencia por su parte. Bastó un simple golpe con ese objeto en la base del cráneo —señaló la estatuilla de bronce, caída al pie de un mueble funcional. Todavía se descubría sobre el mueble la rodela sin polvo de igual dimensión que el pie circular de la estatuilla. Cabellos rojos y sangre se adherían a la estatuilla. Lipstein continuó—: Pero el criminal prefirió descargar siete u ocho, hasta hundirle el cráneo. Mucho debía odiarla para hacer eso...

—Sí, parece obra de un vengador, de alguien que le guardaba un gran rencor... —El sargento Heywood, de la Policía local, golpeóse los dientes con el extremo de su pipa—. Pobre chica...

Se volvió. Un agente uniformado acababa de aparecer en la puerta del «*living*».

—Sargento, hemos arrestado a Dewey Rosewall. Venía a ver a su..., a su novia —informó el policía.

—Háganle pasar. —Jim Heywood endureció el gesto—. Tal vez Dewey nos aclare algo.

Un hombre joven, alto y fornido, de recia figura musculosa, facciones chatas y firmes, cabello oscuro y ojos estrechos, apareció en la entrada a una seña del policía. Aunque otro agente había

echado ya una sábana sobre el cuerpo tendido al pie del canapé, Dewey miró directamente hacia él y gritó roncamente:

—¡Suzzy! ¡Suzzy, querida...!

Hizo acción de avanzar. Jim le detuvo con energía, sujetándole por un brazo. Habló rudamente:

—Será mejor que no siga adelante, señor Rosewall. No le será muy agradable de ver.

—¡Pero, sargento Heywood, es mi novia... *era* mi novia! —protestó el joven, descompuesto—. ¡Tengo derecho a...!

—Más tarde la podrá ver, si insiste en ello —le recomendó Jim —: No me opongo a la estricta justicia humana de su deseo, pero antes de nada, debe ayudarnos, si realmente quiere cooperar al esclarecimiento de este lamentable suceso.

—¡Naturalmente que deseo cooperar! —aulló salvajemente Dewey, haciendo crujir sus mandíbulas.

—¡Suzzy era una chica hermosa, encantadora y llena de juventud y alegría! ¡Únicamente un loco, un criminal demente, un maniático sin conciencia, pudo hacerle mal a ella!

—Veamos si fue así y obremos en consecuencia. ¿Cuándo la dejó usted ayer?

—Serían las siete o siete y cuarto de la tarde —refirió Dewey, con un enorme esfuerzo de voluntad—. Como otros días, habíamos salido de paseo con mi coche. Ella nunca deseó tener un automóvil propio, y la traía yo hasta aquí casi siempre. A veces, prefería quedarse en el parador de carretera de Barney, y allí tomaba algo, antes de volver a casa. Usted..., usted sabe, sargento, lo que son los sitios como Elwoodville y la esfera en que se mueve mi familia. No comprendían nuestras relaciones, se oponían a ellas y yo quería evitar todo escándalo. Por eso nos veíamos en ciertos momentos del día, y lejos de la ciudad o aquí, en «Las Acacias». Prima Gertie no transige con cosas como ésta, desgraciadamente...

—Entiendo. ¿Y ayer qué hizo? ¿Llegó hasta aquí también, como otros días?

—No. Ahora, desde hace unos días, prefería quedarse siempre en el parador durante un rato. Decía que eso le hacía sentirse menos sola y acortaba las horas de soledad en casa. Yo lo comprendía, aunque no me gustara, y hacía lo que ella me pedía. De modo que la dejé en casa de Todd Barney, y me dirigí hacia la Fundación. No

he salido de allí, hasta que me hizo telefonar hace un momento, comunicándome que a Suzzy le había ocurrido un accidente y...

—Y sin embargo, usted parecía saber ya que no fue un accidente, ¿no? —sugirió Jim.

—Claro que lo sabía. —Dewey Rosewall le miró agresivamente—. En toda la zona que he recorrido con el coche, de la carretera hasta aquí, todos hablaban de lo mismo. Me paré a preguntar lo ocurrido y me lo contaron. Sargento, ¿qué es lo que ha sucedido en realidad?

—Nadie lo sabe. —Jim se encogió de hombros—. Sólo que la muchacha que Suzzy Ballinger tenía como doncella de día, llegó esta mañana, encontrándose con el espectáculo de su señora muerta, golpeada brutalmente en la base del cráneo con una estatuilla de bronce, sin señales de lucha por parte alguna. Hay un vaso roto en tierra, eso sí, con el líquido derramado. Otro vaso, que contuvo menta y otros licores, en una mesita inmediata, en el que todas las huellas han sido cautamente borradas con un pañuelo, al igual que en otros lugares de la casa.

—¡Dios mío, eso es horrendo, inicuo! —gimió Dewey, estrujándose sus manos anchas y poderosas con ira—. ¡Suzzy no les hacía mal alguno, no podían odiarla hasta el punto de...!

—Nunca se sabe por qué o por quién es odiada una persona, y hasta qué punto puede llegar ese odio el día que estalla, señor Rosewall —sentenció Jim Heywood gravemente, chupando en vano su pipa apagada. La encendió con calma y prosiguió—. ¿Tiene algún testigo que pueda confirmar que usted no salió de la Fundación desde su llegada a ella ayer noche?

—¿Testigos? —Dewey enarcó sus hirsutas cejas con aire furioso—. ¡Ya veo!... ¿Pretende..., pretende que *yo también* necesito una coartada?

—Necesariamente, señor Rosewall. Todos los que tuvieran un contacto directo con la mujer asesinada, precisan coartada, si quieren estar libres de sospechas. También usted.

—Pues lo lamento, sargento Heywood, pero no puedo ofrecérsela —replicó abruptamente Dewey—. No tengo coartada. Nadie me vio, salvo a la llegada, y pude haber salido y entrado mil veces, sin que por ello fuera necesariamente visto por persona alguna. ¿Va a detenerme ahora, acusado de asesinato?

—Corre usted demasiado, señor Rosewall —dijo gravemente Heywood—. Nadie ha hablado de detenerle. De momento, no es usted culpable de nada. Sólo un hombre que no tiene coartada. Dígame, ¿hace mucho tiempo que la señorita Ballinger insistía en quedarse en el parador de Barney?

—No. Más bien últimamente, hará cosa de una semana, tal vez menos...

—Una semana... tal vez menos —meditó Jim, ceñudo—. Ya. Bien, señor Rosewall, puede ver, si quiere, a su novia. Esté seguro de que haremos cuanto sea preciso por descubrir a su asesino. Yo le dejo ahora, amigo mío. Tengo trabajo... en el parador de Barney.

Jim Heywood dio una larga chupada a su pipa y salió de la estancia. Dewey Rosewall, con manos temblorosas, se acercó al cuerpo cubierto. Estiró sus trémulos dedos...

El sol centelleó en los vidrios circulares de las gafas. Dave Smith lanzó una exclamación de asombro, fija la mirada en Jim Heywood.

—¡Suzzy Ballinger! —exclamó, con voz aturdida—. ¡Muerta...!

—Sí, señor Smith. Muerta —asintió el policía. Miró a su hermana Kay, pálida y silenciosa, acurrucada junto al mostrador—. Asesinada a golpes. En la base del cráneo, con una estatuilla de bronce. ¿Todo eso no le dice nada?

—¿Por qué había de decírmelo, sargento? —preguntó Dave, con serenidad.

—Verá... —Jim suspiró, haciendo que estudiaba el local. Pero de soslayo, sus ojos iban muchas veces a Smith—. Últimamente, la señorita Ballinger había intensificado sus visitas al parador. ¿Por qué?

—Supongo que porque le gustaría, o porque ése era su deseo.

—¿Y... nada más?

—¿Tiene que haber algo más?

—*Puede* haberlo. Por ejemplo... que le gustara usted.

—Es disparatado. Pero ¿y si así fuese?

—En ese caso, usted podría ayudarnos. Supongamos que ayer estrechó usted lazos con ella. Que incluso llegó a acompañarla.

—Estrechamos lazos. Y la acompañé. —Dave Smith sonrió de lado a Kay—. Elwoodville es una población muy bien informada, ¿verdad, Katy?

Ella se mordió los labios, Jim ocultó difícilmente una sonrisa

divertida y siguió gravemente, sin dejar de estudiar de soslayo a Dave:

—Reconoce usted, pues, haberla acompañado anoche. ¿Qué hora sería?

—La de cierre aquí. La señorita Heywood puede atestiguarlo.

—Ya lo sé —los ojos de Jim chispearon—. ¿Y entonces?

—Salimos de paseo. La acompañé, a petición suya, porque algo ocurrido aquí la había impresionado mucho y...

—También sé eso. Como usted dice, aquí estamos muy bien informados —rió agriamente, guiñando un ojo a su enfurecida hermana—. Es *a partir de ahí* donde entra usted, señor Smith.

—Ya. —Dave inclinó la cabeza, meditando largamente—. Le puedo referir todo cuanto sucedió. Caminamos hasta «Las Acacias». Allí nos despedimos un poco largamente, la verdad...

—¿Entró con ella en la casa? —interrogó vivamente Heywood, mirándole ahora directamente a los ojos.

—No —negó con toda calma Smith—. No crucé en forma alguna el umbral.

—¿Seguro?

—Por completo. ¿Cree que no recordaría una cosa así... junto a una chica como ella? Ya le dije que la despedida fue larga. Y todo lo afectuosa que pudo ser dentro...

—Dejemos eso —cortó Jim, torciendo el gesto—. ¿Le gusta a usted un combinado con menta y ron, por ejemplo? Acaso, también, con ginebra...

—¡Diablo, no! —Dave hizo una mueca de asco—. Es nauseabundo. ¿Por qué había de gustarme?

—Por nada. ¿Sabe qué hora pudo ser cuando la dejó?

—Supongo que no más de las doce. Quizá algo menos.

—¿A qué hora llegó a su alojamiento?

—A la una menos cuarto, poco más o menos.

—¿Tiene algún testigo de su llegada? —indagó Heywood.

—No creo —sonrió Dave—. Debían dormir todos en la casa. Me metí en la cama, porque era ya demasiado tarde, y hoy he madrugado como siempre.

—¿Cómo hizo el viaje de «Las Acacias» a Oxford Street? Está bastante lejos...

—Salí a la carretera por el punto más cercano a la casa y esperé

a que pasara algún coche. Después de hacer señas a cuatro o cinco, paró un *cupé* negro. Iba un hombre al volante, y me dejó cerca de Oxford Street, tal vez a cien yardas de mi casa.

—¿Recuerda el nombre del conductor, la matrícula del coche, alguna característica del mismo?

—No, nada —confesó, desalentado, Dave—. No paré atención en ello. Creo recordar que llevaba matrícula de Wisconsin, pero no puedo estar seguro. También me parece que la matrícula terminaba en un ocho, aunque no sea capaz de jurarlo.

—Nadie tiene coartada, nadie ve nada y nadie sabe nada —se exasperó Jim—. Bueno, señor Smith, gracias de todos modos. Lamento haberle conocido en estas circunstancias, y no como hermano de Kay simplemente.

—Yo también. —Smith le miró con simpatía—. Cuando su hermana me dijo que tenía un hermano policía, la verdad es que no la creí. Se advertía que recelaba de mí, porque soy un perfecto desconocido para ella, y pensé que buscaba un subterfugio para sentirse más segura.

—No es usted tonto, ¿eh, Smith? —rió Jim—. Por cierto, ¿de dónde viene y a qué se dedica?

—Soy un poco de todo, pero mi predilección es escribir. Y viajar. No en grandes ferrocarriles ni en aviones, ¿comprende? Recorriendo el mundo se aprende más. He nacido en Idaho, en un villorrio llamado Yellow Horse, en las montañas de Valle Salmón. Pero ya habrán olvidado mi nombre y mi existencia. No tengo familia.

—En resumen, es usted un hombre extraño... y sospechoso también, Smith.

—Me doy cuenta —sonrió Dave—. Y no le culpo por pensar así. Yo haría igual.

—Lo dicho. —Jim Heywood le miró, calculador, sobre el humo de su pipa—. No es usted tonto... Bien, Smith, celebraré que en mis investigaciones pueda dejarle pronto al margen de todo. Y le soy sincero, muchacho. No sé por qué, me es usted simpático y me da la impresión de que le hubiera tratado toda mi vida. Hay en usted algo familiar y agradable que no acierto a definir. Pero si tuvo algo que ver en ese horrible crimen, si le hallo complicado realmente en la muerte de Suzzy Ballinger, Dave Smith, no me importará toda su

simpatía para llevarle adonde merece.

—Sigo sin culparle por ello, sargento. Está en su justo derecho.

—Naturalmente, aunque terminase de trabajar con Todd Barney, no podrá moverse de Elwoodville, sin notificarme a mí previamente sus pasos.

—De acuerdo, también.

—Es usted un personaje notable —se irritó Jim—. No puedo discutir con usted.

—Sería incongruente, ¿no le parece? —observó Dave, agudamente.

—Hay tanta incongruencia en todo esto... —Jim se encogió de hombros—. Que me maten si sé por qué pudieron atacar a esa chica y destrozarle su linda cabecita... No sé, no sé, pero en ese crimen hay algo más oscuro y confuso de lo que parece. Es un presentimiento, Smith. Y a mí no me engañan los presentimientos.

Un distante eco de campanas llegó hasta ellos. Todd gruñó algo entre dientes, hurgando en los platos nerviosamente. Kay miró a su hermano y Jim le devolvió la mirada en silencio. Dave preguntó, con inocencia:

—¿Qué significan esos toques ahora, sargento?

—Doblan a muerto, Smith —dijo sordamente Jim—. Por el alma de Monty Rosewall. Son sus funerales. Casi los había olvidado. He de asistir, aunque sea un momento. ¿Vienes conmigo, Kay?

—No, Jim. No me gustan los oficios fúnebres. Tengo el convencimiento de que dan mala suerte.

—En cambio, a mí, me gustaría asistir —dijo Dave, suavemente.

—¿A usted? ¿Por qué? —Jim le miró de pronto, con interés.

—No sé. —Dave se encogió de hombros—. Estoy escribiendo mis impresiones acerca de Elwoodville y su gente. Entre ellas, lo que Todd Barney creyó ayer, la visión fantasmal del muerto. Sería interesante conocer de cerca a los parientes de ese difunto, asistir a su oficio fúnebre...

—Bueno, si Barney le deja, puedo conducirle al templo en mi coche. —Jim hizo un gesto indiferente—. Pero no creo que merezca la pena la molestia, para lo que va a ver...

Barney no tuvo inconveniente en que Dave se ausentara una hora o dos, dada la escasa labor del día, y poco después volaban sobre la ancha cinta de asfalto, en el negro coche oficial de Jim

Heywood.

Durante el trayecto hasta la población, el policía no despegó los labios. De sus labios pendían la pipa apagada, los ojos claros se fijaban en la carretera, y las manos esgrimían el volante con facilidad. Tras ellos, un agente silencioso y aburrido, contemplaba el desfile del paisaje.

Santa Clara aparecía repleto de fieles o de amigos, parientes y deudos del difunto, así como de curiosos por la ceremonia conmemorativa. Un órgano desgranaba, solemnes, graves notas litúrgicas.

Al paso de Jim y su acompañante, el gentío abrió paso. Los dos hombres alcanzaron un privilegiado lugar, cerca del centro del templo. Desde allí, tanto el policía como Dave pudieron ver, asomándose tras el grueso bloque de la columna, la hilera de enlutadas personas que ocupaban la primera fila de asientos.

Los ojos metálicos de Dave las estudiaron una por una, con total inexpresividad. La voz de Jim Heywood le iba informando en un murmullo:

—Vea a los Rosewall, la familia más rica de Indiana. De derecha a izquierda puede ver a Gertie Rosewall, la viuda del difunto Monty. Su sobrina, Rossie, esa delicada y frágil jovencita de grandes ojos. Dewey, que se ha cambiado de ropa para venir al funeral. El gesto de dolor que se ve en su cara, es por Suzzy, no por su primo muerto. Aquel joven alto, rubio, de ojos claros y expresión agradable, es Dennis Goldfield, el novio de Rossie. Van a casarse en breve.

—¿Y aquel hombre de edad, de cabellos blancos y ojos muy claros, el que está junto a Goldfield? —preguntó en voz baja Dave.

—Ése es Waldo Shannon. No pertenece a la familia, pero tal vez él y la pequeña Rossie fueran los que más quisieron a Monty Rosewall. Actualmente, Shannon administra la Fundación. Era el deseo testamentario de Rosewall. En realidad, el viejo Waldo crió a Monty como a un hijo, desde que faltaron los padres de éste. Lloró al muerto como si realmente hubiera sido su padre. Y sigue llorándole, ve... Ése no sabe fingir.

Dave asintió, con expresión pensativa. Por los tubos del órgano, fluía la música solemne, impresionante. El gentío, apiñándose en las entradas del templo, confería a éste un aire denso y cargado, que el

olor de los cirios hacía más agobiante. La joven Rossie estaba muy pálida, pero tampoco Gertie, la bella y joven viuda, le iba a la zaga. Sin mucho recato a la memoria del difunto, la mano de Jeremy Cohen, desde atrás, la consoló con unas palmaditas afectuosas en el hombro. Al lado de Jeremy, Isaías no apartaba sus ojos innobles de la rabia nuca de Rossie.

—Es un funeral muy interesante —opinó Dave de repente.

Jim le miró de soslayo sin decir nada. El oficio prosiguió normalmente.

Gertie Rosewall miraba ahora distraída hacia un lado u otro del templo. Tenía ojos muy claros, a todo con el rubio de sus cabellos largos y ondulados. El luto le sentaba bien, y había procurado lucir un modelo ceñido y cerrado hasta el cuello, que realzaba su figura. Las pulseras de oro y piedras preciosas, las valiosas sortijas y el soberbio collar de brillantes, parecían estar de más en un funeral.

De pronto, los ojos de Gertie Rosewall quedaron fijos en un punto de la sala. Se dilataron terriblemente, hasta parecer a punto de salir de sus órbitas. Abrió la boca, como si fuera a gritar.

Y gritó.

Gritó terriblemente, con un diapasón angustioso y vibrante en la voz, elevándola por encima del órgano y del rumor de la gente. Fue un trémolo agudo, estremecedor, que heló la sangre en las venas a todos los presentes.

Al mismo tiempo, señaló con un brazo largo, rematado por la blancura tersa, y estilizada de su mano, en el que el índice temblaba como una varilla de alambre, hacia el punto adonde sus ojos miraban con tanto horror.

—*¡Monty!* —*chilló.* —*¡Monty, no...! ¡No me mires así...! ¡No me mires así! ¡Yo no tengo la culpa! ¡Yo no tengo la culpa...!*

Se había erguido, blanca como un difunto, en medio del silencio mortal del templo.

Dave Smith y el sargento Heywood miraron velozmente hacia el punto adonde ella miraba y señalaba. Una puerta se cerró suavemente. Era una puertecilla lateral del templo, situada junto a un gran crucifijo, en una zona de penumbras.

Ambos hombres corrieron hacia allá, después de una mirada perpleja entre sí.

A sus espaldas, la iglesia de Santa Clara ardía en revuelo y

desconcierto.

—¡*Era él!* —gritaba histéricamente Gertie, sujeta por su sobrina, por Dennis Goldfield y por Jeremy Cohen, que había saltado el respaldo del asiento delantero—. ¡*Era Monty... resucitado!*

Un ramalazo de terror sacudió al gentío apiñado en el templo.

CAPÍTULO V

Dave Smith alcanzó la puerta antes que el sargento Heywood. Dio un empujón a la hoja de madera, y vislumbró una estancia de muros desnudos y bancos de madera, con una pequeña capilla a la izquierda. Al fondo, por otra puertecilla, la sombra de una figura humana cruzó como una exhalación. Un rumor de hojarasca llegó del exterior.

Heywood estaba ya junto a Dave y vio también la sombra. Señaló, febril:

—¡Allí está, Smith! ¡Corramos!

Los dos hombres franquearon la capilla a la carrera y empujaron la entornada puerta del fondo. Setos y macizos floridos salpicaban el rectángulo de tierra dorada, en cuyo centro, cantaba una fuentecilla fresca y alegre, sobre una taza de loza.

Dave y Jim Heywood se miraron, dubitativos. Del fondo del patio, llegó un roce suave a sus oídos. Unos porches oscuros, sumidos en la sombra del mediodía, se ofrecían a su vista. Sin pronunciar palabra, ambos hombres se lanzaron hacia allí. Dave opinó, cerca ya del lugar:

—¿Por qué no hacemos un movimiento envolvente? Yo puedo tomar la derecha y usted por la izquierda, sargento. Tal vez acorralemos a nuestro hombre...

Asintió Heywood. Los dos hombres se separaron, corriendo agazapados tras los setos.

Cuando se encontraron poco después, bajo las arcadas de piedra, su expresión de desaliento era la misma. No había absolutamente nadie en el porche. Ante ellos, la galería portificada no ofrecía rincón alguno susceptible de servir de escondite a nadie.

—Bueno, fracaso total —gruñó Jim, de mal humor—. ¿Sería

realmente un fantasma, como creía la señora Rosewall?

—Por las apariencias, sí... —sonrió escépticamente Dave—. Pero yo no creo en esas cosas.

—Yo tampoco...

En aquel instante, un motor de automóvil rugió al otro lado de la tapia. Se miraron vivamente Dave y Heywood. En el acto, parecieron adoptar una decisión, común. Sus ojos se alzaron a lo alto de la cerca de ladrillos. El ronquido del motor aumentaba y Heywood, velozmente, se pegó al muro, alzando sus poderosos hombros.

—¡Pronto, Smith! ¡Usted es más ágil que yo! ¡Salte...!

Smith no se hizo repetir la orden ni preguntó los motivos. Sobre el apoyo humano, sólido, del sargento Heywood, brincó hasta encaramarse en sus hombros, estiró las manos y, aferrándose a lo alto de la cerca, se irguió hasta ponerse a horcajadas sobre ella. Alcanzó a ver un coche negro, impersonal, que arrancaba velozmente de una larga hilera de automóviles aparcados frente al muro posterior de Santa Clara, y se perdía entre una nube de polvo, camino de la carretera.

Cuando Heywood, izado por sus brazos, se reunió con él, el coche se perdía en la distancia, sin que su conductor hubiera sido visible a uno u otro de sus seguidores.

—¡Vamos, todavía no me doy por vencido! —aulló Heywood. Y saltó impetuosamente al reborde herboso de la cerca, fuera ya del templo.

Dave le siguió a la carrera. Jim tomó por asalto un coche particular que no estaba cerrado con llave, se acomodó al volante y arrancó en forma fulgurante, sorteando la hilera de coches parados y lanzándose en línea recta, igual que una flecha rugiente, hacia el punto donde aun no se había posado el polvo del coche fugitivo.

Cruzaron frente a la entrada principal de Santa Clara, sin reducir la marcha, entre la expectación de los que abandonaban la iglesia, que adivinaron enseguida la razón de aquella carrera estridente y vertiginosa.

Dave, sentado junto a Jim Heywood, admiraba en silencio el tesón y voluntad indomables de su compañero. El hermano de Kay era un manojo de nervios, músculos y energía, capaz de llegar adonde se proponía, por encima de todas las dificultades. Un

hombre temible para un asesino, pensó Dave.

Desfilaron velozmente frente a los edificios bajos y modernos de la zona residencial de Elwoodville. Cercas blancas o verdes, jardines y setos, buzones de correo y rótulos indicadores de los nombres de los «chalets», desfilaban en forma vertiginosa ante las ventanillas del coche requisado por la urgencia del sargento.

Pero cuando alcanzaron la carretera del sur, una larga y desierta extensión de asfalto, dividido por la ancha franja típica de las rutas automovilísticas de Indiana, se ofreció ante los dos hombres, sin rastro alguno del negro coche fugitivo ni de su posible ruta.

—Se nos escapó definitivamente suspiró Dave, en cuyos cristales se reflejaba la fuerza del sol del medio día, al mover su rubia y rapada cabeza. —Fracaso total, sargento.

—Tuvo que ser el mismo diablo, para escabullirse de ese modo de la iglesia —gruñó Heywood.

—Y también tenía que conocerla muy bien —opinó Dave casualmente—. No vaciló en su fuga, a lo que parece...

Jim se volvió, mirando extrañamente a su compañero. Un pliegue profundo hundía su entrecejo.

—Demonio, Smith. Acaba usted de decir algo... ¿Cómo se le ocurrió esa idea?

—Pues... no sé. Me ha parecido que era así por la facilidad y seguridad con que se nos fue de entre las manos, pese a tenerlo acorralado en el patio...

—Bueno, tal vez esté yo también soñando, y el olor de esos cirios de la iglesia, y el aire cargado por la muchedumbre, me haya enloquecido como a la señora Rosewall, pero de pronto me ha hecho usted recordar algo. Algo muy singular, Smith.

—¿De veras?

—Monty Rosewall era un buen creyente. Pagó con su fortuna personal las reformas de ese templo y lo visitó muchas veces en vida. Es natural que lo conociese bien, ¿no?

—¡No me diga, sargento! —Dave se echó a reír—. ¿Es que también cree ya en el fantasma?

—Ya le he dicho que no sería extraño que me hayan vuelto loco entre todos. Primero su patrón, luego la señora Rosewall... y ahora esta desaparición misteriosa. Unida al hecho indudable que usted ha señalado: el fugitivo conocía bien la estructura de Santa Clara...

Dave asintió gravemente, con los ojos clavados en el asfalto de un gris vivo y cálido. Al no responder nada. Heywood dio por terminada la charla. Y girando el coche en redondo, regresó con más lentitud hacia el centro de Elwoodville.

* * *

El día transcurría particularmente desairado en el parador de Barney.

—Parece que los funerales y su inesperado desenlace han influido en el negocio —gruñó Todd, malhumorado, con las manos hundidas en los bolsillos.

—Dios mío, parece como si el diablo en persona hubiera llegado a Elwoodville —intervino Kay, hojeando la edición vespertina del «Clarion» de Elwoodville—. Aquí ocupa la primera plana el asesinato de Suzzy. Ahora, es de suponer que la presencia de un fantasma en los funerales, sea la noticia de mañana en primera página.

Dave se retiró del ventanal desde el que se veían las formas estilizadas de la Fundación Rosewall. Parecía hondamente preocupado por algo.

—No sé si creer esa historia —manifestó a Barney—. Usted se refirió primero al hombre parecido a Monty Rosewall. Después, su propia viuda cree verlo en el templo. Cabía la posibilidad de que fuese un pariente, pero eso lo desvirtúa. También el hecho de que existiera un parecido físico con alguien, parece poco probable, al haber huido el supuesto resucitado. De modo que queda una sola probabilidad en pie.

—¿El... fantasma? —sugirió Kay, temblorosa.

—Oh, no. No puedo creer en eso. Hablo de posibilidades *reales*. Los Rosewall tienen fortuna. ¿Por qué no pensar en un gran chantaje, en un truco efectista para sacarles dinero?

—Sí, pero ¿cómo? ¿De qué forma sacará dinero una aparición que se esfuma? —objetó Todd Barney.

—Eso está aún por ver —sonrió Dave enigmáticamente—. Si ese «doble», real o incorpóreo, existe como parece ser, no será la de la iglesia su última aparición: Esperemos a ver cuándo se repite...

—¿Sabe una cosa, Dave? Es usted un tipo singular y misterioso

—dijo de pronto Barney, mirándole atentamente.

—¿Yo? ¿Por qué he de serlo? —rió el joven de los lentes.

—Ha llegado de pronto, como un vulgar vagabundo sin trabajo. Le coloco aquí, y en pocos días conquista a una pelirroja hermosa, hace amistad con Kay, que es más hosca que un lobo del desierto, y el sargento Heywood casi pide su colaboración. Expone usted teorías, habla brillantemente... ¿Quiere que le diga una cosa?

Adelante con ella, señor Barney.

—Mi impresión es que usted es un novelista un reporter camuflado, en busca de la noticia o del reportaje dondequiera que se halle. ¿Acierto?

—Yo sólo soy Dave Smith, trotamundos y solitario —sonrió Smith—. No vengo de ningún sitio ni voy a parte alguna. No tengo dinero ni trabajo seguro. Vivo aquí y allá. Me gusta conocer la vida con plena libertad e independencia. Eso es todo, créame.

—Quisiera creerle... y no acabo de ver claro —gruñó Barney. Hubiera continuado tal vez, pero la puerta se abrió, y aparecieron dos personas, que ocuparon silenciosamente una mesa arrinconada.

—Rossie Benton-Rosewall y su prometido Dennis —recitó a flor de labios Dave, mirándoles con curiosidad—. Estaban hoy en el funeral.

—Ya se ve en sus caras —comentó Kay, suspirando al recoger la bandeja—. Parece que hayan visto al mismísimo diablo, y no creo que anduviesen muy lejos de ello...

Dave la vio llegar a la mesa. Volvió con el pedido de los dos jóvenes. Ya habían dejado sus oscuras ropas de la mañana, pero Rossie, la rubia y esbelta muchacha, lucía un conjunto severo, en gris, blanco y azul, y él un traje cruzado color canela, con camisa estampada y ancha corbata azul oscura. Dave sirvió lo que pedían.

Charlaban animadamente mientras comían. Smith, al no tener trabajo en la cocina, tomó repentinamente una decisión. Se desató el delantal, tiró el gorro a un lado y salió del mostrador, cruzando la sala con paso rápido. Barney le miró con curiosidad, e igual hizo Kay, dejando de anotar los precios de la mesa de la pareja.

Dave Smith pisaba con energía, dando elásticas zancadas, y ello atrajo la atención de Dennis Goldfield, que miró al joven con cierta sorpresa. Inclínose, diciendo algo al oído de la muchacha, y ella, sorprendida también, giró la cabeza, fijando sus grandes ojos

oscuros en Dave, desde la blanca máscara de su lindo rostro.

Smith había llegado a la puerta, como si realmente tuviera algo que hacer allí fuera, aunque a Barney y a Kay les escapaba lo que ese algo podía ser. Tiró de la hoja e iba a salir, cuando sintió que la llamaba una voz de mujer:

—¡Oiga, joven! ¡Eh, usted, señor...! —Dave se volvió ligeramente, como con extrañeza. Ella asintió, con un asomo de sonrisa—. Si, sí, usted, por favor. ¿Quiere acercarse?

Dave soltó lentamente el pomo de la puerta. Irguióse, como si fuera a hacer algo realmente trascendental, y avanzó con paso rápido y largo hacia ellos. Kay, perpleja, mordisqueaba la punta de su lapicero, mirando hacia los Rosewall. Barney cambió con su camarera una ojeada y luego se encogió de hombros.

—¿Me llamaba a mí, señorita? —preguntó suavemente Dave, con voz cálida.

—Sí. ¿Cuál es su nombre, por favor? —inquirió ella, mirándole a los ojos, aunque el centelleo del sol sobre las lunetas circulares impedía que ambas pupilas chocaran directamente. Molesta, retiró la vista del doble reflejo.

—Me llamo Smith, señorita. Dave Smith. Si necesitan algo, la señorita puede...

—Ya nos han servido, gracias —intervino con cierta sequedad Dennis Goldfield, también estudiándole con leve interés—. ¿No nos hemos visto antes usted y yo?

—Creo que sí —sonrió Dave—. Esta mañana, en el templo.

—Oh, esta mañana... —Sin duda, Goldfield ya sabía eso porque asintió—. Cierto. Usted iba con el sargento Heywood, y se lanzó tras una sombra, a la que creo...

—Las sombras no saltan las tapias ni conducen automóviles, señor —objetó Dave.

—El sargento nos contó ya todo eso —intercaló con dulce voz Rossie Benton-Rosewall—. ¿Usted opina como él, que no era un fantasma ni una alucinación de tía Gertie?

—No creo que lo fuese —denegó Dave—. La metafísica no es mi fuerte, señorita, pero juraría que lo que perseguíamos era sólido y no muy diferente de nosotros.

—Bien, señor Smith, perdone estas preguntas que le hacemos, pero lo de hoy tiene por fuerza que intrigarnos y preocuparnos

seriamente —era Dennis quien hablaba, con toda amabilidad en su tono grave y varonil—. Lo que la cía de mi prometida creyó ver, ya ha sido mencionado antes por el propio Barney, según creo, y eso le da un aire inquietante al suceso, que en otro caso podría parecer simple sugestión, creada por el ambiente y el parecido de alguien con tío Monty.

—¿Y esa persona tan parecida tuvo que huir al verse confundida? —ironizó Dave.

Rossie le miró con renovado interés, tratando de escrutarle a través de las gafas.

—Escuche, señor Smith —dijo suavemente—. Quizá nadie de mi familia quiso tanto a tío Monty como yo. Lamenté su horrible muerte en Michigan, abrasado en su flamante Porsche deportivo. Su locura eran las carreras vertiginosas por cualquier ruta, peligrosa o no, y todos le profetizamos una muerte temprana si seguía igual. No obstante, tampoco admito ahora supercherías en torno a su figura, ni posibles fraudes jugando con el nombre de un ser querido que desapareció. Usted ha dado a entender antes que nadie, por un simple error, se lanza a la fuga. Y ahora yo, abusando de su amabilidad, me permito preguntarle: ¿Usted, en nuestro caso, qué creería?

Dave Smith respiró con fuerza, sonriéndole a la joven. El sol arrancó destellos decididos de los grandes ojos de Rossie. Eran inteligentes, vivos y profundos. Unos ojos que gustaban de llegar al fondo de las cosas.

Lentamente, Smith repuso:

—Yo soy un forastero en Elwoodville, señorita, y no sé nada de sus habitantes. Pero he oído hablar de los Rosewall, de su enorme fortuna y de la herencia fabulosa dejada por el difunto Monty Rosewall. A la vista de todo ello, y con lo ocurrido hoy en la iglesia, cualquiera pensaría en una posibilidad muy interesante.

—¿Cuál, señor Smith? —La pregunta de Dennis era tensa, realmente intrigada.

—Chantaje.

—¿Chantaje? —Parecía haber desilusión en el tono de Rossie—. ¿Por qué? ¿A quién?

—A cualquiera de ustedes. Y buscando pellizcar su fortuna, por supuesto. Claro que no deja de ser la teoría de un profano en esas

cuestiones —sonrió, inclinándose—. Pero piensen en ella. ¿Qué otro motivo podía haber para una farsa semejante?

—Chantaje... —Rossie enarcó las cejas, pensando intensamente—. Usted, señor Smith, acaba de darme una idea. Una idea singular, que hace tiempo que rondaba ya por mi mente, y que a mí misma me había horrorizado en más de una ocasión, rechazándola asustada.

—Rossie, por favor, no vuelvas a eso —pidió prestamente Dennis, apoyando en su brazo una mano firme que la oprimió—. No insistas en alimentar esa atrocidad...

—¿Por qué no, Dennis? —replicó ella, con cierta violencia—. Lo he presentado, lo he temido muchas veces. Había algo que no era normal en todo aquello. El accidente, el incendio del coche, la muerte de tío Monty...

—¡Rossie, por el amor de Dios! —exigió abruptamente Dennis. Y miró con afán a Dave—. No la haga caso, señor Smith. El *shock* nervioso de hoy la hace desvariar. No sabe lo que dice...

—Sí, Dennis, sé lo que digo. —Rossie irguió su cabeza graciosa y juvenil. Habló con una rotundidad que impresionó incluso a Dave Smith—: Siempre he sospechado que a tío Monty le asesinaron...

¿FUE MONTY ROSEWALL VICTIMA DE UN ASESINATO?

—Se equivocó usted, Kay, en las noticias del día siguiente —se burló Dave, arrojando el diario de la mañana sobre una mesa—. ¿Ha visto la primera página del «Sun»?

—Sí. —Kay respiró hondo—. A lo que parece, la idea que a Rossie Benton-Rosewall le nació aquí ayer tarde, charlando con nuestro brillante lavaplatos y cocinero, Dave Smith, ha cundido ya por Elwoodville, hasta convertirse en la comidilla general...

El tono de Kay era resueltamente áspero. Dave sonrió, sin replicar. Examinó la columna situada más abajo, donde se referían detalles de la autopsia del cadáver de Suzzy Ballinger. Nada había aclarado. Se centraba la hora de su muerte entre doce y una de la madrugada, y el motivo de la misma el hundimiento de la base del cráneo por golpes repetidos y violentos con un objeto contundente.

La encuesta se vería ante el *coroner* tres días después. Una fotografía de la desdichada pelirroja, encabezaba la página.

Dave la estudió con expresión taciturna y sombría, antes de volver al mostrador.

El trabajo del día en el parador, fue aburrido y nada extraordinario. A media tarde, pasó el *Daimler* rojo de la señora Rosewall, con su inseparable Jeremy Cohen, y también antes del atardecer, Dewey Rosewall se detuvo cosa de diez minutos en el surtidor de gasolina de enfrente. Casualmente o no, el atlético enamora de Suzzy, se bajó del blanco automóvil, quedándose plantado ante el parador, mirando agresivamente a través de los cristales. Dave lo advirtió. Kay también. Y preocupada, al pedir una ración de hamburgueses, musitó cerca del oído de Dave:

—Tenga cuidado con Dewey Rosewall, Smith. Creo que le vigila a usted.

—¿A mí? —Dave lo sabía, pero fingió sorprenderse—. ¿Por qué había de hacerlo?

—No sé. Tal vez piense que usted tuvo algo que ver en la muerte de Suzzy...

Brillaron los lentes de Smith, al fijar sus ojos en la joven camarera.

—¿Y usted, Kay? —preguntó suavemente—. ¿Lo piensa usted también?

Hubo un silencio. La joven no alzaba su cabeza. Al final, se encogió de hombros y habló en voz muy baja:

—No lo sé. No sé qué pensar, para serle sincera... Esos hamburgueses...

CAPÍTULO VI

Kay no había querido ser acompañada aquella noche. El ambiente de recelos y sospechas de todo Elwoodville, parecía haberse contagiado a ella. Dave dejó el autobús en Lincoln Drive, lo mismo que ella. Pero Kay se despidió con un seco «buenas noches», y él comprendió la indirecta.

Se encaminó a Oxford Street en dirección diferente, dejando a Kay Heywood a sus espaldas, camino de su vivienda.

Enfiló la larga calle poco iluminada que conducía a la vía ocupada casi en su totalidad por pensiones y alojamientos modestos. Un motor roncaba suavemente a sus espaldas.

Volvióse un momento, llegando a vislumbrar, tras los faros encendidos de un coche a marcha lenta, la figura de Kay, parada en el umbral de su casa, y mirando al parecer hacia él. Sonrió, moviendo la cabeza de un lado a otro, y continuó su avance sin prisas. Evidentemente, el coche a sus espaldas tampoco se apresuraba demasiado.

Alcanzó el bordillo de la acera, en el cruce de una calle lateral. Comenzó a cruzarla, abstraído. El sonido del motor, apagado y ronroneante detrás suyo, creció de pronto, hasta parecer un rugido brusco y feroz.

De lejos, la voz de una mujer, estridente y cuajada de angustia, chilló:

—¡Smith..., cuidado! ¡VA A MATARLE!

Dave giró en redondo. Le bañó la luz de los redondos faros, como dos ojos deslumbradores abiertos en la noche fijos en él. El rugido del motor aumentaba, y el coche era una exhalación, lanzado sobre él.

Estaba en mitad de la calle, arqueadas las piernas, contraído el

rostro que bañaba el fulgor de los dos faros, centelleando los vidrios de sus gafas.

El grito de la mujer se repitió, a espaldas del coche, convertido de repente en un virulento y despiadado monstruo que iba a aplastarle, a destruirle en un instante...

Dave conservó un ápice de serenidad. La suficiente para saber que no tenía escapatoria saltando de costado, porque el ancho automóvil, de faros muy separados y aerodinámicos guardabarros, le golpearía de todos modos, derribándole mortalmente.

Kay, trémula de horror, de espaldas al muro de su casa, chilló aún más, cubriéndose el rostro con ambas manos, cuando vio desaparecer la figura de Dave Smith bajo la mole larga y rugiente del coche. Las ruedas pasaron sobre el cuerpo del joven, y un segundo después, el automóvil viraba en la esquina inmediata, desapareciendo como una centella del lugar de su fechoría.

Kay estalló en sollozos histéricos, sin descubrirse el rostro. Un temblor convulsivo la sacudía de arriba abajo, en tanto que el ruido del motor asesino se perdía hasta parecer un lejano ronquido sin importancia. El que lo viera pasar por parte alguna, no podría imaginarse que venía de aplastar, fría y deliberadamente, a un ser humano.

Los pasos a la carrera, sobre el asfalto, la hicieron alzar el rostro bañado en llanto, apartando las manos crispadas. Voces y carreras cercanas indicaban que otros transeúntes acudían a sus gritos.

—¡Dios mío, no! —gritó de nuevo, al ver avanzar la figura tambaleante por la calleja—. ¡Smith...!

Echó a correr hacia él. Sus piernas oscilaban al pisar, pero parecía vivo y sin heridas. No llevaba gafas. En tierra, las luces lejanas arrancaban destellos de los vidrios rotos.

—¡Smith, no es posible! —exclamó, ya junto a él—. ¡Está vivo..., VIVO!

—Sí, Kay... Estoy vivo... todavía —rió duramente a flor de labios. Traía las ropas y el rostro sucio, el pantalón desgarrado, y unos largos arañazos en el rostro, pero nada más—. Es difícil terminar conmigo, aunque no lo crea...

Insensiblemente, la muchacha había llegado a su altura y no advertía que Dave la rodeaba los hombros con un brazo, y que ella lo admitía de buen grado.

—¡Pero..., pero si yo misma vi cómo le arrollaba cómo pasaba sobre usted, aplastándole!

—Podría decirle que soy un ser inmortal —dijo Dave burlonamente—. Pero la explicación es mucho más sencilla y prosaica. Cuando tuve el coche en Gima, comprendí que no había escape a los lados, por la velocidad y anchura del mismo. Conque me dejé caer ante él, totalmente encogidos brazos y piernas contra el cuerpo, y una vez en tierra, me pegué materialmente a ella, cuando ya la ruedas pasaban rugiendo junto a mis oídos, y rozaban la tela de las hombreras, rasgándolas. Intentó evolucionar con las ruedas de atrás para alcanzarme, cuando advirtió mi maniobra. Pero su propia velocidad impidió que lo hiciera a tiempo, y vi girar las ruedas con un chirrido, cuando ya me habían rebasado los pies...

—Cielos, es un milagro... —musitó Kay, mirándole con intensidad—. Es como resucitar, ya en las puertas de la muerte. Dave...

—Aun no sé si realmente he cruzado esas puertas y me está recibiendo un ángel hermoso y dulce —sonrió Dave, estrechando a Kay contra sí.

Ella advirtió entonces su brazo, enrojeció vivamente y se retiró con un gesto brusco. Al mirar atrás, descubrió que acudían varios grupos de curiosos.

—Esto ha sido simple resultado de mi inquietud por su vida —declaró fríamente la muchacha—. Nada más Smith. No se haga ilusiones. Yo no soy... Suzzy.

—Dejemos a los muertos en paz, Kay. —Smith hizo un gesto grave—. En cuanto al accidente, vale más que de una versión plausible. Un conductor que debía estar borracho casi me atropelló. Yo salté a un lado y salvé la vida. Eso es todo, ¿eh?

—Eso es todo... pero usted no cree que sea la verdad.

—¿Y usted?

—No era un borracho. Le siguió e intentó aplastarle.

—¿Usted vio cómo era ese coche?

—No pude evitarlo bien. Pero juraría que era de un color claro.

—¿Blanco, por ejemplo? —sugirió Dave—. A mí me deslumbraron sus faros.

—Podría ser blanco —asintió Kay, sombría—. Ya le dije que se

cuidara de Dewey.

—¿Sospecha que Dewey Rosewall intentó asesinarme fría y deliberadamente?

—Sí. Eso es lo que sospecho. ¿Y usted?

—Yo *estoy seguro* de que intentaron asesinarme, Kay..., pero no tengo tanta seguridad de que fuera Dewey...

* * *

Dieron breves explicaciones a los curiosos que habían acudido al accidente, y hasta un agente de policía hizo preguntas a Dave. Pero Smith no podía darle datos del coche agresor, y el agente se retiró, contrariado. Cuando volvieron a quedarse solos Kay y él, la joven advirtió que su cuñada, Marion, había bajado de la vivienda.

—He oído tus gritos, Kay —dijo, muy alterada, envuelta en una bata de tono oscuro—. Temí que le hubiera ocurrido algo a Jim.

—¿Jim? —Kay se volvió, mirándola con preocupación—. ¿Es que no está arriba?

—No ha llegado aún. Después de cenar manifestó que tenía trabajo urgente, y se marchó. No sé cuándo volverá, ni siquiera lo mencionó.

—No tema, señora —dijo Dave suavemente—. Su marido sabrá guardarse solito. Y no creo que nadie tire contra él automóviles a toda marcha.

—¿Qué quiere decir con eso? —Se intrigó Marión.

—Nada —el joven sonrió, mirando con aire lastimoso sus gafas—. Mañana tendré que comprar otras. Éstas han quedado totalmente inservibles. Señora, ha sido un placer conocerla. Hasta mañana, Kay.

—Buenas noches, Smith... y tenga cuidado —le recomendó Kay espontáneamente.

—Lo tendré. Voy a empezar a ser muy prudente en Elwoodville...

Se alejó con paso firme por la calle del accidente. Kay le vio perderse hacia Oxford Street y se volvió, tomando del brazo a su cuñada.

—Vamos, Marion —musitó—. Ha sido una noche horrible...

Descubrió entonces que Marion había recogido del suelo un

fragmento de vidrio en forma de un cuarto de luna, y miraba a través de él.

—Pero, Marion, ¿qué es lo que estás haciendo con eso? —se interesó, sorprendida.

—Miraba. Se ve muy bien con él.

—Pero si tú no padeces de nada en los ojos. Tienes una vista envidiable...

—Lo sé. Y sin embargo, veo perfectamente con este cristal. Raro, ¿no? Es un trozo de las gafas de tu amigo Smith.

—¿Qué quieres decir? ¿A dónde vas a parar con todo eso?

—Ser mujer de un policía, aguza a veces el sentido deductivo, querida —rió Marion, agitando el trozo de cristal—. ¿Por qué lleva gafas Dave Smith, si son inútiles y hechas de simples cristales *sin aumento*?

Kay Heywood se quedó tan asombrada que no supo ni contestar.

Entretanto, Dave llegaba, a su vivienda. Subió al piso donde tenía alquilado el reducido y modesto apartamento. La casa estaba sumida en silencio, y no parecía haber nadie levantado.

Dave metió la llave en la cerradura de su puerta, y entró. Cerrando la hoja de madera, estiró la mano, dando al conmutador de la luz. Se volvió, cansadamente... y abrió sus ojos con sorpresa, al ver su pequeña cama ocupada por un hombre.

Estaba tendido cuan largo era, había alzado ligeramente la cabeza al verle entrar, y movía ahora el brazo, en un ademán de cínico saludo, sin moverse de la cama.

—Buenas noches, Smith —le acogió—. Se ha retrasado bastante...

Era el sargento Jim Heywood.

—Vaya... —Dave avanzó con parsimonia—. ¿Ahora se ha convertido en allanador de moradas, sargento?

—Oh, no. Es una simple visita oficial —bostezó Heywood—. Si se toma la molestia de hurgar en el bolsillo de mi americana, descubrirá una orden judicial para registrar su apartamento, amigo mío.

—Creo su palabra, y no me molestaré en buscar nada. —Dave tiró a un lado su propia americana, y se sentó en una butaca, frente a la cama donde se había incorporado Jim.

—Eh, trae usted las hombreras hechas cisco —ponderó

Heywood, escrutando la americana de Smith—. ¿Ha tropezado con un tifón?

—No. Sólo con un automóvil a toda marcha. Su hermana puede contarle después el suceso con todo detalle.

—¿De modo que han querido alisarle un poco? —Pese a su tono de broma, el gesto de Heywood era ceñudo, áspero—. ¿Quién fue?

—Me gustaría saberlo, sargento, y no precisamente para decírselo a usted.

—Pues cuando lo sepa debe decírmelo, en vez de buscarse usted jaleos. Ya tiene bastante con los suyos. ¿Tampoco tiene idea de la matrícula del coche o de su color, forma, marca o modelo?

—Estoy en tinieblas —confesó Dave—. Parecía un «Chevrolet», modelo 1955, de líneas anchas y motor de unos veinte caballos. Pero no estoy seguro.

—¡Demonio! Para no recordar nada, tiene una memoria de elefante. ¿Sabe que Dewey Rosewall tiene un coche así?

—Lo sé. Pero yo no he dicho que sea de él —le recordó Smith—. Tampoco dije si era blanco, aunque su hermana cree que podía serlo, o de tono claro todo lo más.

—Ya —se frotó la barbilla, sombreada de barba—. ¿No me pregunta por qué me he metido en su casa durante su ausencia, Smith?

—Espero que me lo diga usted. Y si no me lo dice, sospecho que no podré obligarle.

—Es usted un tipo raro —masculló Jim, sacando su pipa del bolsillo con hastío, y comenzando a llenarla cachazudamente de tabaco—. Pero ya le dije que me era simpático, y que el diablo me lleve si sé por qué. No obstante, mi obligación es investigar sobre todo sospechoso, simpático o no.

—¿Y ha investigado? —sonrió Dave.

—He investigado. Nació usted en Yellow Horse, Valle Salmón, Idaho, hace treinta y siete años. La verdad es que le creía más joven. Representa treinta, todo lo más.

—Gracias. ¿Ha logrado acaso comunicación directa con mi villorrio?

—Yo logro siempre lo que me propongo, por difícil que sea. También he sabido que abandonó aquello a los siete años y no volvió jamás.

—Exacto. ¿Algo más?

—Se fue usted al Canadá, y ha pasado allí muchos años. Su afición mayor ha sido siempre el teatro. Fue actor en varias compañías canadienses. Luego tuvo negocios, mala suerte en ellos y dejó todo eso, para volver al teatro. Ahí acaban mis informes. Y usted aparece en Indiana, lavando platos en un parador de carretera. Extraño, la verdad.

—No veo por qué. Ya le dije que soy un poco bohemio.

—No es eso. Es, sencillamente, que usted no me parece un actor teatral. Ni creo que tenga tantos años. Ni su acento revela influencia canadiense alguna. Es usted toda una incógnita, amigo mío. Pero he de admitirle tal como es.

—¿Y todo eso le llevó a visitarme de noche en forma tan singular, sargento?

—No. He venido a registrar sus efectos.

—¿Lo ha hecho ya?

—Claro. Usted sabe bien que no he encontrado nada. Por la sencilla razón de que no tiene nada. Ni equipaje, ni útiles, ni ropas. ¿Dónde diablos está todo eso?

—Nunca lo llevo conmigo cuando viajo por las carreteras —rió Dave—. Molesta el peso, si hay que andar millas, sin que ningún coche te lleve a la población siguiente.

—¡Bueno! —Chupó furiosamente de su pipa—. Lo que yo decía. Es usted un puro desconcierto, hijito... Dígame, ¿es cierto que Rossie Benton. —Rosewall empezó a pregonar en el parador que su tío Monty había sido asesinado?

—Eso dijo —admitió Dave, poniéndose en guardia.

—¿Y que usted le sugirió la idea, con cierto comentario?

—Sigue informándole muy bien su hermanita —replicó Smith secamente—. Pero es así. Sólo que más que sugerir, fue refrescar una vieja idea arraigada en la mente de esa muchacha. Sin duda quería mucho a su tío, y siempre tuvo la sospecha de que su muerte no fue casual. Pero nunca se había atrevido a decirlo en voz alta...

—Pues ahora sí se ha atrevido. ¡Y en qué forma! Prensa, radio y corrillos, repiten sus palabras. Sospecha que le asesinaron, y eso ha levantado una polvareda terrible. La viuda Rosewall, que ya sufría una depresión nerviosa tras lo ocurrido en la iglesia, ahora ha caído en una postración enorme al saber lo que su sobrina anda

pregonando por ahí, y la ha tildado de insensata, estúpida y loca. El escándalo está en marcha, y lo que es peor, ha habido quien ha empezado a hacerse solidario de las sospechas de Rossie.

—¿Quién? —se interesó Dave.

—Waldo Shannon.

—¿El viejo administrador que cuidó de Monty? —Smith entornó los ojos—. Lo suponía.

—¿Por qué había de suponerlo? —demandó agudamente Jim, clavando en él su mirada.

—Por nada. Una corazonada acaso. ¿Y todo eso en qué va a degenerar?

—En lo que tenía que ocurrir inevitablemente al decirse una cosa semejante. Tres años apaciguan muchas cosas y borran otras. Tres años hace que ocurrió el desastre, y nadie pensó jamás en la posibilidad de que pudiera ser otra cosa diferente de la que fue. Ahora, ha bastado eso, para que una tercera persona intervenga activamente en el caso.

—¿Quién? —Parecía haber regocijo en la voz sorda y grave de Dave.

—El inspector de la Compañía de Seguros que suscribió la enorme póliza contra accidentes cubierta por el difunto Rosewall. Ha logrado levantar un acta judicial, y la ha presentado oportunamente. Ahora, todo ha de seguir su curso, y que sea lo que Dios quiera.

—No acabo de entenderle ahora. ¿Qué pide el inspector de Seguros?

—La exhumación del cadáver de Monty Rosewall.

Dave silbó entre dientes. Sus grises pupilas miraron fijamente al sargento, que torció el gesto.

—Sí, es desagradable y morboso, pero hay que hacerlo —declaró de mala gana—. Rossie ha apoyado la demanda de la Compañía de Seguros, pese a que eso significaría la pérdida de casi tres millones de dólares, abonados en su día por la Compañía. Shannon también lo ha encontrado aceptable. Y contra eso, choca la oposición decidida de Gertie. Jeremy Cohen, en su condición de futuro esposo, y también la de Dewey Rosewall, que tilda el caso de insensatez fenomenal.

—Pero el hecho es que va a exhumarse el cadáver, ¿no es así?

—Así es.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Qué?

El sargento consultó su reloj de pulsera gravemente. Miró después a Dave.

—Dentro de una hora, en el panteón de los Rosewall, situado dentro de la Fundación, tendrá lugar la ceremonia oficial de desenterrar el cuerpo de Monty Rosewall —informó con tono dramático—. Asistirán todos los familiares de la casa, sin excepción, salvo la viuda Rosewall, que no se cree lo bastante fuerte como para eso.

—Sería interesante estar presente en esa tétrica escena —juzgó suavemente Smith.

—¿Usted lo cree así? —opinó Heywood mirándose de hito en hito.

—Los funerales resultaron también interesantes, ¿no? —sonrió Smith—. Mis corazonadas nunca me engañan.

—Bueno, pues si quiere asistir al espectáculo en primera fila, ya puede irse preparando —dijo con inesperada benevolencia el sargento, poniéndose en pie—. Voy a llevarle allí en calidad de invitado especial. Diré que es periodista, cualquier cosa.

—¡Pero, sargento, su bondad me emociona! ¿Qué es lo que le ocurre?

—Que me ahorquen si lo sé, pero usted me es simpático, ya se lo dije. ¡Demonio! Y después de todo, parece que donde usted está, siempre ocurre algo interesante. Veremos si su extraña facultad tiene éxito esta noche, en el panteón de los Rosewall.

—No sé por qué, sospecho que sí...

Dave rió burlonamente, y el sargento le miró sorprendido, sin que el joven forastero añadiese una sola palabra más.

CAPÍTULO VII

El lugar era impresionante. Y la concurrencia, también.

Dave Smith lo contempló todo curiosamente, a través de la ventanilla del coche oficial, cuando éste se detuvo detrás de los grandes edificios grises, encristalados y verticales, de la Fundación Rosewall.

Allí, un sendero bordeado de cipreses, conducía hasta la puerta del panteón familiar de los Rosewall, en sitio preferente destinado al fundador de la gran obra benéfico social de Montgomery Rosewall, el más joven y poderoso de los millonarios de Indiana.

La luz del lugar, con tubos de mercurio, era azulada, espectral y endurecía los rostros, los gestos e incluso el panorama rectilíneo y frío, de arquitectura angular y glacial. Una leyenda orlaba la entrada a la zona funeraria de los Rosewall:

HOMBRE: SI VIENES AQUÍ, DETENTE A ORAR
POR EL FUNDADOR DE UNA OBRA HUMANA Y
DIGNA POR EL BIEN DE TUS SEMEJANTES. MONTY
ROSEWALL ESPERA TU PLEGARIA.

—¿Qué le parece la inscripción? —preguntó el sargento, aparcando el coche junto a otra hilera de automóviles oscuros y silenciosos.

—Petulante y torpe —gruñó Dave—. Si Monty Rosewall pudiera leerla, diría igual que yo. Él, si era como dicen, no pudo redactar eso.

—Claro que no —rezongó Jim entre dientes—. Fue idea de su esposa.

Bajaron del coche, recorriendo a pie el último trecho del paseo de asfalto, bordeado de tristes y largos cipreses. La luz proyectaba sombras extrañas en el suelo torso, gris y uniforme de la avenida artificial.

Dave, casi en la sombra, detrás de la corpulencia de Jim Heywood, contempló a su sabor el primer aguafuerte que le era dado ver de la gente reunida frente al panteón de piedra blanca, mármol y negra cruz de remate, con el nombre de los Rosewall en letras doradas.

Parecía haberse puesto de acuerdo, igual que en el templo, para vestir todos de negro o muy oscuro. El cabello blanco de Waldo Shannon y los oscuros ojos de Rossie Benton-Rosewall, eran las dos notas más destacadas en la sinfonía de penumbras del lugar. El juez Calloway era alto, enjuto y muy calvo. El doctor Lipstein, forense del Distrito, hablaba con él en voz baja. Ambos dirigieron un saludo cortés a Heywood y miraron con cierta curiosidad a Dave Smith, que se situó a un lado, bajo un esbelto y melancólico ciprés, velado por su sombra. Los Rosewall, a excepción de Rossie, no advirtieron su presencia. La joven enarcó una de sus finas cejas pero no dijo nada ni hizo ningún otro gesto.

La ancha, achatada faz de Dewey, destacaba belicosamente sobre el negro traje y la corbata incongruentemente verde. Más allá, los dos hermanos Cohen hacían acto de una presencia pasiva pero hostil a la ceremonia que iba a tener lugar momentos después.

—Creo que podemos empezar ya —dijo gravemente el juez—. Estamos todos, ¿no?

—Sí, todos —asintió Dennis Goldfield, que sostenía por un brazo a la pálida y firme Rossie.

—Incluso creo que sobra gente —agregó duramente la muchacha, mirando a los dos Cohen. Jeremy la miró con profunda aversión, y su hermano Isaías desvió la mirada—. Pero vamos, pueden empezar.

El juez hizo un gesto. Dos hombres de uniforme oscuro y botonadura de plata, salieron de la zona oscura junto al panteón. Eran funcionarios de una empresa fúnebre.

—¡*Un momento!*— cortó una voz dura, glacial, brotando al parecer de la nada.

La mayor parte de los presentes dio un cómico respingo. Las

cabezas giraron hacia el punto donde unos pies se arrastraban sobre la grava.

Gertie Rosewall, enlutada y grave, erguida cuanto le era posible, parecía ahora veinte años más vieja que en el templo. Se apoyaba en el brazo de un hombre alto y grueso, con gafas con montura de concha. Se hizo un silencio absoluto, mientras la dama de rostro lívido, ropas negras y cabello rubio, avanzaba pesada, dificultosamente. Lo mismo que una anciana. En torno a los azules ojos, unas sombras violáceas demacraban su faz.

—¡Doctor Burton! —exclamó con sorpresa Dennis, volviéndose—. Creí que no podía levantarse ni asistir a este desagradable trance...

—Ha insistido tanto que lo perjudicial hubiera sido retenerla, caballero —repuso dignamente el médico—. Pero mi criterio profesional es que esto no debería llevarse a cabo. Si acaso, no esta noche. La señora Rosewall ha pasado ya por una emoción singular, y temo que su corazón...

—Mi corazón es fuerte aún, doctor Burton —le atajó fríamente la dama—. Agradezco su interés, pero creo poder presenciar esta horrible mascarada de la que me avergüenzo. Vamos, empiecen a sacar a la luz los despojos de mi pobre esposo...

—Tía, no te pongas desagradable, por favor —pidió Rossie, mirándola con una mezcla de turbación y de inquietud—. No es del gusto de nadie lo que va a hacerse ahora, pero ha de llevarse a cabo por encima de todo. Sospecho que mataron a tío Monty. Hasta que no lo comprobemos, no podría quitarme la idea de la cabeza.

—Yo también, señora Rosewall, creo que esto debió hacerse mucho tiempo atrás —observó la voz grave, solemne, del viejo Shannon. A pesar de sus ropas bien cortadas y pulcras, se adivinaba en él al hombre de condición inferior, subido por un azar. Sus ojos oscuros y hundidos eran astutos, inteligentes y vivos—. Ya que la señorita Rosewall se decidió a airear sus temores, no tengo inconveniente en unirme a ellos. Jamás admití la versión de los hechos que se nos dio. Y perdone que lo diga así.

—Shannon, usted es quien menos derecho tiene a hablar así —le replicó con acidez la dama—. Si es alguien ahora, se lo debe al desdichado fin de mi esposo. ¿Por qué no respeta su memoria dejándole en paz?

—Es mucho más respeto pretender aclarar su final, señora —replicó Shannon, sin inmutarse—. Y saber si murió de accidente... o le asesinaron, como yo temía.

Nadie habló después de eso. Dewey se apresuró, servilmente, a ayudar a su prima, que se había desasido del doctor, para avanzar hasta un primer plano. Ella, digna y glacial, rechazó al fornido mocetón. En cambio, sonrió dulce y apagadamente a Jeremy, cuando se despegó del resto del grupo y pasó un brazo por su breve cintura. La voz educada y pastosa del judío habló brevemente:

—El doctor Burton tenía razón, Gertie. No debiste dejar tu dormitorio. Ya que esto se ha hecho inevitable, podías haberte librado de ello, querida...

—Gracias, Jeremy —le miró con ternura—. Tú eres el único que realmente me quieres. Por eso te ruego que no te opongas. Deseo quedarme. Es mi última palabra.

Jeremy demostró ser muy comprensivo o muy buen político. Asintió gravemente, enmudeciendo. La voz áspera e irritada del juez Calloway ordenó de repente:

Por favor, señores, dejen todos sus cuestiones familiares. Vamos a proceder a la exhumación, legalmente solicitada por el señor Patrick Winnemouth, de la Compañía de Seguros *Davidson & Davidson*, aquí presente...

Un nuevo personaje apareció en escena. Bajo, rechoncho y sudoroso. Tenía mirada huidiza y gesto enérgico. Vestía un chillón traje de mezclilla verde y blanca, y una corbata indescriptible. Una pesada cartera de cuero colgaba de su mano derecha.

—Procédase a la exhumación del cadáver de Montgomery Rosewall —señaló la voz del juez, solemne y firme.

Y la exhumación comenzó.

Los funcionarios de pompas fúnebres desatornillaron la losa o tapa de mármol artísticamente labrado que cubría la entrada a la cripta del panteón familiar. Eran como grandes clavos dorados, de cabeza poligonal.

Trabajaban en medio de un gran silencio, y el ruido áspero de sus herramientas, al violar la paz del monumento funerario a Monty Rosewall, era el único sonido perceptible en el lugar, sobre un trasfondo de respiraciones lentas y alientos contenidos.

—No hay más que un féretro en la tumba de Monty Rosewall —

refirió en voz baja el sargento Heywood a Dave—. En un principio, fue enterrado en el cementerio de Elwoodville, junto a sus parientes y miembros de la familia. Después, la viuda creyó oportuno dedicarle un monumento dentro de su propia obra, esta Fundación benéfica, y así lo hizo, trasladándose su féretro hasta aquí.

Dave asintió. Imaginaba ya eso de antemano. La obra de Gertie Rosewall, en memoria de su marido, era pretenciosa, altiva y poco humilde. Sin duda, a Monty Rosewall no le hubiera gustado, de haberla podido ver.

La idea le hizo sonreír a flor de labios. Los operarios de uniforme negro seguían su tarea. Dave experimentó de repente la sensación de que era observado, vigilado. Esa indefinible impresión de cualquier persona, al ser mirada fijamente por alguien.

Alzó la cabeza, apartando los ojos de la abertura oscura de la cripta. Miró directamente hacia el grupo de enlutados personajes... y sus pupilas chocaron con las estrechas, inexpresivas y brillantes de Waldo Shannon, el hombre de cabello blanco y rostro inmutable.

Por un momento, ambas miradas chocaron como aceros, por encima de la luz espectral del lugar, y por encima de ruidos y de rostros humanos desdibujados en una sinfonía macabra de blancos y negros.

Waldo Shannon se humedeció los labios, sin retirar sus ojos de las grises pupilas de Dave Smith, ahora sin gafas. Dave no bajó los ojos, manteniéndolos audazmente en el hombre que criara y educara en su infancia a Monty Rosewall.

Después, tan silenciosamente como se iniciara, cesó el duelo. Waldo Shannon dejó de mirar a Dave, para fijar los ojos en la abertura de la cripta, por donde acababan de desaparecer los dos empleados funerarios y el juez Calloway, tras permitir que el aire interior se renovara convenientemente.

Dave siguió la hilera de rostros. Gertie, Jeremy Cohen, Rossie, el señor Winnemouth, Dennis, Dewey, Isaías Cohen, el doctor Lipstein... Todos con la vista fija en la boca de la cripta, esperando el final de la extraña y alucinante ceremonia.

Cuando los empleados reaparecieron con una alargada forma negra, tallada y provista de grandes asas metálicas, Heywood respiró profundamente y cambió una mirada con Dave.

—Ya está ahí —dijo roncamente—. ¿Qué encontrar remos

dentro? ¿Habría sido necesario todo esto, o realmente murió en un accidente el desdichado Monty Rosewall?

Dave no respondió. Se mordía el labio inferior pensativamente, sin apartar los ojos del féretro. Vio cómo le apoyaban en tierra, sobre la alfombra de hierba que acercaba el panteón, y los empleados se enjugaban el sudor, tomándose un respiro. Ellos eran los más indiferentes en aquel cuadro tenso y agobiante.

—Entonces sudaron más aún —comentó Heywood distraídamente—. El arcón está forrado de zinc y de paño, para proteger mejor el cuerpo del difunto Rosewall.

Asintió Dave en silencio. En medio de una quietud impresionante, los hombres de la empresa fúnebre se dedicaron a abrir la caja negra y larga. Los golpes de sus instrumentos sonaban como disparos en aquella densa, electrizada, calma sin sonidos ni siquiera respiraciones.

Por fin, la tapa quedó suelta. Los funcionarios, conscientes de su obligación, se detuvieron sin la menor curiosidad. Miraron fijamente al juez Calloway y al forense, que avanzaron, al tiempo que hacían una seña a Jim Heywood. Los tres hombres que representaban la Ley en aquella ceremonia, asintieron sin palabras.

Los dos empleados de negro uniforme tiraron de las asas, alzando la tapa labrada. Su interior quedó a la vista, de todos.

Dave advirtió en seguirla la expresión de perplejidad en los tres hombres. Después, la hilera de rostros se adelantó, y ojos desorbitados se clavaron en el féretro. Gertie Rosewall gimió entre dientes, a punto de caer. Jeremy la sujetó, mascullando un juramento poco acorde con el lugar y el instante.

Aun antes de inclinar el cuerpo y mirar al interior del ataúd, Dave Smith sabía ya lo que iba a encontrar.

La caja estaba vacía.

CAPÍTULO VIII

—¡Vacía! ¡Vacía... la tumba de su esposo! ¿Se da usted cuenta, señora Rosewall, de lo que eso puede significar?

La mujer gimió, y Jeremy Cohen saltó vivamente:

—Sargento, creo que sería más humano tratar de comprender su estado y dejarse ahora de interrogatorios —objetó duramente—. La señora Rosewall está muy afectada y...

—Escuche, señor Cohen —atajó con frialdad el sargento—. Sospecho que está usted inmiscuyéndose en lo que no le importa. Usted no pertenece a la familia Rosewall, ni tiene relación alguna con este caso. Su relación con la señora Rosewall no le autoriza a intervenir en nada, y hará muy bien en mantenerse apartado lo más posible.

El judío pareció aturdido ante la virulencia de la réplica algo violenta. Sin embargo, se retiró a un lado, mascullando sordamente por encima del hombro:

—Muy bien, sargento. Su amabilidad resulta enternecedora...

—En los casos que entran dentro de mi terreno, señor Cohen, no soy enternecedor con nada ni con nadie —cortó con aspereza Heywood. Volvióse hacia la señora Rosewall y continuó—: Y bien, señora, ¿qué es lo que ha podido ocurrir para que desaparezca el cadáver de su esposo?

Ella comenzó a sollozar ininteligiblemente. Entonces, del grupo de personas reunidas en la sala del edificio de la Fundación destinado a vivienda de los propietarios, salió Rossie como un huracán, brillantes sus oscuros ojos.

—¿Quiere saberlo? ¡Yo se lo diré, sargento! —estalló—. ¡Era cierto lo que todos sospechábamos, sin atrevemos a decirlo en voz alta! ¡Es cierto lo que yo declaré en público, harta de tanta

hipocresía! ¡A tío Monty le asesinaron!

—Rossie, querida, ¿no puedes callar de una vez? —La señora Rosewall hablaba al fin—. Ya has hecho bastante daño con tus sospechas absurdas y tus acusaciones sin sentido.

—¿Sin sentido, tía? —Rossie señaló dramáticamente al exterior por un ventanal—. ¿Y *eso*? ¿*Dónde* está el cadáver de tío Monty? ¿*Quién* se ha deshecho de él tan a tiempo? ¿Y por qué, tía Gertie, *por qué*?...

Nadie le respondió. A Dave le gustó la intervención de la muchacha, porque en realidad, ella tenía la valentía de presentar el pavoroso problema planteado por la desaparición del cuerpo de Monty Rosewall coa clara crudeza, sin rodeos ni subterfugios propios de las familias notables que se niegan a ver las realidades desagradables.

El juez carraspeó, mientras su pluma corría rasgueando el papel, en la redacción del acta legal de cuanto había ocurrido. A su lado, Lipstein y el señor Winnemouth, evidentemente satisfecho, servirían de testigos.

—Escúchenme un momento todos, y eso saldremos ganando en tiempo y en claridad —exclamó Heywood con energía—. A mí no me afecta más que indirectamente la posible muerte provocada del señor Rosewall. Ocurrió fuera de mi jurisdicción y hace de ello tres años. Pero sí quiero hacer constar que la desaparición de ese cadáver ha ocurrido aquí, y hace escaso tiempo, según creo.

—¿Por qué cree usted eso? —saltó vivamente Dewey Rosewall, con su aire ceñudo.

—Porque todo parece haberlo provocado la sospecha hecha pública por la señorita Benton-Rosewall. Al mismo tiempo, hemos asistido a extraños sucesos, como la visión que tuvieron la señora Rosewall y el dueño del parador, Todd Barney, real o no.

—¿A dónde va a parar con eso, sargento? —Opuso secamente Isaías Cohen—. Una cosa y otra carecen de sentido. Y mucho más de relación entre sí.

—¿De veras? —Heywood apretó su pipa con los dientes, mirando a los que llenaban la sala como un extraño coro de tragedia griega—. ¿Y si yo les dijera que últimamente han ocurrido en Elwoodville demasiadas cosas relacionadas con los Rosewall, tal como el asesinato de Suzzy Ballinger?

La conmoción ahora fue muy clara. Hasta el juez Calloway soltó la pluma, para mirar con expresión de búho a su amigo y colaborador. Dewey dio un respingo cómico, del que nadie pensó en reír.

—¡Sargento, no tiene por qué mezclar a esa muchacha en esto! —aulló el que fuera amante de la asesinada—. ¡Es desorbitado, traído por los pelos y fuera de lugar, Heywood!

A Dave le gustaba el carácter de Jim. Ahora sobre todo, cuando aferró la pipa por su cazoleta y apuntó hacia Dewey Rosewall con su extremidad, replicando fríamente:

—Señor Rosewall, da la casualidad de que *eso es lo que dice usted*. Pero Suzzy Ballinger era su amante, usted la mantenía en Las Acacias, y usted, amigo mío, *es un Rosewall*. Ésa es la primera relación entre un caso y otro. La segunda, si quiere saberla, es la que voy a exponerle ahora: ¿Por qué usted, *precisa y únicamente usted, señor Dewey Rosewall*, estuvo ausente de Elwoodville la semana que murió su primo Monty, y por añadidura sé de buena fuente que estuvo en la región del Lago Michigan, *cerca de donde su primo encontró la muerte* en el «Porch» rojo que conducía aquel día?

Dewey boqueó, mortalmente pálido, y no supo qué decir. Rossie le miró con verdadero horror, apartándose de su proximidad. Y por un momento, allí no habló nadie, bajo la mirada dura y acusadora de Jim Heywood, y la sonriente e irónica de Dave Smith, mudo testigo del dramático choque.

Jim condujo en silencio hasta cerca de Lincoln Drive. Sus labios se cerraban resueltamente sobre la pipa, mientras reflexionaba con auténtica furia sobre algo que daba vueltas en su cabeza, sin acertar a definirse.

Junto a él, Dave Smith se limitaba a contemplar el paisaje oscuro de la campiña de Elwoodville y las sombrías formas de su zona residencial, acotada y cuajada de árboles.

—Una noche perdida —gruñó de repente Jim Heywood, girando el volante al enfilarse al cruce de Garden Boulevard con Lincoln.

—¿Perdida? —Dave enarcó las cejas—. Yo no diría eso, sargento. Ha sido una noche muy interesante.

—¿Usted cree? —Jim le miró de reojo con enfado—. Todo el mundo oculta algo en esa familia. Y todos se encubren entre sí, por el honor de los Rosewall. Me recuerda a las estirpes medievales,

defendiendo el estandarte familiar. Pero están podridos.

—Sí, muchos de ellos lo están —asintió Dave—. Otros, como esa jovencita, Rossie, o el viejo Shannon, son limpios y sinceros. Pero Dewey justificó su viaje a Michigan.

—Sí. Iba a pedir dinero a su primo, para un asunto urgente y delicado. Eso es lo que él dice. Resulta plausible, porque no era la primera vez que lo hacía, a espaldas de su prima Gertie. Sin embargo..., un medio seguro de heredar más dinero del que Monty podría darle jamás, era estropeando su «Porsche» o haciéndolo chocar con algo, para eliminar al potentado familiar.

—Eso sí. Pero sería una explicación demasiado fácil para un caso tan tenebroso.

—Demasiado fácil... —Heywood le miró—. Sí, eso creo. Hay algo, algo que escapa de mi entendimiento en este caso. La muerte de Monty, la desaparición de su cadáver, el asesinato de Suzzy... No sé, todo son piezas de un rompecabezas demasiado complicado...

—Los empleados de la funeraria dicen que la cripta pudo ser abierta sin que nadie advirtiese luego la operación, si se supo hacer limpiamente. En la Fundación no entra nadie ajeno a ella ni a los Rosewall. Eso limita mucho el terreno de sospechas.

—¿Usted cree? —Jim detuvo el coche junto al bordillo de Lincoln Drive. Ante ellos, las verjas del parque formaban una línea recta y oscura en la noche—. Bueno, creo que hemos llegado. Allí enfrente está mi casa. Un poco más lejos, la suya.

—Gracias por todo, sargento —sonrió Smith, bajando del coche—. Ha sido muy interesante ir con usted a la exhumación. Una experiencia imborrable para un hombre...

—No le veo la importancia. A usted parece gustarle todo lo morboso, Smith.

—Sí, tal vez sea eso —hizo una mueca burlona, enigmática, y un ademán de saludo—. Hasta otra vez, sargento.

—Hasta pronto, Smith —fue la despedida del policía, al arrancar el coche.

Dave caminó lentamente hacia Oxford Street, por las calles solitarias. Había caído una ligera llovizna a última hora, y la madrugada de Elwoodville era húmeda, desapacible, y con el asfalto charolado y brillante, reflejando las escasas luces de la zona.

Un motor roncó suavemente a sus espaldas. Dave se quedó

rígido al percibirlo. Era la segunda vez en pocas horas. La anterior, significó la vecindad pavorosa de la muerte.

Volvióse lentamente, con una expresión dura y agresiva en el rostro. No llevaba armas, pero lucharía como fuese contra el enemigo agazapado y atentó.

El coche no llevaba esta vez los faros encendidos. Tampoco parecía de tono claro, sino precisamente de un oscuro azul. Y no era un deslumbrante modelo de grandes líneas, sino un reducido «Austin» de varios años atrás.

Esperó, pegado de espaldas a la verja y los setos del parque, clavados los ojos en el coche que, suave, lentamente, se deslizaba junto al bordillo. Al llegar a su altura se detuvo.

Un rostro, una mano, asomaron por la ventanilla. Unos ojos brillantes y astutos se fijaron en él. La voz grave, respetuosa, le sonó con ecos de lejano recuerdo:

—Señor..., ¿quiere subir a mi coche? He venido detrás suyo todo este tiempo...

Dave asintió. Cruzó la acera con paso rápido, tras mirar a ambos lados de la desierta calle.

—Sí, Waldo. Claro que subiré. ¿A dónde vamos?

Waldo sé lo dijo. Smith, acomodándose junto a él en el asiento delantero, no respondió más que con otro asentimiento de cabeza. El viejo administrador de la Fundación Rosewall, arrancó camino de las afueras otra vez.

Le pareció más fría e inhóspita que antes la arquitectura rectilínea y gris de la Fundación. También más silenciosa, dormida y triste que en el momento de la exhumación. Tal vez porque ahora, desnudos de todo interés morbosos, los edificios verticales, las alamedas rectas y los árboles simétricos, producían la impresión de una helada ciudad del futuro, sin alma ni corazón.

Waldo Shannon detuvo el automóvil junto al bordillo de la fachada central de la Fundación. La capota oscura y bruñida del coche reflejó la luz de los grandes ventanales asomados a la noche. Seguía soplando una brisa húmeda, y volvía a chispear ligeramente, charolando el suelo asfaltado.

—¿Va a entrar, señor? —preguntó Waldo, parado en la acera, mirando fijamente a su viajero.

—¿Lo dudas acaso? —sonrió Dave Smith, poniendo pie en tierra.

Cerró suavemente la portezuela y se encaminó a la gran entrada de cristales esmerilados. Sobre su cabeza, las enormes letras doradas que rezaban FUNDACIÓN ROSEWALL, parecieron bailotear por un destello de luz incierta—. Vamos, Waldo.

Shannon abrió marcha. El enorme vestíbulo de la Fundación aparecía iluminado y desierto. Un conserje nocturno inclinó la cabeza al paso del viejo Waldo, y miró curiosamente a Dave, sin hacer comentario alguno.

Un ascensor silencioso les llevó al piso alto. Allí, un corredor brillante, encerado y sin sonidos, les condujo hasta una puerta de recia madera, que Shannon abrió con suavidad. Encendió una luz. Entraron en una estancia amplia, con zócalo de madera, grandes estanterías cuajadas de libros, y un enorme cuadro central, iluminado por un tubo de luz indirecta, entre dos de las librerías murales, sobre un hogar tradicional y decorativo.

Dave Smith miró directamente al cuadro. Un hombre alto, de pelo castaño abundante, largo y ondulado, ojos acerados y fríos, boca enérgica, rodeada de una poblada y recortada barba, y traje severo, oscuro y cruzado, que le hacía parecer más alto, más delgado e impresionante. Como fondo diluido del cuadro, una vista de la Fundación, en armonioso juego de grises, algo apagados y secundarios.

—El gran Montgomery Rosewall —dijo Smith, sin apartar los ojos del cuadro.

—Sí —asintió Shannon. Hizo un gesto amplio con la mano—. Éste es mi despacho de trabajo desde hace tres años. En realidad, pertenece al señor Rosewall.

—El señor Rosewall murió, Waldo —respondió suavemente Dave.

—Claro. Él murió. —Shannon apartó sus ojos del cuadro—. ¿Nadie ha sabido nunca cómo ni por qué?

—¿Y tú, Waldo? ¿Lo sabes tú?

—Lo he sospechado siempre —sonrió débilmente el anciano—. A un hombre que ha conocido tanto a otro, no es fácil deslumbrarle como a los demás. Yo creí ver la verdad el día que se nos dio la noticia, el día que llegó el cadáver, el día que se le enterró y se rezó el réquiem a su memoria en Santa Clara... Después, ha habido tres años de espera, de tensión, de esperanza que iba siendo

desesperanza poco a poco... Hasta que Todd Barney habló de un hombre igual a Monty Rosewall. Y la señora Rosewall se desmayó en la iglesia, al creerse ante su marido resucitado. Yo *supe* entonces que había estado siempre en lo cierto.

—Sí, Waldo. Creí advertirlo antes, durante el funeral...

—Lo descubrí todo entonces. —Shannon respiró con fuerza—. La caja vacía no me sorprendió. Si todo era como yo imaginaba, *tenía* que estar así. Y lo estaba. Lo que para todos era un nuevo misterio inexplicable, para mí completaba el cuadro.

—Sí, Waldo. Siempre has sido muy inteligente...

—Gracias. —Shannon miró directamente a los ojos grises y metálicos de Dave Smith—. Y ahora... ¿qué piensa hacer? AHORA QUE HA VUELTO A LA VIDA... ¿QUE VA A HACER, SEÑOR ROSEWALL?

CAPÍTULO IX

En la mente del hombre que se había hecho llamar hasta entonces Dave Smith, despertaron lejanas visiones, recuerdos de dos momentos cruciales de su vida, cuando era el fabuloso, el grande Monty Rosewall, el hombre más rico y joven de Indiana...

El primero apenas si era un vago recuerdo, una sensación difusa y borrada por la inconsciencia.

Un almuerzo vulgar en casa, un beso a Gertie, antes de emprender un viaje de negocios, tras el que iría hasta Michigan en su rojo «Porsche» recién adquirido.

Y después, los extraños mareos al volante, las molestias de estómago, la somnolencia rápida que le hizo frenar prudencialmente al borde de la carretera, para ver de rehacerse.

Había extraído el frasco de *brandy* del bolso del automóvil, pero sólo llegó a desenroscarlo, para caerle en las rodillas, derramándose, cuando sus dedos perdieron la fuerza y soltaron su presión.

De él se borró todo entonces, se hundió en tinieblas, a pesar de que era plena tarde y el sol caía con intensidad, bañando de luz la desierta carretera...

El despertar había sido en aquel maldito ropero donde se ahogaba por culpa del aire viciado, con olor a naftalina... Las voces de las dos personas, el entrechocar de vasos, la mención a las excelencias del *greenfire* preparado por una tal Suzzy, la visión rápida de una figura hermosa y sensual de rojos cabellos, y la horrible cancioncilla del beodo, metiéndose en su cabeza alterada y torpe:

«¿Quién su fortuna heredó...? ¡Pobre Monty, que murió...!».

Detrás de eso, poco había. El ahogo del encierro le había

desvanecido nuevamente. También la debilidad, la angustia, una mezcla indescriptible de emociones...

Y el despertar.

Un despertar alucinante, encarado con la muerte, en un «Porsche» a más de ciento veinte millas de velocidad, con el azul del Lago Michigan a su izquierda, y los barrancos de la carretera a su derecha... Y con un asesino feroz al volante...

—¡Vaya, amigo! ¿Ya despertó? —La risa de Tony Deledda hirió sus débiles oídos—. Lo lamento. La muerte hubiera sido más apacible en la inconsciencia. Pero yo no tengo la culpa de eso, después de todo...

Silbaba el conductor del coche. Había aplicado la capota al «Porsche», y el rojo bólido centelleante rugía cuesta arriba, remontando una elevación de la ribera del lago. El sol brillaba sobre ellos, haciendo fulgurar la carrocería color sangre.

Él estaba tendido junto al volante, ligado de pies y manos, amordazado e inerte. El perfil arrogante, guapo y perverso de Tony Deledda, con un traje de *sport beige* y marrón, se ofrecía recortado contra el azul limpio del cielo.

—Es malo tener mucho dinero, amigo —rió de nuevo Tony, sin quitar los ojos de la ruta, peligrosa y serpenteante—. Siempre hay gente que le quiere mal a uno. Gente que debería quererle, pero que no sabe ser agradecida ni le importa la vida ajena, si le reporta millones. Y su vida es preciosa. Un seguro, una fortuna, un testamento que enriquece a unos cuantos... Ya ve, su muerte incluso me enriquece a mí. ¿Sabe lo que cobro por enviarle al diablo dentro de este cacharro? Nada más que doscientos mil dólares. ¿Qué es poco bocado? Seguro. Pero no será el último. Un crimen es un crimen. Y a mí no me remuerde la conciencia por esas cosas. Tengo una chica guapa que me ha ayudado mucho. Ella teme que yo me largue lejos al cobrar mi parte, pero no es así. No por ahora, claro. Todavía no me he cansado de ella... Más tarde, ya veremos. Me gastaré con ella los doscientos grandes. Y luego, pediré más. Después de todo, soy el único que conoce la identidad de la persona interesada en liquidarle, amigo. Eso vale dinero también...

No podía contestar, ni ofrecer parte de su fortuna a aquel asesino. De todos modos, él tampoco le hubiera hecho caso, temiendo un engaño. Los ojos grises fríos y metálicos del hombre de

la barba recortada y los cabellos largos, ahora en desorden, se clavaba insistentemente en él.

A Tony Deledda, a quien el sol, la velocidad, los nervios y la mirada de su prisionero debía de estarle alterando la calma precisa para su labor, le irritó la obsesiva fijeza de la mirada del condenado a muerte.

—¡Ya está bien de mirar así, estúpido! —aulló de repente. Alzó su zapato deportivo, de recia suela, y descargó un bestial impacto a la cabeza del prisionero—. ¡Deja de mirarme de una maldita vez!

Los ojos del prisionero se quedaron en blanco. Inmovilizóse, desvanecido. Tony, riendo entre dientes, volvió a silbar, llevando entre sus manos firmes el volante del «Porsche» rojo. La saeta escarlata doblaba las curvas de la carretera con velocidad escalofriante y largos chirridos de las gomas sobre el asfalto.

Llegó a la altura mayor de la carretera. Formaba allí una especie de alto o promontorio de veinte o treinta yardas, tras el cual descendía la ruta en pina cuesta hacia la orilla del lago, bordeándolo siempre.

Deledda aplicó el pie al freno. Lentamente, el coche se detuvo, deslizándose estridentemente sobre sus castigadas llantas. Como un raro insecto rojo, paróse al sol.

—Bueno, amiguito, llegó tu hora —rió Tony Deledda, saltando ágilmente a tierra.

Respiró a pleno pulmón el aire fresco y sano de la altura rodeada de pinares con las grises siluetas de las fábricas de acero, allá abajo, diluidas entre el humo de sus chimeneas en la distancia.

Tomó una lata de gasolina del portamaletas. Había metido el coche en un rincón cercado de arbustos. Además, era una carretera poco frecuentada en aquella época del año y a tales horas de la tarde.

Destapó la lata, y roció de gasolina las ropas del prisionero y la tapicería del coche. Arrojó después la lata vacía al lago. Su víctima continuaba con los ojos cerrados e inmóvil.

Tony extrajo del bolsillo una pistola automática, que depositó junto a él, en el asiento. Se inclinó, cortando con un cortaplumas las ligaduras de muñecas y tobillos, y despojó de mordaza al prisionero. Enérgicas fricciones en las partes ligadas le restablecieron la normalidad circulatoria, para que al ser hallado no

se advirtiese que había estado ligado.

Satisfecho, comprobó que todo el trabajo estaba hecho. Sentóse al volante, moviendo el coche para dirigirlo hacia la cuesta descendente. Una vez ante ella, abrió la portezuela, y se dispuso a completar la tarea.

En aquel momento, algo inusitado le alarmó. Volvióse vivamente en el asiento. Era tarde ya. La mano trémula y vibrante que se había deslizado durante su descuido hasta la pistola, había logrado aferrarla cuando él estiraba los dedos.

Se quedó así, rígido y lívido, con los ojos desorbitados fijos en el hombre tendido en el tapizado del *Porsche*, cuya mano firme le encañonaba con la pistola.

—¡No estaba usted inconsciente! —rugió Tony, rabioso—. ¡Me engañó!

—Le engañé —aseguró tranquilamente Montgomery Rosewall, fulgurantes sus ojos de acero—. Era mi única oportunidad... y la aproveché. Lo siento por usted, Deledda...

—¿Qué va a hacer conmigo? —jadeó el asesino, súbitamente cobarde y tembloroso.

—Debería matarle. Usted no conoce la piedad. Yo tampoco. Pero antes quiero que me diga una cosa: ¿Quién le pagó para asesinarme? ¿Quién, de entre mis familiares o amigos, ha resuelto terminar conmigo? ¡Vamos, hable y salvará su vida!

Tony tragó saliva. Rosewall se iba incorporando, pistola en mano, pálido y hundido el rostro bajo la barba, glaciales los ojos.

—Yo..., yo se lo... diré... Ha sido... la misma persona que narcotizó su... desayuno...

—Lo imaginaba —los labios de Rosewall se apretaron con fiera— ¡Su nombre, vamos!

—Pues verá. Es su... —Tony aprovechó el momento de tensión de su enemigo, escuchando el nombre que iba a fluir de sus labios, para abalanzarse sobre Rosewall y aferrar su mano.

La pistola no llegó a dispararse, y escapó de los dedos de Rosewall. Ambos hombres, estrechamente abrazados, cayeron sobre el suelo. Los puños duros y recios de Tony le machacaron implacablemente, aprovechándose del debilitamiento físico que las largas horas de cautiverio habían producido en Rosewall, y éste pareció a punto de hundirse en inconsciencia. Una inconsciencia

fatídica, que significaba la muerte inmediata...

Algo despertó en el fondo de la mente de Rosewall, una energía desesperada y lacerante movió sus músculos ya atrofiados, y todo él se lanzó con rabia contra el vientre de Tony.

Éste boqueó, sorprendido por el impacto de un enemigo que creía ya vencido. Cayó hacia atrás, y su cráneo golpeó los cristales brutalmente, y de rebote en el borde del volante. Crujió el occipital de Tony, y derrumbóse en el tapizado pesadamente.

Jadeando, aturdido y al borde del desmayo, Monty Rosewall logró rehacerse lentamente, luchando contra la densa pegajosidad del aturdimiento que podría ponerle de nuevo a merced de su enemigo.

Cuando salió, tambaleante, a la desierta carretera, y el aire de la altura penetró en sus pulmones a bocanadas, se sintió mejor. Todavía oscilando, llegó al coche, tomó la pistola caída, y se agachó sobre Deledda, adoptando precauciones de toda índole.

Se llevó una enorme sorpresa. De la comisura izquierda del labio de Tony Deledda fluía un hilillo de sangre hasta empapar el cuello impoluto de su camisa cremosa.

Le auscultó y tomó su pulso. No encontró señal de vida en él. Estaba muerto.

El impacto con el volante, en la base de su cráneo, había acabado con Tony. Por un momento, no logró admitir la idea de lo ocurrido. Finalmente, se irguió, desconcertado. Asiéndose a la portezuela, examinó al caído.

Le mareaba el olor a gasolina de sus ropas. También olía el interior del coche. Una mirada a la cuesta descendente le hizo comprender la situación. Caer por allí con el *Porsche*, a toda velocidad, y sin dirección, significaba estrellarse. Y si aún quedaba algo de vida en él, el incendio prendería la tapicería y su traje, abrasándole. Sin huellas de crimen por parte alguna.

¿Qué historia referiría al regreso a Elwoodville? ¿Acabaría todo ahí? Tony Deledda era un simple comparsa, un hombre a sueldo. La pelirroja Suzzy sólo parecía ser su cómplice y amante. Pero ¿y el verdadero culpable? No lo sabía. No podía acusar a nadie.

Y tal vez algún día, cuando todo se calmase, volverían a atentar contra su vida. Un veneno, un accidente, un objeto pesado que cayera a su paso..., cualquier cosa bastaría. Iba a tener su vida en

peligro. Si en su casa, entre sus parientes o amigos había un asesino, este repetiría el golpe a la primera ocasión.

Plantado en mitad de la carretera, su rostro se cubrió de hondas arrugas al reflexionar. Amaba la vida. Era joven y poseía una enorme fortuna. No había sido demasiado feliz en su matrimonio con Gertie, pero eso era lo de menos. No quería morir ni sentirse en peligro.

Avanzó hacia el coche, sentándose en el asiento, junto al muerto. El espejo retrovisor mostró su imagen. Una cara prematuramente severa y envejecida, para un hombre que apenas si tenía veintisiete años. Se tocó la barba, el cabello largo... Sin todo eso, ¿sería alguien capaz de reconocerle?

También estaban sus ojos. Sus grises y personalísimos ojos. Miró a sus pies. Del bolsillo del muerto habían desaparecido unas gafas de escasas dioptrías. Las tomó. Al aplicarlas a su nariz recta y fina, parecieron diluirse las pupilas aceradas. El sol centelleó en los cristales, deformando su expresión.

Poco a poco, una dura sonrisa asomó a los labios de Monty Rosewall. Una idea diabólica, ingeniosa y hasta divertida, brotó de su mente. Era un juego peligroso y cruel. Incluso podía tener consecuencias aterradoras en un futuro inmediato.

Pero era estar a salvo. ¿No querían la vida de Monty Rosewall? Pues bien; la tendrían...

Resuelto, volvió el coche al escondite, tras los arbustos. En la hora siguiente, sólo dos turismos veloces cruzaron ante él, sin fijarse siquiera en el oculto *Porsche*.

Monty Rosewall extrajo de sus útiles una maquinilla de afeitar. Hizo rápidamente la operación de rasurar su magnífica barba, famosa como sus propios millones en todo Indiana.

Siguió la melena, larga y ondulada. Primero las tijeras. Luego, la maquinilla, hasta casi afeitar por completo su cabeza. Se miró. Las gafas del muerto le molestaban, pero podía defenderse con ellas, hasta adquirir otras sin dioptría alguna. Parecía otro hombre. Sin embargo, aun faltaba algo.

Miró al muerto. No le gustaba ya esa parte de la tarea, pero era necesaria. Se inclinó sobre él, le desvistió velozmente. Ni una sola prenda podía quedar en él. Las trocó por las suyas, apestando a gasolina, y contempló su obra satisfecho. Su estatura y corpulencia

eran similares a las de Tony Deledda. Le aplicó su anillo de bodas en el dedo correspondiente. También las demás joyas, una cadenita con medalla, un reloj de oro con pulsera de igual metal. Examinó con cierto temor la dentadura de Tony. Cualquier intervención de un odontólogo en ella, lo hubiera estropeado todo. Por fortuna, era una dentadura sana, blanca y fuerte, como la suya propia, sin nada artificial.

Tranquilo por ese lado, hizo el cambio de documentos. Únicamente se dejó los resguardos de sus cuentas corrientes privadas, extendidas a nombre supuesto, en varios Bancos del Estado de Nueva York, Pensylvania, Michigan y uno en Ottawa, Canadá. Deledda sólo llevaba su carnet de conducir, dinero y una carta de un hermano suyo que firmaba Den. Buscó una segunda lata de gasolina en el portamaletas. La vació sobre las ropas ya mojadas que ahora vestía Tony Deledda, y especialmente en su cabello y rostro, contemplando su obra un momento antes de realizar la última parte del proyecto.

Un nuevo turismo cruzó a gran velocidad hacia arriba, y al perderse de vista, Rosewall extrajo el *Porsche* de su escondite, lo llevó al borde del descenso, y lo puso en marcha, apretando el acelerador con furia y saltando fuera del coche cuando su mano quebró de un rudo tirón la palanca de frenos.

El *Porsche* rugió, lanzado a tumba abierta con su carga humana sentada al volante igual que un ser vivo, y sus dedos aferrados al mismo como si pudiera conducir. Vio alejarse la saeta roja, alejarse entre una polvareda, sintió el escalofriante chirrido de las gomas, el impacto brutal sobre algo, nuevos chirridos, golpes de metal y rebotes...

Contempló las vueltas de campana del coche, que terminó estrellándose al fondo de la rampa, contra una hilera de árboles. Brotaron las llamas.

Dos coches aparecieron en la distancia. Rosewall aguantó la respiración, mientras la roja carrocería era lamida por las lenguas de fuego. Si llegaban demasiado pronto aquellos automóviles...

No llegaron. De repente, estalló el motor al inflamarse la gasolina, y el *Porsche* flamante se transformó en una bola ígnea y humeante, lanzando pavesas por doquier. El cuerpo sin vida de Deledda, ahora para todos Monty Rosewall, se convirtió en una tea

humana, ante los ojos pasivos de los conductores, que acudían en auxilio del coche siniestrado...

Rosewall se apartó de la cuesta, hundiéndose entre los arbustos, desapareciendo de la carretera. Ahora tenía que ir lo más lejos posible. Lejos de donde podían reconocerle...

Pero también una curiosidad morbosa le atraía hacia Elwoodville. Si él pudiera ver sus propios funerales, asistir al réquiem por Monty Rosewall, sin ser reconocido por persona alguna...

Había oído hablar de un buen cirujano en el Canadá, un hombre cuyas operaciones de cirugía plástica eran notabilísimas. Cuando volviese, sería otro hombre.

Pero ahora, con un simple teñido de sus cabellos, otro modo de vestir, y alguna ligera caracterización, estaba seguro de engañar a las gentes de Elwoodville. Sí, iba a asistir a su entierro como un espectador más. Tal vez algún gesto, algún descuido involuntario en uno u otro de los asistentes, delatará ante sus ojos al asesino oculto.

Y si no era así, esperaría aún. Iría al Canadá, volvería con otro nombre y otro rostro, dentro de dos, tres o cuatro años. Y entonces...

Entonces llegaría al fondo del asunto, al pozo de aquel fango nauseabundo. En una palabra, a la identidad del que había planeado su muerte...

CAPÍTULO X

Todo eso estaba ya atrás. Los años habían transcurrido. Había vuelto a Elwoodville. Pero ahora, era Dave Smith para todos. Para todos, menos para aquel hombre, Waldo Shannon, que le había criado y educado durante su infancia y que le había visto hacerse hombre. A él no pudo engañarle. Bastó una mirada, un cruce de sus ojos, para que el leal anciano supiera...

Waldo había escuchado su historia. Era la historia que la mente de Monty evocó tan vívidamente a medida que hablaba en la soledad del despacho cerrado.

—¿Y después, señor? ¿Es cierto que estuvo usted en Elwoodville? —preguntó.

—Sí, Waldo. Estuve, y nadie me vio ni me reconoció. Pero en esos momentos era natural que así fuese. Para una estancia más larga y directa, no podía fiarlo todo a una caracterización mejor o peor. Fui al Canadá. Allí me operaron el rostro, alternándolo. He vivido allí estos tres años. Conocí a un buen actor teatral, Dave Smith, un americano afincado en el Canadá, y parecido a mí. Me sugirió una idea. Y la realicé. Yo sería Dave Smith. Si investigaban mi pasado, existiría. Él era algo mayor que yo, pero bastaba.

—¿Y ese Dave Smith existe aún?

—Sí, existe. —Dave sonrió burlonamente—. Está aquí, en Elwoodville.

—¿Aquí? —Shannon alzó la cabeza, perplejo—. No comprendo, señor...

—¿Quién creíste que era el hombre fantasmal que mi esposa creyó ver en la iglesia aquella mañana? ¿Y el que preguntó a Todd Barney, en el coche negro? Con una barba, el pelo largo y las ropas oscuras que yo llevaba antes, cualquiera confundiría a Dave Smith

conmigo, en un lugar no muy iluminado.

—¿Por qué hizo todo eso, señor? ¿No era un poco cruel para los que somos inocentes?

—Tenía que serlo con todos, para al mismo tiempo serlo con el culpable, y que éste perdiera la serenidad y se delatase. Así ha sido. Ha llegado al extremo de robar el cuerpo de Tony Deledda, al advertir que Rosewall vivía y que el difunto era otro. Creo que el asesino siempre estuvo seguro de mi muerte, y que la persona encargada de cobrar el precio del crimen, era Suzzy Ballinger. Ella recibió parte de ese dinero, y creyó que su amante se había escapado con la otra parte, asustado de su crimen. También debió pensar eso el culpable. De repente, dicen que un hombre igual a Rosewall está aquí. Gertie le ve, Barney también... Y Suzzy, que asustada por la aparición podría haber hablado más de la cuenta, encuentra la muerte esa misma noche. Al marcharme yo de su casa, tras haberla visitado y asustarla con mi resurrección, esperando que ella misma se delataría ante todos, me llevé la enorme sorpresa de saber su muerte violenta. Creo que el asesino no perdió el tiempo.

Asintió Waldo Shannon, y reinó el silencio en la estancia. Tras una pausa larga y densa, Shannon preguntó débilmente:

—¿Sabe..., sabe usted ya quién es... el que pagó para matarle, señor?

—Creo que sí —asintió, lentamente, Dave Smith—. ¿Y tú?

—Me horroriza pensarlo, pero... creo que también, señor.

De nuevo reinó el silencio en la estancia. Lentamente, Dave Smith abandonó la butaca donde se había sentado. Contemplóse a sí mismo en el gran cuadro mural. Nadie hubiera podido decir que entre el joven deportivo, de claro atuendo, cabello corto y enérgicas facciones afeitadas, y el hombre enjuto y grave de la barba espesa y la mirada fría, pudiese haber nada en común, salvo el color de sus ojos. Incluso era más atlético ahora, más fuerte que tres años atrás.

—¿Qué va a hacer, señor? —volvió a preguntar débilmente Shannon, siguiéndole.

—Voy a tener una entrevista. Cara a cara, por primera vez... y acaso por última.

—¡No lo haga, señor! Es..., es arriesgado. Peligrosísimo para usted...

—Lo sé. El caso ha hecho crisis. La hizo ya al morir Suzzy. Un

asesinato directo, ejecutado ya por la propia mano del criminal. Ha tenido que dejar la sombra para atacar de nuevo. Y entonces empiezan los errores. La exhumación fue también un error.

Waldo le miró, ahora sin comprender. El hombre que se hacía llamar Dave Smith, había llegado a la puerta. Tiró del pomo y salió al pasillo, largo e iluminado, totalmente desierto.

—Quiero ir solo, Waldo —dijo al anciano—. Será todo mucho mejor.

—No puedo dejarle a merced de su enemigo, señor —objetó Shannon.

—Alguna vez teníamos que encontrarnos los dos. Pero si quieres, puedes avisar al sargento Heywood. Cuando llegue, todo habrá terminado...

—Lo haré, señor. Lo haré... —Waldo se quedó atrás. La puerta se cerró, y el falso Dave Smith se perdió por el corredor, caminando por la inmensa edificación como lo que realmente era: el dueño, el creador de todo aquello.

Un ascensor le condujo a la planta inferior. Desde allí, una larga galería enristalada conducía al ala de las edificaciones destinada a los Rosewall. A través de los muros de cristal podía ver la forma oscura y solemne del panteón familiar, la rectilínea hilera de cipreses. Parecía haber transcurrido un siglo desde que el grupo de personas enlutadas se reunieron en torno a la cripta.

En la puerta de comunicación con la residencia, le detuvo un nuevo conserje, asomando tras un mostrador o «comptoir» arrinconado.

—¿A dónde va usted, por favor? —pidió secamente.

—Me envía el señor Waldo Shannon —respondió, dueño de sí, Dave Smith—. Soy pariente de la señora Rosewall, y sé que está muy delicada. Tengo que verla.

—Bien. Si el señor Shannon le ha permitido entrar, será cierto. Primer piso, señor.

Dave dio las gracias con una inclinación de cabeza. Subió en un ascensor tan silencioso como los anteriores, encontrándose en el pasillo de la vivienda. Espesas alfombras, que amortiguaban los pasos, cubrían el suelo en toda su extensión.

Cuando cruzaba el corredor hacia la puerta amplia del fondo, ésta se abrió. Dave Smith se detuvo. La persona que salía, también.

Ambos se miraron fijamente unos momentos.

—¿Qué hace usted aquí? —Fue la pregunta que le hicieron.

Dave meditó la respuesta. Rossie Benton-Rosewall, con su traje oscuro y su pequeña carita pálida, resultaba una imagen agradable y dulce, entre tanta acritud como se desprendía de la familia Rosewall. Él lo sabía bien. Por algo durante la vida de Monty Rosewall, nadie como la pequeña Rossie mostró su afecto y su ternura hacia él...

Pero ahora no era Monty Rosewall: era Dave Smith, el forastero. No podía mostrar ningún afecto hacía ella. Los ojos grises, sin la protección estratégica de sus gafas, cuyos reflejos de luz tanto le ayudaban a sentirse seguro, rehuyeron la mirada de Rossie.

—Quiero ver a un miembro de su familia, señorita —dijo, finalmente.

—¿Por qué? —preguntó ella, sin ceder en absoluto.

—Señorita Rosewall, me interesa todo lo de su familia. Por eso estuve en el funeral; por eso fui también a la exhumación. Y siempre con la Policía, ¿comprende?

El rostro menudo de Rossie se nubló. Su belleza pareció marchitarse un instante.

—Comprendo —asintió, a pesar de que Dave nada había afirmado ni sugerido apenas—. Policía... También usted lo es, ¿no es cierto, señor Smith?

Él se encogió de hombros, sin comprometerse. Rossie volvió a entenderlo mal. Se hizo a un lado.

—Si es así, puede entrar —dijo, gravemente—. ¿Va a detener a alguien?

—¿Por qué habría de hacer tal cosa?

—Por asesinato.

—¿De Monty Rosewall?

—Sí —afirmó ella, sin apartar sus ojos de él.

—Tal vez sea preciso detener a alguien... por algo más que eso.

—¿A quién? ¿Puedo saberlo?

—Todavía no es el momento, señorita Benton-Rosewall —sonrió Dave enigmáticamente, pasando junto a ella y entrando en la vivienda de la familia.

Era tarde, y todos parecían dormir dentro de la casa. Dave pisaba ahora terreno conocido. Cruzó un «living» y dos estancias,

antes de llegar a la antesala del dormitorio que ocuparan Monty y Gertie Rosewall tres años atrás.

Se encontró con una mujer de blanco uniforme y cofia almidonada, dormitando en una confortable butaca. Pasó junto a ella de puntillas, y apoyó su mano en el pomo de la puerta del dormitorio. Comenzó a hacerle girar. Lenta, muy lentamente...

La enfermera no se despertó, a pesar de que un reloj mural desgranó unas campanadas musicales, armoniosas pero no demasiado silenciosas. Fueron dos. La madrugada estaba muy avanzada ya.

Una respiración entrecortada, jadeante, le llegó del fondo de la habitación. Dave avanzó lenta, seguramente. Cerró tras sí. El olor inconfundible del dormitorio, las cortinas rojas, los muebles claros y modernos, las luces indirectas y pulcras, los cuadros de cacería, en marcos color avellana, diseminados por los muros ocre. Todo estaba igual que entonces. Cuando él era aún Monty Rosewall, el hombre más rico de Indiana.

—Jeremy, ¿eres tú? —musitó una voz femenina, ronca y apagada.

No respondió. Se detuvo a los pies del lecho y miró hacia la almohada. Los cabellos rubios formaban guedejas deshilvanadas en torno a una máscara blanca y hundida. Unas manos largas y nacarinas extendían sus dedos enjorjados sobre el embozo. En la mesita de cabecera, pequeña y coquetona, había varios frascos y tubos de comprimidos. Un vaso de leche también.

—Jeremy, contesta —repitió la voz débil—. Eres tú, ¿verdad?

Dave Smith rodeó la cama. Se detuvo, en pie, frente a ella. Los ojos claros se alzaron hasta fijarse en él. Al descubrir al desconocido erguido ante ella, dilató sus pupilas, abrió la boca para gritar. Rápido, Dave se inclinó sobre ella. Le cubrió la boca con su fuerte mano, apoyándose en el lecho.

—¡No grite! —ordenó, sordamente—. Nadie va a hacerla daño, señora Rosewall. Es... una visita estrictamente confidencial. De usted a mí... ¿Estaría callada un momento?

Los ojos de la mujer, abiertos y asustados, seguían fijos en él. La luz indirecta, al hacer un juego sobre el rostro inclinado de Dave, sumían los ojos de éste en la sombra. Ella no sospechó su identidad. Afirmó con la cabeza.

Dave separó lentamente la mano de su boca. No despegó los labios Gertie Rosewall. Pero respiraba en forma sibilante, y le temblaban las manos. Dave habló, sin moverse:

—Señora Rosewall; hay poco tiempo que perder ahora. Las cosas se descubren rápidamente. No hay ya otra solución que admitir la verdad. Cuando se hace un mal, es preciso pagarlo. Tarde o temprano, hasta los muertos pueden volver para acusarnos...

—¡Dios mío! —Ella ocultó el rostro demudado entre sus manos trémulas—. De modo que ya está todo en claro... Usted sabe...

—Sé todo —respondió Dave, lentamente—. Soy el *único* que puede saberlo *todo*...

—¿Pertenece a la Policía Federal, verdad?

—¿Qué importa eso ahora? —Dave ocultó la sorpresa que la pregunta le producía. ¿Qué podía tener que ver el F. B. I.

con lo ocurrido? Agregó—: ¿Va usted a confesar... para que todo quede en claro, sin más derramamiento de sangre?

—Yo no quería..., no quería que se derramase sangre, se lo juro —jadeó Gertie, convulsivamente—. ¡Creí de buena fe que era lo mejor que podía hacer!

Dave enarcó las cejas, atónito. Aquello carecía de sentido. Y Gertie, su Gertie, la mujer que había sido su esposa, una esposa a la que demasiado tarde advirtió que no amaba y que tampoco le había amado a él sinceramente, confesaba ahora cosas absurdas. Como si matar pudiese ser el mejor bien.

—El crimen, aunque lo hagan los demás con el dinero de uno, sigue siendo el delito de uno mismo, ejecutado por manos a sueldo, señora Rosewall —acusó Dave, duramente.

—¡Lo sé, lo sé...! Pero Jeremy siempre me dijo... que no habría sangre. Que todo era justo y digno...

—¡Jeremy! —Dave iba de sorpresa en sorpresa—. ¿Qué tiene él que ver en esto?

—Es..., es el que me convenció para hacer lo que hice —lloriqueó la señora Rosewall—. El trabaja para la causa, él obtuvo el dinero para los fondos de la Nueva Libertad Mundial...

—¿Nueva Libertad Mundial? ¡Vamos, señora! ¿De qué disparates está hablando?

—¡Es la verdad, la pura verdad, señor! —Alzó sus implorantes

ojos hacia él—. ¡No se trata de nada subversivo, sino de una organización de nombre hermoso! Pero luego..., luego he sabido que, en realidad, mi dinero servía para proveer de armas a los rebeldes de numerosas Repúblicas centroamericanas... Que la Nueva Libertad Mundial no era sino un nombre bonito para una sucia conspiración internacional contra el orden y la paz. Jeremy me ha jurado que él también se engañó, que nuestro dinero fue a manos erróneas... y no sé si creerle, señor. No sé si creerle o suponer que él sabía eso y lucha contra la verdadera libertad de América al servicio de una causa terrorista y destructiva...

Dave tardó unos segundos en rehacerse. Jeremy Isaías y su pretendida grandeza... Un nuevo foco de inmundicia y de purulencia. Agentes extranjeros al servicio del terror. Asesinos en potencia, haciendo correr sangre a raudales. Pero eso era cosa del F. B. I.,

era cierto. No suya. Tiempo habría de desenmascarar a esos rufianes internacionales. Ahora, había otro asunto por medio. Se inclinó, virulento, y asió por los hombros a la joven y hermosa Gertie Rosewall, ajada prematuramente hasta parecer ahora una mujer de mucha más edad que Dave.



—¡Escúcheme de una vez! —Silabeó—. ¡No me importan sus tapujos políticos, ni su ayuda económica a los asesinos, hecha con dinero de su esposo! Ya habrá quien la juzgue y condene por eso. A mí me importa UN ASESINATO: ¡El de su esposo! ¿También dio el dinero para eso, verdad?

—¡Cielos, no! —gimió ella, retrocediendo, llena de horror. Bajo el pijama, el seno se agitaba tumultuoso—. ¡No es cierto! ¡Yo no hice jamás nada a Monty...! ¡No...!

—Está mintiendo —acusó fríamente Dave—. Usted le mató. Lo sé. Sé que pagó a Tony Deledda y a Suzzy Ballinger para ello. ¡Míreme bien y sostenga que no es cierto...!

La había atraído contra sí, hasta el punto de encararse ambos

rostros a dos pulgadas de distancia. La luz indirecta cayó ahora sobre dos ojos helados, grises y centelleantes, fijos en Gertie. Ella iba a negar, mientras movía la cabeza de un lado a otro con desesperación.

Repentinamente, se quedó inmóvil, como petrificar da. Miró a Dave, desorbitó sus ojos y entreabrió los labios en un susurro horrorizado, delirante:

—¡MONTY... TU...!

Dave llegó a tiempo de ahogarle un alarido espantoso, tapándole de nuevo la boca. Luego, Gertie se quedó flácida entre sus brazos, y alarmado, la soltó en el lecho.

Ella musitó, débilmente:

—El... corazón... Mi... medicina..., por favor...

Dave se volvió hacia la mesilla. No sabía cuál elegir. Ella susurró:

—El... frasco... verde. Diez gotas... en la leche...

Rápido, Dave tomó el frasco. Contó diez gotas, que cayeron en la leche, amarilleándola. Revolvió el cardiotónico con una cucharilla y lo introdujo entre los labios de la enferma. Ella lo tragó, agitando la cabeza espasmódicamente.

—Gertie, no quise dañarte —dijo roncamente—. Sólo saber la verdad... No soy un espectro, ni un aparecido. Estoy vivo, Gertie. Lo estuve siempre... y quería saber. Saber si fuiste tú la que dispuso mi muerte.

—¿Yo?... —Ella movió la cabeza, negando de nuevo, Monty, Dios mío, no sé..., no sé cómo puedes ser tú... tan diferente, tan joven... ¡y vivo! Pero sé que me alegra verte. Es..., es como liberarse de una pesadilla atroz.

—No finjas ahora, Gertie. Tú nunca me amaste.

—Tú tampoco a mí, Monty... Fue un error nuestra boda. Iba a ser otro error mi compromiso con Jeremy, Es un ser horrible, lo he descubierto hace poco, Monty. Pero quería convencerme a mí misma de que era una falsa impresión, un error...

—Gertie, ya hablaremos de todo eso... —De pronto, estaba pensando en que Gertie aun era su mujer, en que él era su esposo. Y, sin saber por qué, pensó en Kay con la nostalgia de un imposible lejano, irrealizable. Volvió a la realidad—: Ahora, Gertie, quiero saber.

Si tú no ordenaste mi muerte..., ¿quién fue?

—No..., no puedo comprenderlo, Monty... Quisiera imaginar quién pudo ser tan..., tan perverso como para... quererte asesinar a ti, que ningún mal hiciste jamás a nadie y... ¡Oh, Monty...!

—¡Gertie! ¿Qué te ocurre? —Se inclinó sobre ella, al advertir su espasmo repentino.

—Monty, me..., me siento muy mal... —Se aferró al cuello con las manos. Dilataba sus ojos y buscó aire afanosamente—. ¡Monty...! ¿Qu..., qué me ocurre?

—¡Gertie! ¡Es el corazón otra vez! —indagó, roncamente Dave Smith.

—No... no... —Miró angustiada hacia el vacío vaso de leche—. ¿Qué..., qué me has da... do ahí, Monty?

Rápido, llevó la mano al vaso. Una repentina sensación de horror se apoderaba de él. Olfateó la leche. Dilató sus ojos, mirando con angustia a Gertie.

—¡Gertie, yo te puse las gotas de la medicina cardíaca! —musitó—. ¡Era..., era la leche la que... *olía a almendras amargas!*

—¡Veneno! —Ella se agitó en el lecho.

—¡Veneno, sí! —Se irguió de un brinco, sin apartar la mirada de su esposa—. ¡Cianuro! ¡Han puesto cianuro en tu medicamento!

—Cielos, no..., no es posible... —Al ver que él pretendía correr hacia la puerta, se quiso incorporar, detenerle con un ademán violento de su mano derecha—. ¡No te vayas, Monty...!

—¡Es preciso que salven tu vida, Gertie! —rugió Dave Smith, llegando a la puerta y tirando de ella con energía. Vio a la enfermera, adormilada aún—. ¡Enfermera! ¡Enfermera! ¡Despierte de una maldita vez!

Al ver que no la arrancaba del sueño, la zarandeo con fuerza. Ella dio un respingo, irguiéndose con ojos semicerrados. Dave aulló:

—¡Llame a la Policía y al doctor! ¡Han envenenado a la señora Rosewall! ¡Deprisa!

La enfermera miró al extraño con asombro, y luego echó a correr aturdidamente. Dentro de la habitación, la voz de Gertie gritó, angustiada:

—¡Monty...!

Regresó a la carrera, para buscar un vomitivo que pudiera combatir el envenenamiento de Gertie. Ella estiraba sus brazos,

mortalmente pálida, y Dave comprendió que ya era demasiado tarde para todo. Se abalanzó al lecho, tomándola contra sí, y Gertie, con un horrible tono ronco, clavados sus ojos en él, musitó:

—Me..., me envenenó... Yo le vi ponerme la leche..., pero no sospeché. Yo...

—¿Quién? —Dave se puso tenso, vibraba todo él—. ¿Quién era la persona que te puso la leche ahí? ¡Habla, por amor de Dios, Gertie!

—Era..., era —le dio un nuevo espasmo. Boqueó, estremecida. Un ronquido inarticulado fluyó de sus labios exangües. Después, cayó pesadamente en brazos del hombre que había vuelto de la Muerte. Sólo murmuró una palabra antes de morir—: Per... dó... name...

Cayó atrás la cabeza rubia. Perdieron su fuerza las manos aferradas a Smith. La soltó lentamente, aturdido y sin aliento. Contempló a la mujer asesinada ante sus propios ojos, a la que él mismo, sin saberlo, había administrado el veneno.

—¡La ha asesinado! —rugió de repente una voz a sus espaldas—. ¡Usted la ha matado!

Dave giró en redondo, apretando los puños belicosamente. Se enfrentó con Jeremy Cohen, en mangas de camisa y centelleantes sus ojos, erguido en la puerta de entrada, desordenados sus cabellos y en pantunflas. Sin duda, los gritos de alarma de la enfermera le habían despertado. Y miraba acusador a Dave.

—No sabe lo que dice —respondió Smith secamente—. Alguien envenenó el vaso de leche donde había de echar las gotas de su medicina. ¿No ha sido usted, señor Cohen?

—¡Bien sabe que no! ¡Es usted el asesino, maldito! —Y se arrojó sobre él.

Dave Smith lo eludió. Luego, disparó su puño izquierdo y alcanzó en plena sien al enigmático Cohen, que se tambaleó, aturdido. Dave le machacó con otro impacto al estómago, al tiempo que le espetaba con voz clara y acusadora:

—¡Más espacio, amiguito! ¡No es fácil vencerme, ni con todo el Movimiento de Libertad Mundial protegiéndote las espaldas!

Cohen le miró, asombrado por lo que sabía Dave. Su asombro se grabó en el rostro al ser derribado aparatosamente de un tercer mazazo al mentón. Dave, jadeante, se mantuvo plantado ante él.

Estaba satisfecho del resultado de sus músculos, pero su cerebro trabajaba activamente en aquel momento. Cohen, si era inocente, le había creído culpable. ¿Qué pensarían después el sargento Heywood y los demás? Recordarían que fue el último en ver a Suzzy, la otra mujer asesinada. Incluso tal vez descubrieran que entró en la casa.

El vaso de leche envenenada conservaba sus huellas dactilares, había estado solo con Gertie... y si siquiera declarando su auténtica identidad podía demostrar inocencia. Precisamente, ¿quién mejor que el propio Monty Rosewall para acabar con Suzzy Ballinger, que intervino en el intento de matarle, y de Gertie Rosewall que, por ser la directa beneficiada de la herencia, era la más interesada en ordenar su muerte? Sería para todos como una venganza novelesca, La revancha del hombre a quien dieron por muerto. Casi podía ver los titulares en los diarios. Y le enviarían a la silla eléctrica.

Rápidamente, adoptó una decisión. Se dirigió a la mesilla. Tomó una receta médica de la infortunada Gertie. Su lápiz escribió velozmente en el papel:

«Sargento»:

«No puedo esperarle, o me arrestaría usted acusándome de asesinato. Soy inocente, y necesito libertad para descubrir al verdadero culpable».

«Dave».

Dirigió una última mirada a Gertie. No había habido amor entre ellos. Pero siempre era desolador ver morir a un ser humano, atacado en forma tan alevosa y cobarde.

—Gertie, lo siento —susurró a la que ya no podía oírle—. Te prometo que tu asesino recibirá su castigo. Y si no hallo pruebas suficientes contra él, yo mismo le mataré. Adiós, Gertie... Tú no podrás volver como hice yo. De ahí, no se vuelve jamás...

Cruzó la habitación, abrió la amplia ventana, asomada al parque oscuro y silencioso de la Fundación. *Era* un piso muy alto. Saltó el alféizar y se deslizó aferrándose a los salientes del muro hasta cerca del suelo. Una vez allí, se dejó caer sobre la blanda hierba. Después,

echó a correr a través del campo acotado de la Fundación.

CAPÍTULO XI

¡SE BUSCA A DAVE SMITH! ES EL ASESINO DE
SUZZY BALLINGER Y DE GERTIE ROSEWALL
ORDEN DE CAZA SIN CUARTEL
¡CAPTUREN A DAVE SMITH! ES UN ASESINO
PELIGROSO Y ACORRALADO.

Todos los titulares eran semejantes. Y las informaciones, ilustradas con dibujos del joven de las gafas, iban a toda plana en los diarios de la región. Elwoodville vivía jornadas febriles, tensas y alarmantes.

Kay Heywood, con un suspiro de desaliento, tiró a un lado las últimas ediciones. Sin probar la taza de café ni las tostadas con mantequilla, apartó de su sitio en la mesa el desayuno. Marion la estudió con aire crítico, mientras recogía los servicios.

—¿No tomas nada, Kay? —preguntó.

—No tengo apetito, Marion —respondió ella.

—¿Es... por lo que dicen los periódicos? —observó la mujer de Jim.

—Sí, un poco por eso. Y otro poco por Dave. ¿Qué será ahora de él?

—¿Te preocupa ese muchacho? —Marion hizo un gesto ambiguo—. Mala cosa, Kay. Tú nunca te preocupaste por nadie. Era un chico extraño y misterioso. No me sorprende que haya resultado uno de esos maniáticos que andan por todas partes en esta época desquiciada. El día que te fijas en algún otro, procura que sea un ser normal y honrado.

—No sé quién es ni de dónde llegó en realidad, pero estoy

segura de que es perfectamente normal y honesto, Marion. No puede ser un asesino, me lo dice el corazón.

—Te ha dado más fuerte de lo que temía —suspiró Marion—. ¿Recuerdas el incidente de las gafas? Eran cristales vulgares, falsos lentes. Jim tomó sus huellas, impresas en el cristal. Son las mismas del vaso de leche de la señora Rosewall. Y las mismas que dejó inconscientemente en el borde de la mesita de centro de Suzy Ballinger, cuando dijo que no había pasado del umbral. ¿Hacen falta más detalles? Tú misma asegurabas al principio que era raro, hermético y poco corriente...

—Era al principio. —Kay entornó los ojos—. Ahora..., precisamente ahora, que todo se vuelve contra él..., algo me dice que no puede ser un criminal. ¡No lo es, Marion! Ni tampoco un sádico de esos que asaltan a las mujeres con ideas morbosas...

—Tienes razón, Kay —habló una voz cansada desde la puerta—. Tu corazón no te engaña en eso. No es un enigmático ni un asesino de mujeres.

—¡Jim! —Kay miró con alegría y sorpresa a su hermano. Le vio cruzar la habitación cansadamente, hasta sentarse en el canapé. Llevaba su pipa apagada, y una carpeta de papeles bajo el brazo—. Jim, ¿eres tú quien dice ahora eso?

—Sí, pero no te hagas ilusiones respecto a tu compañero de trabajo, querida —refunfuñó el policía, con irritación—. Nos ha engañado a todos de un modo genial, y la razón de sus crímenes está ahora clara como el agua, diáfana como el cristal. Hemos sido unos torpes, estúpidos y ciegos... frente a un hombre de audacia poco común.

—Jim, no te entiendo... —Una nueva angustia se aferró a Kay—. ¿Qué sucede ahora?

—Mira estas huellas —buscó en su carpeta. Extrajo tres grandes copias fotográficas, presentando huellas dactilares a una escala ampliadísimas—. ¿Qué veis en ellas?

Marion y Kay las observaron con atención, clasificando la forma y dibujo de las estrías grabadas en las grandes fotografías. Luego, ambas se miraron, y Kay apuntó:

—Son iguales entre sí.

—¡Exacto! —Jim las arrojó sobre el canapé con fuerza—. ¿Sabéis cuáles son unas?, las recogí en una mesita de la vivienda de

Suzzy Ballinger. Otras, en el vaso de leche con cianuro que administraron a la señora Rosewall. Y las otras...

Hizo una pausa, y Kay se mantuvo sin respirar, mirándole fijamente.

—Y las terceras son de las gafas sin aumento de Dave Smith, tu buen amigo...

—Eso ya lo suponíamos —dijo Marion—. Pese a ello, Kay cree en su inocencia.

—No es todo —triunfante, extrajo una cuarta copia fotográfica de huellas, que mostró. Lucían un número cuatro muy visible—. Aquí hay otras huellas. Miradlas.

—Son las mismas —observó Marion, asintiendo Kay.

—Sí. Las mismas —las arrojó con las demás—. Las huellas originales de Montgomery Rosewall.

—¿Eh? —Kay se incorporó, muy pálida, derribando su silla—. ¿Qué dices, Jim...?

—Son las de Rosewall, sin lugar a dudas. Dave Smith es Monty Rosewall.

—¡Dios mío, no es posible! —gimió Kay, sintiendo flaquear sus piernas—. El... murió.

—No murió. Un vagabundo ha encontrado un cadáver en las colinas. Mal enterrado, por las prisas de quien lo hizo, su perro olfateó, desenterrándolo. Es el que ha pasado durante tres años por Monty Rosewall, desenterrado recientemente y trasladado allí. Entonces, se dio por sentado con alegre seguridad, que era el de Monty, y nadie se ocupó de buscar a fondo. Yo, sí he buscado ahora. Sus huellas, aun sin destruir totalmente, coinciden con las de un tal Tony Deledda, delincuente desaparecido hace tres años, que sostenía relaciones con Suzzy Ballinger. Llegaron a Elwoodville días antes de la muerte de Rosewall, lo que hace suponer que alguien planeó la muerte de éste para heredarle, y cobrar así sus millones. Pero pagó a Deledda y a Suzzy, sin mezclarse directamente en el feo asunto. De un modo u otro, Monty salvó su vida y Deledda cayó en su lugar. En ese caso, está justificada la muerte de Tony, en legítima defensa. Pero no en lo que ha seguido ahora, tres años después, en sangrienta venganza. Monty contrató a un actor teatral llamado Dave Smith en el Canadá, para que ocupara su puesto, mientras él era el inofensivo Dave Smith, y podía ser testigo de las reacciones

de los demás a su juego. Lo tuve ante mí, y pese a su alteración y a su operación estética, debí haberlo reconocido. Había algo familiar en él, pero no comprendí lo que era: sus ojos.

Se detuvo un momento. Kay no hablaba. Marion tampoco.

—Mató a Suzzy, vengándose de su maldad de entonces. Fue un crimen premeditado durante años enteros. Tal vez entonces, o cuando asistió a la reacción culpable de su esposa en la iglesia, en mis propias barbas, comprendió que ella, principal benefactora de todo, era la instigadora del fallido crimen. Me hizo perseguir a un simple actor interpretando un papel truculento y yo, tonto de mí, caí en la burda trampa, mientras él se reía de todos. Hizo desaparecer el cadáver de Deledda, y volvió a divertirse con el juego. Después, asesinó fríamente a su mujer, en un rasgo de osadía sin límites. He detenido al auténtico Dave Smith, un pobre actor con una barba crecida y el aire idéntico al Monty Rosewall de entonces. Está asustado, y asegura que jamás pensó en que su amigo Rosewall planeara vengarse, haciéndole instrumento de sus crímenes.

—Si intentaron matarle entonces, más que crímenes es un acto de justicia —dijo Kay.

—Nadie puede hacer justicia por su mano. Pudo denunciarles y confiar en la Ley. La venganza le convierte en un asesino peor que quien intentó acabar con él. Es el final de esta asombrosa historia. También ha habido otros desenlaces inesperados, ya que entre los par peles de la señora Rosewall, he encontrado cartas de Jeremy Cohen y de Isaías, que les han hecho caer en manos del

F. B. I.

por conspiración en alta escala contra países de Centroamérica. Eran cazadores vulgares, pero con miras muy diferentes de las habituales en esos tipos: trabajaban para una asociación internacional terrorista, llamada Nueva Libertad Mundial. También han podido ser detenidos por un agente especial federal cuando se dirigían a la frontera canadiense.

—Dios mío, todo ese fango en una ciudad apacible como Elwoodville —suspiró Marion.

—Sí, en una semana ha salido mucha lacra a la superficie —dijo Jim—. Me siento fatigado de tanto trabajo. Pero aun no he terminado. Falta Monty Rosewall.

—El sabueso no abandona la presa hasta clavarle el diente — observó con acidez Kay, haciendo alzar la cabeza con dolorida sorpresa a su hermano—. Me voy al trabajo, Jim, y deseo que tengas mucha suerte. ¡Serás un hombre feliz el día que Monty se siente en la silla eléctrica!

Y conteniendo un sollozo que se mezclaba ya con su voz, salió de la habitación en el momento en que el reloj desgranaba nueve campanadas.

Reinó el silencio entre ambos esposos. Jim miró pensativo a su mujer. Marion habló:

—Kay me preocupa, Jim. Tu hermana se ha enamorado de Dav..., bueno de Monty.

—Ya lo veo —suspiró Jim—. Lo sospeché antes de ahora. Va a ser preciso vigilarla... y muy de cerca. Por favor, Marion, dame el teléfono y...

* * *

El trabajo podía ser endemoniadamente irritante y desolador. Kay tiró la bandeja de mala manera sobre el mostrador. Todd Barney la miró pensativo.

—Cuidado, hija —advirtió—. Si no sujetas esos nervios, acabarás mal.

—Perdone, señor Barney —se excusó ella— no me di cuenta de lo que hacía.

—No es por mi, Kay. Comprendo tu estado de ánimo. Yo también creo que Dave es inocente. Y esa historia que me has contado..., no sé, me resisto a creer que pueda cambiar tanto un hombre. Pero aunque sea Rosewall en persona, sus razones tendrá para hacer lo que hace. Siempre fue una buena persona y su mujer un mal bicho.

—No pudo matarlas. No creo capaz a Monty de matar a nadie... Cierto que nos engañó a todos, pero tenía razones para ello...

El trabajo siguió con igual ritmo todo el día. Se veían pasar coches-patrulla de la Policía, para un lado u otro. Había muchos de Indianápolis, llegados exclusivamente para reforzar la vigilancia de la región.

A mediodía, almorzó allí Dewey Rosewall. Llevaba un ejemplar

del «Sun», con la noticia increíble de última hora, de que su primo Monty vivía y era culpable. Ceñudo, el fornido Dewey leyó la noticia y se marchó sin probar bocado. También estuvo a primera hora de la tarde Waldo Shannon, por primera vez en mucho tiempo. Sólo probó una cerveza. Al marcharse, volvió a mirar a Kay por la vidriera de la entrada. Luego, se alejó.

Aquel día, todos los Rosewall parecían citarse en el parador, porque Rossie Benton-Rosewall y su prometido Dennis Goldfield, llegaron a media tarde, vestidos enteramente de negro, y pidieron café sólo bien cargado. En el rostro de Rossie se advertía la palidez y las profundas ojeras, huellas de los últimos días de tensión. Dennis no mostraba mucho mejor aspecto. Charlaban callada y confidencialmente, entre sorbo y sorbo de café, mirando distraídos el crecido tráfico de la carretera.

El timbre del teléfono sobresaltó a Kay cuando servía bebidas refrescantes en otra mesa. Se volvió, alarmada, y vio a Todd que recogía el auricular. Tras escuchar brevemente, volvió un rostro inexpresivo hacia la muchacha.

—Kay, es para ti —dijo simplemente—. De tu hermano Jim.

Ella avanzó hasta el teléfono, preocupada. Jim no acostumbraba a llamarla nunca al parador. El corazón le dio un vuelco. ¿Habrían encontrado ya a Monty?

Pero la voz que sonó al otro extremo del hilo no era de Jim. Casi soltó el receptor al oírla, grata y suave:

—Kay, no haga ninguna muestra de sorpresa, por favor habló suavemente la voz del hombre a quien ella conocía como Dave Smith. —Siga normalmente al receptor. Llámeme Jim. ¿Entendido?

—Sí..., Jim —creía que el galope del corazón ahogaría sus palabras.

—Gracias. Sabía que si alguien estaría a mi lado en el peor momento, sería usted. Es una buena chica. ¿De veras confía en mí? ¿Cree en mi inocencia?

—Sí..., Jim —repitió ella, emocionadísima.

—Bendita fe la suya, Kay. Es la única persona en el mundo que aun cree en Dave Smith. ¿O sabe quién soy?

—Lo sé..., Jim.

—¡Cielos! Han averiguado más de lo que me esperaba. Kay, esto es muy urgente. Y muy importante para mí. Necesito a alguien que

venga a verme, que me ayude en un solo medio de salvarme y descubrir al verdadero culpable. Usted..., usted podría ser esa persona.

—Espero tus noticias, Jim —musitó ella, con toda la sinceridad en la voz.

—Dios te lo premie —la emoción fluía también en la voz del hombre—. Kay, quisiera pagártelo de algún modo, pero no tiene precio lo que haces por mí. Estoy perdido. Perdido, si tú no vienes. Hoy mismo, esta noche, en cuanto acabes el trabajo.

—¿A dónde?

No había vacilado al preguntar. Ni siquiera le producía miedo ir de noche al encuentro del hombre que era acusado de haber matado a dos mujeres en plena noche. Esto, días atrás, le hubiera parecido absurdo y sin sentido. Ahora... era natural, humano. La sola voz de Dave la hacía vibrar con una energía desconocida.

—Fíjate bien en las señas. No las olvides: Charlie Bonn. Grant Cottage. Fairmount. ¿Puedes conseguir un coche? Está a veinte millas de Elwoodville.

—Todd me lo dejará.

—¡Magnífico! Tienes solución para todo. No olvides: Grant Cottage. Y yo soy Charlie Bonn. Es un «chalet» alquilado. En West Road, 119. ¿Lo recordarás?

—Perfectamente. Hasta luego, Jim, cariño...

—¡Kay! —La voz sonó con sorpresa—. ¿Lo de «cariño»... es para disimular mejor?

—No..., cariño —sonrió Kay, colgando el receptor.

Y pensando que su propia felicidad podía ser la delatora de Monty, adoptó un gesto grave y avanzó hacia el mostrador. Iba a pedir a Todd el automóvil. Si no se lo daba, lo buscaría donde fuese.

Pero esa noche, nada más cerrarse el parador, ella iría a Fairmount. Aunque en ello se jugase la vida.

* * *

Era el cigarrillo enésimo de la noche.

Lo aplastó nerviosamente. Luego, escuchó. Seguía en silencio la desierta carretera del Oeste, en las afueras de Fairmount. Tal vez, después de todo, no vendría. Tampoco había albergado demasiadas

esperanzas.

Se incorporó del lecho, encendiendo otro cigarrillo. El espejo le devolvió su imagen desaseada y pálida. La barba le sombreaba ligeramente la mandíbula, delatando su auténtico color de cabello.

Se apartó de allí. El reloj, sobre la cómoda, le señaló la hora: las once. Muy tarde ya. ¿Dónde se habría metido Kay?

Se palpó el bolsillo del pantalón. Allí llevaba el sobre cerrado. Crujió a su roce. Impaciente, aspiró varias bocanadas de humo, que expulsó formando anillas hacia el techo.

Había oído el boletín de la radio. Ya sabían quién era él. Y muchas cosas más. En realidad, lo sabían todo. O casi todo. Ellos no sabían qué mano había depositado el vaso de leche sobre la mesilla de Gertie, con dosis suficiente de cianuro para matar a diez personas. La misma mano, le había ofrecido un vaso de leche a él, en un lejano desayuno, tres años atrás. Y luego se había desvanecido en su coche, para caer en poder de Deledda y de Suzzy Ballinger...

Recordar eso, había sido suficiente. Pero no podía demostrarlo ni presentar un recuerdo personal como prueba ante el Jurado.

Miró en torno. Junto a la radio, el tocadiscos que formaba parte del «chalet». Los muebles en serie, para sitios de alquiler como éste. Y el decorado de las habitaciones, impersonal y sin gracia. Pero era cuanto necesitaba.

Un motor roncó en la carretera. Pasó de largo, sumiéndole en la desesperanza. Se dirigió al tocadiscos y puso un microsurco en el plato. Aguardó. Otro motor sonó, acercándose. Parecía que también pasaba de largo...

No. Se había detenido. Frente a la casa. Los nervios del hombre que se hiciera llamar Dave Smith, vibraron. Puso en marcha el tocadiscos. Consultó el reloj. Las once y tres minutos. La grabación duraría seis minutos y medio, porque eran dos piezas en una misma cara. Lo tenía todo cronometrado.

La música, suave y lánguida, se expandió por el lugar. Todo estaba a punto. Sonaron pasos en la senda de grava. Luego, sonó un timbre. Una, dos, tres veces espaciadas.

Avanzó, preguntando tras la madera roncamente:

—¿Quién llama?

—Yo, Dave. Kay Heywood —fue la respuesta.

Abrió. Era ella. Envuelta en un sobretodo amarillo y con una boinita azul remachando sus cabellos graciosos. Pálida, temblorosa, y con mirada febril. Sin darse cuenta uno ni otro, se encontraron en brazos. Se rozaron los labios sin una palabra. Algo más fuerte que ellos mismos y que su voluntad, les atraía. Era un mutuo imán poderoso y sutil.

—Dave... —Ella musitó su nombre, mientras él cerraba la puerta—. Dave, deja que te llame así. Con ese nombre me enamoré de ti.

—Pequeña Kay —él rozó sus cabellos con la boca—. ¿Has sido capaz de confiar en un hombre acusado de dos crímenes, en un hombre que parece matar a cuantas mujeres toca?

—Sí, Dave. He confiado en ti. Y seguiré confiando siempre...

—Eres maravillosa. Ven conmigo —no aclaró nada, cuando ella miró con cierta sorpresa al tocadiscos en marcha. Sabía que la música resultaba incongruente en la ocasión, pero no cerró el altavoz. Sentáronse en el borde del revuelto lecho. Monty la miró—. Kay, no voy a pedirte nada imposible ni peligroso. No querría verte mezclada en un riesgo, por pequeño que fuese.

—Haré lo que sea por ti, Dave. Pídeme, no vaciles.

—No es nada de lo que puedas creer, Kay. Si te he llamado, ha sido para darte algo. Una carta.

—¿Una carta?

—Sí, Kay. Una carta para tu hermano. Nada más que eso. El correo era incierto. Necesito que llegue a él. Y tú puedes llevarla. Nadie sabe que la llevarás.

—Dave, mi hermano no oree en ti. No le convencerás en modo alguno.

—Cuando lea eso, se convencerá, no lo dudes.

—Dave, me estaban vigilando. Policías enviados por mi hermano. He tenido que burlarles.

—¿Que les has burlado? —La expresión de Monty varió—. ¿Qué hiciste para ello?

—Dar rodeos y buscar cruces difíciles de carreteras —rió ella—. Luego, me metí en un garaje de doble salida y les despisté. No fue demasiado difícil. Nadie me siguió.

—Cielos... —Procuró dominar su agitación, que ella no la advirtiese—. Esperemos que todo haya ido bien.

—Ha ido bien, ten la seguridad de que no darán con tu

escondite. Pero esa carta...

Monty la sacó de su bolsillo. Se la tendió. Era un sobre cerrado y lacrado.

—Dásela así a Jim. Le refiero toda mi historia. Y la de esos crímenes, tal como yo la veo. También va ahí el nombre del asesino verdadero. Y un ruego final para Jim. No la entregues a nadie bajo ningún pretexto, Kay. Sólo a él. Y lo antes posible. Nada más.

—Pero, Dave, yo creí... que podría ayudarte más... —tartamudeó ella, decepcionada.

—Es lo más que puedes hacer. Y ya lo has hecho casi todo por mí, Kay. Gracias, pequeña... y adiós.

—¿Adiós? —Le miró, entre dolorida y extrañada—. ¿Te despides de mí?

—Por ahora, sí. No sé cuándo nos veremos —cesó la música en el tocadiscos. Hubo un intervalo breve, y se reanudó otra pieza, por una orquesta de cuerda, suave y tenue—. Si Jim cree en mí y todo eso se demuestra, volveré pronto. Si no... costará tiempo. No quiero engañarte, Kay.

—Dave, no me iré de tu lado —protestó ella, decidida.

—Eso no, querida. Lo echarías todo a rodar —la tomó entre sus brazos—. Por favor, Kay. Ahora vuelve allá. Tú no lo crees, pero tu misión es fundamental. Ocurre lo que ocurra, quiero que sepas que te quiero. Y que soy inocente de esos cargos. No amaba a mi esposa, pero no la hubiera hecho ningún daño. La di el veneno que pusieron allí para ella. De no mediar yo, la enfermera o ella misma lo hubiera administrado. ¿Me crees?

—Sí, Dave.

—¿Y me crees también si te digo que es preciso que vuelvas para dar esa carta, y no pierdas un solo minuto más aquí? —la apremió, tenso.

—Sí, cariño. Lo creo... —Alzó el rostro, le besó, y avanzó hacia la puerta—. Hasta pronto, amor mío.

—Hasta pronto, Kay... —La llevó hasta la salida. Ya en el umbral se despidieron de nuevo.

—Tengo miedo, Dave —musitó ella—. No quiero dejarte solo...

—Por favor —sonrió él—. Recuerda tu misión...

Un beso selló la despedida. Kay corrió hacia su coche, aparcado frente a la casa. Arrancó en él. Se alejó, con un ronquido del motor,

y el brazo de Kay se agitó un momento en la ventanilla.

—Adiós, Kay —dijo él, alzando el brazo también—. Adiós para siempre...

Luego, entró en la casa, cerrando la puerta de golpe. El disco se terminaba ya en el plato. Súbitamente, se quebraron cristales en la ventana del dormitorio.

Monty se revolvió como un tigre. Pero se encontró una mano, armada de pistola automática, fija en él. Y detrás de esa mano, un hombre con sobretodo oscuro y sombrero flexible sobre los ojos.

—Buenas noche, Monty Rosewall —le saludó el intruso fríamente—. ¿Sorprendido?

Monty parecía petrificado por la intromisión. Luego, más sereno, se irguió, achicando los ojos.

—Vaya, caballero Dennis Goldfield —respondió, con tono helado—. ¿Con que es usted? ¿Dónde ha dejado a su adorable monstruo, mi dulce sobrinita, Rossie Benton-Rosewall?

—Estoy aquí, tío Monty —dijo una voz dura como el acero, desde detrás del intruso.

Y por el ventanal destrozado, penetró la figura menuda, enlutada y juvenil, de la rubia Rossie..., también con una pequeña automática del «32» en la mano.

—Bien venidos, asesinos —fue la salutación de Rosewall.

CAPÍTULO XII

—¿Lo sabías ya? —preguntó burlonamente Rossie, tomando posición de forma que cerrara el paso de Monty hacia la puerta.

—Lo supe cuando un vaso de leche envenenado me hizo recordar otro vaso similar, hace tres años. La técnica de los asesinos no varía, Rossie. Y la tuya tampoco. Entonces no humedeciste tus lindas manos en sangre, pero sí me diste el narcótico que yo sospeché me había administrado Gertie en el desayuno. Tu vaso de leche quedó en el olvido. Pero a los tres años, el envenenamiento cruel y cobarde de otra persona, me dio la clave. Y lo mismo que un clavo saca otro clavo, la idea trajo otra casi olvidada: Tony Deledda llevaba encima la carta de un hermano llamado Den, según la firma. Y Den, podía ser el diminutivo de Dennis. Igual que Dennis Goldfield podía ser Dennis Deledda. Y su pretendido compromiso, un chantaje hecho por Den, que conocía el negocio de su hermano con la linda Rossie Benton-Rosewall.

—Es muy listo tu tío Monty, Rossie —ironizó fríamente Dennis—. Acertó, como siempre. Igual que yo acerté a suponer que mi hermano era el muerto y usted estaba por ahí dándose la gran vida. Ahora va a pagar aquello, Rosewall.

—Lo supongo. Un asesinato más, ¿verdad, Dennis? Primero Suzzy, cuya locuacidad era peligrosa. Y más, al saber por Dewey que hablaba a menudo de los Rosewall y de sus porquerías, vengándose de cuanto ellos dijeran de ella Sólo faltaba que Suzzy hubiera sabido el nombre que la pagó por matarme. Cosa que sólo sabía Tony. Pero ella podía tirar del hilo, y era mejor liquidarla. Eso coincidió con las apariciones del resucitado Monty, y mi querida sobrinita se inquietó. Entonces concibió la idea de pregonar por doquier que su tío había sido asesinado. Era preciso dar otro sesgo

al caso, y renunciar si era preciso al seguro, para cazar los millones de Rosewall. Haciendo desaparecer el cuerpo, se creaba el clima conveniente. Dennis desenterró a su hermano y lo sepultó en las colinas. Eso lo dijo hoy la radio. Es enternecedor el afecto familiar, Dennis. En vez de destruir su cuerpo, lo sepulta y todo. Eso revelaba un respeto extraño al cadáver. Respeto puramente familiar, ¿no?

—¡Maldito gusano! Parece saberlo todo. Rossie, ¿acabamos con él ya?

—Deja que hable —rió ella—. Tío Monty es divertido. Siempre se creyó muy listo, muy bueno y muy grande en la sociedad. A mí me inspiró siempre odio, desde niña. Pero fingía adorarle para sacar más de su altruismo. En el fondo, le despreciaba como a toda la familia. Son una estirpe podrida de dinero y de prejuicios. Muerto tú, tío Monty, yo no ganaba nada.

—Claro. Eres lo suficiente maquiavélica para haber supuesto eso. Tía Gertie heredaba todo. Pero tía Gertie, cualquier día, moriría de accidente, o del corazón... o se suicidaría. Aparentemente, claro. Y tú, pequeña, heredarías todo. La muerte de Gertie, precipitada por ti, recayó inesperadamente en mí. Dewey y tú partís la herencia... si yo muero, claro está. Cosa que vais a hacer ahora, dándole visos después de suicido. Y asunto terminado. Todo limpio, sencillo y fácil. Más tarde, tendrás que pensar en la forma de deshacerte de tu adorado Dennis, que te obliga a ser su prometida bajo amenaza de denunciar tus crímenes, ¿verdad?

—¡Tío Monty, calla o te agujereo el vientre! —Rossie juró brutalmente—. Eso es mentira... y Dennis lo sabe. Quieres enfrentarnos para salir ganando tú.

—No creo que ande descaminado —rió Dennis—. Sólo que tú no harás ningún mal a tu querido Dennis, porque antes te retorcería yo el cuello, pequeña. De modo que en eso, tu tío pierde el tiempo escaso que le queda de vida. Hable de otra cosa, si gusta. A mí se me acaba la paciencia.

—Lo creo. Usted no sabe esperar. Es como su hermano Tony. Alocado y torpe. Rossie no. Ella es el cerebro, la astucia, la vileza cobarde, agazapada como una sierpe, bajo un aspecto de ángel. Lloro, besa o ríe angelicalmente. Y es un demonio perverso, podrido y cenagoso, que odia, ambiciona y mata... Pero paciente, sin prisas. Ella sabe que es joven, muy joven. Ha empezado a planear el

crimen a los diecinueve años. Con sólo veintidós, le espera un futuro hermoso, lleno de dólares y de lujos. ¿A costa de sangre humana? ¿Qué puede importar eso?

—Me aburres, tío. Eso son sermones. Lo que me gustaría es saber cómo te libraste de morir y planear toda esta trama. Ha sido ingeniosa.

—Eres demasiado amable conmigo, sobrina —dijo sarcástico Rosewall. Con voz reposada y firme, relató su historia detalladamente. Los dos enemigos armados le escuchaban complacidos. Sólo Dennis, al referir la muerte de Tony, tembló furioso, y el índice se movió en el gatillo. Pero pasó el peligro momentáneo, y Monty acabó, en el silencio de la habitación—. Ahora ya lo sabéis todo. Podéis disparar. Creo que he tenido el tiempo suficiente.

—¿Suficiente para qué? —preguntó con astucia Rossie.

—Para que Kay entregue mi carta.

—¿Qué carta? —La voz de Dennis, aguda y fría, sonó llena de alarma.

—La que le entregué para la Policía. Era muy urgente, de modo que no corráis. Hace minutos ya que la tendrán en su poder. Os esperaba. Cuando Kay me dijo que burló a los policías que le seguían, pensé que tal vez os burló también a vosotros, y eso me alarmó. No fue así, y supisteis seguirla. No sois tontos, ¿verdad? En esta ocasión, para suerte mía.

—¿Qué quieres decir con eso? —La voz de Rossie había perdido firmeza.

—Si avisé a Kay, fue porque acababa de pasar ante el parador de Todd Barney, disfrazado y en un camión de frutas y verduras. Eludí a los policías y vigiló el parador. Os vi allí. Telefoneé a Kay. Vosotros estabais seguros de que, un día u otro, me pondría en contacto con ella. No os tragasteis la historia de que era su hermano, cosa que yo esperaba ya. La seguisteis hasta aquí, que es lo que yo quería. Y mientras ella se iba a entregar la carta, vosotros entrabais, yo os distraía con mi amena palabra... y, entretanto, la Policía recibe una detallada historia del caso, con vuestros nombres y responsabilidad en todo. Aunque yo aparezca muerto, no será sino una prueba más de lo que allí afirmo, ya que termino mi carta diciendo que vengan a este «chalet», y encontrarán un hombre

aparentemente suicidado, o habré desaparecido y no darán conmigo. En ambos casos, estáis igualmente perdidos... y no os lucraréis en un solo centavo de mi fortuna, Es un golpe genial, ¿verdad, pequeña Rossie?

La linda muchacha comenzó a jurar como un ser demoníaco, lívida la faz y fulgurantes los ojos. Dennis parecía totalmente desconcertado por el sesgo de la situación.

Rossie tomó de pronto una determinación. Rechinaron sus dientes, y avanzó hacia su tío con expresión de odio infinito. Un odio que concentraba en Monty, pero extensivo a toda la raza humana desde su mente y su alma, enfermas con la insania del crimen y del mal.

—Has ganado al fin, Monty Rosewall —recitó con voz chirriante, feroz—. Te felicito. Eres más fuerte y más listo que yo. Pero no vas a salvar tu vida. Iré a la silla eléctrica gustosa, con tal de terminar contigo. Será mi mejor consuelo, tío Monty... ¡Oh, Dios, cómo te odio, qué asco y qué rabia me produce verte ahí sonreír triunfalmente! Vas a sufrir mucho, tío. Primero te veré retorcer de dolor, con el vientre agujereado. Luego, iré acribillándote a tiros. Lentamente... ya sabes que no tengo nunca prisa.

Sonreía como un lobo. Era un monstruo horrible bajo una máscara que ya ni siquiera pretendía ser dulce o bondadosa. Su virulencia, el pus de su alma hedionda, fluía por todo su ser diabólico.

Adelantó la pistola. Monty Rosewall, conservando aquella sonrisa que era su último triunfo ante la ira de la mujer vencida, esperó el golpe de la bala en su cuerpo. Miró un solo instante hacia el tocadiscos y la radio que le servía de altavoz fonocaptor, aun encendido. Nadie se había molestado en desconectar, aunque no sonaba música casi desde la entrada de Dennis y su cómplice.

De pronto, sonó un disparo. Monty se estremeció. Pero la bala no le tocó siquiera.

Aturdido, miró a Rossie. Su sobrina extendía una mano huérfana de arma alguna. De los dedos delgados y femeninos fluía sangre, y la pistola del «32» rebotaba aún en la alfombra.

Dennis se quedó tan perplejo como Rosewall y giró hacia la ventana, adelantando su automática. Rápido, Monty saltó sobre sus

espaldas y le atenazó la mano armada con su diestra, y rodeó el cuello del asesino con la izquierda. El disparo que ya dirigía Dennis hacia la ventana, salió alto y se clavó en el estuco del techo.

Las figuras de los dos policías uniformados que aparecían en el ventanal de vidrios astillados, penetraron en la estancia, revólver en mano. Fuera, sonó un grito de mujer, desgarrado y tenso:

—¡Monty! ¡Monty, querido! ¿Estás bien?

—¡Sí, Kay! ¡Sin novedad! —respondió fuertemente Monty, al tiempo que hacía girar en redondo a Dennis y le descargaba un rodillazo en el vientre. Se dobló el otro, tosiendo, y sin soltar su muñeca armada, le disparó un codazo al cuello y un directo brutal a la sien.

Dennis tosió, perdido el aliento, Monty le arrancó el arma de la mano, y de un doble golpe de cañón en el rostro, le envió trastabillando contra la cama, donde cayó, jadeando y tosiendo secamente, con la cara cortada por el impacto del arma.

Los policías aferraban ya a Rossie, cuya boca espumeaba con coraje, mientras chillaba desesperadamente, apuntando a su tío:

—¡Es Monty Rosewall, el asesino! ¡Mi prometido y yo hemos venido a capturarlo! ¡Es un criminal peligroso! ¡No pueden ayudarlo a él!

La maniobra de Rossie demostraba su inagotable astucia. Un policía miró a Monty con sospecha, apuntándole con el revólver.

—La señorita tiene razón de momento —le advirtió con sequedad—. Será mejor que no intente usted nada tampoco, y aclararán la situación en Elwoodville, ante el sargento Heywood.

—¡Estás perdido, tío Monty! —dijo ella, virulenta, pero reflejando de nuevo su aire de bondad en el rostro—. Acepto lo que dicen estos caballeros. Sé que las pruebas te acusan a ti y te hundirán.

—¡Miente esa mujer, agente! —replicó la voz de Kay desde la ventana, junto a otro policía, armado de fusil ametrallador, que guardaba el hueco—. El carece de pruebas, pero yo sé que es inocente. ¡Ellos me siguieron para asesinarlo! ¡Ahora lo veo claro!

—No sé si su testimonio valdrá, señorita Heywood —observó el policía—. En cuanto a la carta que nos ha entregado, puede ser un hábil plan de Monty Rosewall. Es maestro en argucias, a lo que se ve...

—Kay, ¿qué es lo que ha pasado? —preguntó Monty dueño de sí—. ¿Cómo es posible que hayas vuelto tan pronto... y con la Policía? Te dije que...

—Monty, abrí esa carta en el camino. La leí y me horroricé. Volví a toda prisa, y acudí con urgencia a la Policía de Fairmount, en vez de ir hasta Elwoodville. No podía dejar que te mataran para que demostrases así tu inocencia. Me hicieron caso, y vinieron a comprobar lo que ocurría. Hemos llegado a tiempo, a lo que vi...

—Señorita Heywood, nada se ha demostrado aún —objetó el policía de más autoridad—. Solamente que ya tenemos al hombre oficialmente reclamado. Este caballero y esta señorita vendrán también a esclarecer los hechos y nada más.

—Es una medida muy justa, agente —sonrió con dulzura el agente—. Incluso disculpo su disparo sobre mí. A veces, hacer justicia tiene su precio.

—Es muy amable, señorita —sonrió a su vez el policía, halagado.

Kay, angustiada, miró a Monty por encima del hombro del policía más cercano.

—Dios mío, Monty, te perderán entre todos. Ella tiene mañas muy hábiles... —gimió.

Monty no respondió más que con una sonrisa serena. Luego, alzó la mano, y el policía le miró, ceñudo. El joven Rosewall habló con firmeza:

—¿Leyeron alguno de ustedes el final de mi carta?

—No, Monty... —dijo Kay—. No lo creí preciso.

—Nosotros tampoco —repuso el policía—. Deje de perder tiempo, Rosewall, y vamos a Elwoodville.

—Antes, tendrán que llevarse eso —señaló la radio y tocadiscos—. Es mi prueba contra mi sobrina Rossie Benton-Rosewall y su prometido Dennis Deledda, alias Dennis Goldfield.

—¿Su... qué? —Gruñó el policía, desconcertado.

—Mi prueba definitiva y total. Si Kay o ustedes hubieran leído toda la carta, esta absurda situación no se hubiera dado. Bajo el plato de ese tocadiscos en funcionamiento, ha estado en marcha, desde el momento justo de acabar la grabación, un magnetofón oculto, que ha grabado toda la escena entre nosotros tres. El micrófono está detrás de la tela del altavoz de la radio. Me ha

costado horas disponer la conexión de todo el sistema para que no se advirtiese nada sospechoso, y corriendo el albur de que algo fallase y lo perdiera todo. En la carta, por si era asesinado, citaba esa prueba para que se apoderasen de ella. El magnetofón con la cinta grabada, pueden recogerlo para... ¡Cuidado!

Rossie se había abalanzado súbitamente hacia el mueble, con un juramento feroz. Pero no llegó muy lejos. Kay se cruzó, zancadilleándola, y Rossie cayó de bruces antes de alcanzar el mueble. La valerosa muchacha se le arrojó encima, golpeándola sin compasión. Un agente hubo de separarlas, mientras otro alzaba el plato de los discos, y aparecía el magnetofón, hábilmente conectado, como lo mencionara Monty.

—Si lo que está grabado aquí es como usted dice —habló abochornado, el policía—, veo a su sobrina y a ese joven sentados en la silla eléctrica.

—Eso es, justamente, lo que prometí a una mujer asesinada cobardemente —dijo, con dureza, Monty Rosewall—. Y lo he cumplido, señores...

Avanzó, tomando a Kay por los hombros, sin que los policías se opusieran. Ella, satisfecha de la paliza dada a Rossie, se abrazó a Monty, emocionada y feliz.

El grupo abandonó el «*bungalow*», y un momento después, un automóvil de la Policía, detenido a alguna distancia de la casa, les conducía a todos a Elwoodville.

EPÍLOGO

«Hoy me he casado en Santa Clara.

»Lo que ocurrió en Elwoodville a mi regreso de la Muerte, está ya olvidado. Ha pasado un tiempo prudencial desde la desgraciada muerte de Gertie, y creo que tengo derecho a una nueva vida... al lado de Kay.

»He perdonado las faltas de Heywood. Es un buen policía que se vio prendido en la tela de araña de unas evidencias demasiado grandes para despreciarlas. Él no tenía derecho a sentir corazonadas, como mi pequeña Kay.

»Por eso creo que fue Kay quien me salvó la vida. Y a ella le debo todo.

»Sigue llamándome “Dave”, y yo no me opongo. Después de todo, es un nombre simpático, que marcó mi regreso a la vida y a la verdad. El panteón de la Fundación ha quedado mejor con el nombre de Gertie que con el mío. Yo no quiero inscripciones fúnebres mientras viva, Soy joven, Kay también, y sólo pensamos en vivir.

»Por supuesto, no me he vuelto a dejar la barba. Aquel Monty Rosewall era otro nombre. La vida azarosa y errante me ha enseñado que existe otro mundo mejor que el de los millones, las finanzas y los negocios. Un mundo donde un centavo es una esperanza y una ilusión, y no una cifra más que añadir a la cuenta de millones.

»Tal vez por eso me gusta que me llame “Dave”. Me recuerda una época imborrable de mi vida. La época en que conocí a Kay en el parador del bueno de Todd Barney.

»Todd es un gran amigo nuestro. El otro día nos informó, antes que nadie, que a Rossie y a Dennis les habían ejecutado en Sing-Sing.

Fue una nota penosa, pero pasó pronto. Después de todo, ella era un pequeño monstruo que hubiera causado mucho mal al mundo. Y Dennis también. Recordando a Gertie, a la propia Suzzy, que era mejor que cualquiera de ellos, y lo que nudo ser de mí mismo, no puede uno dolerse de ello.

»El tiempo sigue pasando, y la vida sigue siendo esplendorosa, magnífica.

»Dewey me confesó cómo quiso matarme con su coche aquella noche, por crearme el asesino de su querida Suzzy. Pero le he perdonado esa locura, producto de un exceso de alcohol, y con lo que le he asignado de pensión, podrá vivir sin molestarnos, lejos de Elwoodville.

»También el auténtico Dave Smith, mi buen amigo del Canadá, volvió a su ambiente, tras el susto sufrido, y no se queja de mi generosidad al despedimos.

»Waldo Shannon, el leal y viejo Waldo, sigue al frente de mis negocios. Yo tengo suficiente con Kay. Y ella conmigo».

(De las *Memorias* de Montgomery Rosewall, Indiana, 1957).



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada La muerte elige, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.